



CUANDO SE TRATA DE TI

LUCÍA ALFARO

Con esta tarjeta, empezó todo...

Rogers

Si necesitas ayuda, de cualquier tipo, no dudes en contactarme

Prólogo

Ayla es una chica joven tímida e inexperta, Víctor es un hombre extrovertido y experto. Ayla quiere librarse de algo que ha acabado suponiendo una carga para ella y Víctor es un gigoló que necesita el dinero.

Dos personas completamente distintas con un acuerdo claro. Lo que no saben, es que van a tener más cosas en común que el sexo y el dinero.

Capítulo 1

Otra vez sola en la cama, miro cabreada el techo de mi habitación. Respiro con pesadez mientras miro fijamente el yeso blanco y examino la lámpara blanca -que, por cierto, debería cambiar.

Es la cuarta vez, en lo que llevamos de semana, que salgo para ligar y vuelvo peor de como me había ido. ¡Cuatro veces en seis días! ¿Pero qué coño me pasa?

Por cierto, un breve inciso, ¿es eso de ahí arriba una puta grieta? No, si encima se me va a caer el techo encima.

Bufo, me quejo y me vuelvo a levantar. Estoy cansada y aburrida de intentarlo. Con veinticinco años y mi actitud, está claro que voy a morir virgen. ¿Y qué debería hacer? Asimilarlo. No me va a caer un Dios griego del cielo para empotrarme ni voy a tropezar casualmente con el hombre de mis sueños para tener un sexo salvaje que acabe en una estable relación para toda la vida. Leer tanta novela romántica y ver tantas películas ñoñas me han achicharrado el cerebro durante demasiado tiempo. Y la vida real, me dio la hostia más grande una vez acabé la universidad.

Mientras la mayoría compaginaba su vida social -es decir, las fiestas y sus relaciones- con los estudios; yo tuve la maravillosa suerte de solo tener que concentrarme en uno de esos aspectos. Total, mi timidez crónica y mi incapacidad para relacionarme no me habían dado mucho margen de elección.

Cuando vi que la universidad no había funcionado para expandirme como persona, vi como una oportunidad el trabajo. “Seguro que, como habrá gente más madura y centrada, encontraré mi sitio”. ¡Y una mierda!

Pasando por todos los lugares posibles: desde limpiadora ocasional en empresas, a dependienta en una tienda de pequeñas dimensiones -solo éramos dos empleadas-, a trabajar en un restaurante de comida rápida, para finalmente acabar donde estoy ahora, secretaria en una multinacional; ni una sola vez he conseguido pasar de una charla ocasional -y con muchísimo esfuerzo por mi parte.

Si antes era mi incapacidad para relacionarme en general, con el tiempo fue concretándose más. Mi problema se centró en el sexo masculino en general. Y, en un periodo entre la tienda y mi puesto actual, se concretó aún más: hombres entre veinte y cuarenta años que puedan parecerme accesibles, o sea, subjetivamente guapos.

Es decir, parezco subnormal cuando entablo una conversación con un chico que pueda parecerme atractivo. ¡Y ni siquiera atractivo del todo! Con que sea mono o guapete, comienzo a hablar en *klíngon* sin ni siquiera saberlo.

Si sigo avanzando, con suerte podré decir “Hola” sin trabarme, en un par de años. Cabe especificar, en el ámbito no laboral. Soy muy profesional y, cuando sé que estoy hablando de algo relacionado con mi trabajo, logro mantener la compostura -o al menos lo intento, la mayoría de veces-, más que nada porque tengo que pagar la hipoteca.

Pero si alguien se cree que mi vida puede llegar a ser más patética, está en lo cierto. Porque sí.

Si con este problema no fuera suficiente, el único chico con el que podría haber avanzado un poco más de un saludo, y con el que empezaba a tener algo de confianza, probablemente me odia a muerte ahora mismo.

Es que más allá de mi timidez, tengo una mala suerte más grande que una rata que no sabe correr. Sí, he tenido que despedirle justo esta mañana. Y a última hora. Una buena manera de deseárselo un buen fin de semana.

Bufo y doy una patalleta mientras me comienzo a desvestir, quitándome los zapatos de tacón y, a continuación, el ajustado vestido esmeralda.

Ya en ropa interior, me miro en el espejo. Es que, aparte de tímida, tampoco soy nada agraciada. Ir a un pub del centro con la idea de que algún tío intente ligar conmigo es ridículo. Y más si no

dispongo de las herramientas adecuadas para llamar su atención. Si yo no soy la que va a por él, ni tampoco estoy lo suficientemente buena como para conseguir que venga a mí, ¿para qué coño he ido siquiera?

Me dejo caer en la cama, medio desnuda y pensativa, con ganas de hincharme a llorar, pero al mismo tiempo de apalearme a mí misma por gilipollas.

Me he maquillado -algo que no suelo hacer casi nunca-, me he alisado el pelo -cabello moreno y rizado, menudo panorama en la vida cotidiana-, me he subido al taconazo y me he embutido en un vestido una talla más pequeña para destacar mis curvas -y mis michelines, en consecuencia. Si algo he aprendido, es que todo eso no sirve de nada si no sabes acompañarlo de una personalidad que sea igualmente atrayente.

Si eres guapa y no se te da bien comunicarte, no pasa nada -en general-, si eres fea y se te da bien comunicarte, es un poco más difícil a primera vista -pero triunfas a la larga-, si eres guapa con una personalidad extrovertida, eres el foco de atención -ojalá ser alguna de ellas-, ¿pero fea y con personalidad retraída? Esto no es una novela romántica. O espabilas o estás fuera de juego. Y es lo que me pasa a mí continuamente.

Fuera de juego. Así estoy yo a los veinticinco. Y lo mejor será que comience a hacerme a la idea de estar así para siempre si no quiero acabar con una depresión de caballo y suicidándome, inyectándome nocilla en vena.

Que sí, que tener novio no debería ser lo fundamental, que perder la virginidad no es tan importante y que, para que me quieran, debo empezar a quererme yo. Todo eso es muy bonito cuando está escrito y es muy fácil de soltar en discursos de motivación. Pero estoy hablando de la vida real.

El discurso de “No necesitas a un hombre para ser feliz” queda genial en muchas de las pancartas del 8M. Pero va mucho más allá de eso. Ya ni siquiera estoy hablando de algo amoroso. El simple hecho de que alguien admire tu cuerpo, que te demuestre lo mucho que te desea, que te haga vibrar y sentir cosas inimaginables... Eso no es algo que puedas hacer tú sola. ¿De verdad es tan difícil conseguir experimentar eso aunque sea una vez? No estoy pidiendo cincuenta millones de euros.

Capítulo 2

Naiara me mira fijamente, pareciera que me está examinando en profundidad. Sigo meneando el café con la cuchara. La verdad es que estoy esperando a que deje de mirarme o a que cambie de tema al ver que no voy a contribuir.

—¿Y una página de citas? —frunzo el ceño ante aquella idea— ¿No? En *Tinder* o *Badoo* pillas seguro.

—Si pongo fotos más, no voy a pillar nada ni de coña —le doy un sorbo al café con leche—. Además, esos sitios no son nada fiables.

—Hija, qué quieres que te diga... —imita mi acción— Por experiencia propia, te digo que he visto cracos mucho peores que tú que triunfan incluso más que yo, fíjate. Y tú no eres fea —me señala momentáneamente—. No te sacas partido y quizás tengas que perder un par de kilos, pero

fea no eres. Normalita.

—No lo estás arreglando —digo entre dientes.

—En cuanto a los tíos y la fiabilidad, pues a mí me ha ido bastante bien —se encoge de hombros

—. ¿Te acuerdas del bombero?

Y para no acordarme, hice el ridículo con él y con su amigo, mientras que ella se lucía como toda una top model.

—Sí, sí me acuerdo —vuelvo a dar otro sorbo.

—¿Dónde te crees que le conocí? —da un golpe sobre la mesa para llamar mi atención.

Y, aunque tenga razón, mi problema va mucho más allá de eso. No es solo que me dé vergüenza acercarme y entablar una conversación, me bloqueo completamente aunque ya tenga el trabajo medio hecho.

* * *

Me siento completamente fuera de lugar, y sigo sin entender del todo qué coño estoy haciendo aquí. Sergio -la cita de Naiara- y Carlos -el otro bombero-, y la ya nombrada, hablan con tranquilidad y entusiasmo.

Los miro entre sorprendida y confundida, están hablando de las tareas de la casa con tal alegría, que cualquiera diría que están hablando de la última película que ha sacado Adam Sandler.

Naiara es una mujer de casi cuarenta años, alta, atractiva -la Candice Swanepoel española, sinceramente. Pero, por si el atractivo fuera poco, tiene una personalidad arrebatadora: es divertido, simpática, con un don de gentes aplastante y una improvisación envidiable.

Mientras ellos hablan, yo estoy como un cero a la izquierda, acurrucada en mi lado de la mesa, concentrada en mi copa.

—Ella también, ¿verdad? —oigo a Naiara decir de fondo.

De repente levanto la mirada y veo que mi compañera alza ambas cejas, empujándome a seguir con el tema. Presiono los labios. Es que no tengo ni idea de qué estaban hablando.

—Pues... —murmuro.

Y, aunque ya tenía la mejor manera de salir del paso, Carlos se gira hacia mí y me mira. Y ya no es solo que me mire, es que me dedica una mirada peor que la que me había dedicado la primera vez que nos hemos visto. Ya no es “¿En serio me has emparejado con esta?” sino que ha evolucionado a “¿En qué puto mundo iba a acabar yo con tal destrozo?”.

Mi pulso se acelera, siento que hiperventilo y me pongo nerviosa, probablemente roja como un tomate y deseando salir de allí lo antes posible. Dicho y hecho.

—Voy un segundo al baño —murmuro con rapidez.

Ni siquiera miro por dónde voy ni si viene alguien. Tropiezo con otro chico que llevaba unos chupitos -de esos que tienen una llamita por encima. Y sí, olé yo y mi arte. ¿Dónde acaban los chupitos? En la camisa y el pantalón de Carlos. ¿Y yo qué hago? Salir corriendo, muerta de vergüenza.

* * *

—No lo vas a intentar, ¿no? —alza una ceja.

Vuelvo a dirigir mis ojos a ella y niego, muevo la cabeza de manera negativa con la mirada

gacha.

Naiara chista y oigo cómo comienza a rebuscar en su gran bolso de Prada algo. Conociéndola, puede tratarse de cualquier cosa. Abre su cartera y, del tarjetero, saca, valga la redundancia, una tarjeta beige. Estira la mano hacia mí, ofreciéndomela.

La miro desconfiada y la cojo recelosa. Mi compañera rodea los ojos ante mi actitud y vuelve a guardarlo todo mientras espera a que lo lea.

Rogers

Si necesitas ayuda, de cualquier tipo, no dudes en contactarme

Y, a continuación, seguía un número de teléfono. Si se pensaba que un psicólogo la iba a ayudar en algo, se equivocaba. Era un tipo de ayuda que había intentado hacía ya mucho y que no había servido de nada.

—No... —Naiara me interrumpe.

—Se supone que no debería decirte esto —murmura—. Rogers es su alter ego, en realidad se llama Víctor. Es un gigoló muy tiquismiquis —hizo un gracioso gesto con la mano.

—Ya te has acostado con él —afirmo, mirándola con seriedad.

—No —sonríe maliciosamente—, ojalá. Le conocí en la despedida de soltera de María. Era el *stripper* —puntualiza—. Se le cayó la tarjeta y yo la guardé, nunca sabes cuándo te va a hacer falta.

—Y quieres que le llame para...

—Follar —termina por mí—. Quizás cuando ya lo hayas hecho, te sueltes un poco más. Por probar...

Y si fuera poco con la cara que se me ha quedado, lo que le digo después es aún más ridículo. Me trabo, me enervo e incluso me levanto para marcharme mientras Naiara me mira divertida.

—Por llamar no pierdes nada —se encoge de hombros—. Y si no quieres llamarle, pues mensajéate con él. Utiliza su Whatsapp, aunque no sé si...

—Ya —la interrumpo.

Miro el reloj y es una de las pocas veces que me alegro de que mi tiempo libre llegue a su fin.

* * *

Le doy un mordisco a uno de los espaguetis para saber si está justo en el punto en el que lo quiero, o si aún le falta un poco.

—A ver cuándo vienes por aquí, que estás desaparecida —insiste mi padre.

Probablemente sea el único hombre con el que pueda hablar sin paralizarme ni acabar haciendo el ridículo. A diferencia de lo que suelen decir de los hombres del norte, es un hombre bastante cariñoso y sensible. Nada que ver con esos tipos duros e insensibles que muestran en algunas películas. Algo cabezón sí es, todo hay que decirlo.

—Ya sabes que no puedo —suspiro—, apenas tengo tiempo por el trabajo para hacer nada.

—Para mi cumpleaños sí vas a venir —ni siquiera hace la pregunta, él ya lo está afirmando.

—Sabes que sí —remuevo la salsa—. Me muero por una empanadita de atún y un pulpo a la gallega como Dios manda.

Cuando creo que la comida no necesita tan excesivamente mi supervisión, cojo el teléfono que estaba en la encimera y me lo acerco a la oreja -tras haber desconectado el manos libres.

Seguimos hablando un largo rato y, antes de que pueda despedirme, mi padre me hace la pregunta clave:

—¿Estás bien?

—Sí —rápidamente asiento—. Algo cansada y muerta de hambre, solo he comido una ensalada hoy.

—Carallo —murmura—. Más te vale que, cuando vengas aquí, no estés como un palo.

“Ojalá” pienso al mismo tiempo que rodeo los ojos.

—Voy a cenar ya —le informo—. Falamos mañá —me despido.

—Sí, sí —asiento—. E que cho reparta o corpo.

Cuando cuelgo, comienzo a servirme la comida y me dirijo a la sala de estar, para comer sentada en el sofá mientras veo la tele -como cada noche.

En la mesita del café, veo la tarjeta boca arriba. La tentación llamando a mi puerta mientras me estoy comiendo un plato de espaguetis. Qué buena combinación.

Capítulo 3

Cuando decido ponerme una película en Netflix, lo hago porque es tal punto que he alcanzado de estrés que ni siquiera creo que me haya sentado bien la cena. Es más, mi pronta visita al baño y mi larga estadía allí lo demuestran y me lo aclaran a la perfección -por si me quedaba alguna duda.

Cuando salgo, quizás en un mejor estado, ahí está. La dichosa tarjeta boca arriba, el nombre *Rogers* haciéndose de cada vez más visible y deslumbrante ante mis ojos. No. Niego varias veces con la cabeza.

Estoy segura de que si algún vecino de mi finca pudiera tener vista completa a mi apartamento, y a mis actividades cotidianas, estaría flipando ahora mismo.

Me tumbo sobre el sofá, intentando concentrarme en una de esas películas originales que aparecen en la página de inicio.

Al principio comienza bien, me parece interesante y el inicio promete, pero mis ojos vuelven a dirigirse a la tarjeta sobre la mesa, cambiando de un tono de color a otro por los diferentes tipos de iluminación en cada escena. Cuando vuelvo a negar con la cabeza, la película ya va por la mitad. No sé en qué puto momento la mejor amiga del protagonista se ha liado con su hermano ni por qué este se ha enfadado con ella. Me he ido a un universo paralelo y, en consecuencia, me he perdido más de media película.

Cabreada, tomo la tarjeta y la lanzo lejos. Muy lejos. Lo suficientemente lejos como para perderla de vista durante un rato.

Vuelvo a tumbarme, esta vez boca abajo, mi cabeza reposando en el reposabrazos mientras mi brazo izquierdo cuelga del sillón, mis dedos casi rozando el parqué.

Contratar a un gigoló, ¿pero qué se cree que soy? Ni que estuviera tan desesperada... Bueno, sí.

Pero no pienso llamar. Con solo imaginarme la cara del tal Víctor al verme, se me abren las carnes. Y si ya me imponen y me bloquean los chicos medianamente guapos -con los que suelo tratar día a día, en general-, no quiero imaginarme un desconocido.

Entrar en el club de las desesperadas es algo que no estoy planeando en ningún futuro cercano. Pero, ¿y si Naiara tiene razón y funciona? ¿Y si después de la primera vez ya se hace todo cuesta abajo?

Qué gilipollez. Mi problema va mucho más allá de lo sexual. Aunque ese sea mi foco ahora mismo, no se concentra en eso solo. ¿Qué tendrá que ver que un desconocido me la meta por primera vez, con que me abra un poco más a los tíos y sea capaz de saludar sin trabarme? ¿O de mirar a los ojos sin empezar a temblar y sentir náuseas?

Veo la tarjeta en medio del salón, el color blanco del papel resaltando a la perfección entre el color marrón oscuro del parqué. Y entonces pienso que quizás darle una oportunidad no sea algo tan malo. Total, ¿qué puedo perder? ¿La virginidad? Eso es lo que quiero.

—A tomar por culo.

Me levanto del sillón de golpe, quizás demasiado rápido. Pierdo el equilibrio durante un segundo por el mareo, debido al cambio repentino de altura, y me agacho para poder coger la tarjeta otra vez.

Estoy a punto de marcar, pero me vuelvo a detener en seco. Ni siquiera sé cuánto me va a costar. Este tío podría ventilarme perfectamente mil euros por el servicio. Bueno, llamo solo para preguntar.

Suspiro y marco el número de teléfono. Espero de pie a que conteste, con la bilis volviendo a avanzar hasta el inicio de mi esófago. Un tono, dos, tres... Suspiro y me dispongo a colgar. Ya sabía yo que esto era una gilipollez. Pero su voz suena desde la otra línea cuando ya he apartado el aparato de mi oreja.

—¿Diga?

Es que ya no soy ni capaz de hablar por teléfono. Me he paralizado por completo. Una voz grave, sensual, que grita tentación por todos lados, me responde. Y yo ya no sé qué hacer. Estoy boqueando como un pez fuera del agua, pero sin soltar sonido.

—¿Hola? —vuelve a preguntar.

—E... a... Ho... a —digo finalmente.

Puedo escucharle reír ligeramente. A pesar de esa profundidad y la sexualidad que desprende, me siento humillada. No por él, sino por mí misma. Estoy segura de que si estuviera en su lugar, yo también me reiría. Es más, ya lo han hecho. Y no de una manera tan disimulada.

—¿Puedo ayudar...?

Pero antes de que acabe la pregunta, ya he suspirado y he colgado, apartando el teléfono rápidamente de mí y corriendo hasta la mesita de café de plástico para dejarlo ahí.

Me froto la cara con frustración. No puedo creer que haya sido tan ridícula. Ya no solo de alcanzar el punto de contratar a un gigoló, sino de ni siquiera ser capaz de saludar y preguntar, informarme.

Ese “E... a... Ho...a” está retumbando en mi cabeza continuamente, con eco, perforando mis oídos y cerebro.

Lloriqueo y me dejo caer sobre el sofá de nuevo, ocultando mi cara entre el reposabrazos y los cojines. Tres pitidos musicales y rítmicos llaman mi atención. Detengo mi lamento durante unos segundos cuando me estiro hacia el teléfono de nuevo y lo desbloqueo. Un número desconocido me acaba de mandar un mensaje.

¿Querías algo?

Vuelvo a bloquearme. Me muerdo el labio mientras mis dedos tantean sobre la pantalla, pensando si debería o no responder. ¿Y si le bloqueo y ya está? Olvidado.

Una amiga me dio tu tarjeta. Solo quería pedir información

Venga, a tomar por saco. Eso es lo único que pienso mientras veo que él está escribiendo. Decido echarle un vistazo a la foto que tiene de perfil ¿Y quién me mandaría a mí a abrir nada? Si ya su voz me paralizaba, su físico me deja tiesa. Pelo corto despeinado hacia arriba, sonrisa blanca, amplia, ojazos azules, barba recortada. Y el cuerpo... Bañador fluorescente hasta la mitad de sus muslos, abdominales marcados, pecho compacto, bíceps perfectamente notables... Cuando lo vea no voy a ser capaz de moverme ni para hacer el ridículo.

Cada servicio son 500€. Aunque ese es el precio estándar. Si quieres añadir oral u otras cosas, el coste puede variar. Solo trabajo por las noches (+22.00hrs). ¿Algo más?

Vuelvo a detenerme y me obligo a mí misma a pensar.

Ayla, piénsatelo bien. No estás segura de dónde la ha tenido metida este. Imagínate que el condón está roto o caducado, y te contagia algo. ¡Ayla! Y que son quinientos euros, casi la mitad de tu puto sueldo. Por una puñetera noche. Que tienes que pagar la hipoteca, la luz y el agua. No me jodas.

Pero comienzo a pensar en el pequeño rinconcito que tengo desde los diecisiete, y los ahorros de los que dispongo.

¡Ni se te ocurra! Ese dinero solo es para emergencias.

Mis dedos funcionan más rápido de lo que lo hace mi cerebro, y comienzo a teclear casi sin pensarlo. Es lo mejor que puedo hacer, llegados a este punto.

En cuanto al tema sanitario...

No me la doy, pero siento la hostia de mi propia palma en la frente cuando veo lo que acabo de enviar. Por dentro immortalizo esa hostia en la frente. Y soy capaz de imaginarme a los agentes del FBI -que controlan todo tipo de comunicación- haciendo el mismo gesto.

Llevo un control. Si te quedas más tranquila, puedo demostrarte lo sano que estoy.

Siempre uso condón.

¿De verdad me traería algún informe médico que demostrara que está sano? Dios, qué gilipollas soy.

Estoy libre ahora mismo. ¿Quieres que me pase por tu casa o prefieres un hotel?

El hotel... Toma ya, otro gasto más. Miro a mi alrededor. Ya que voy a hacer esto, mejor hacerlo bien.

Soho Boutique Congreso te vendría bien?

Es un hotel en el que se han alojado la mayoría de mis clientes, y ninguno ha tenido una mala palabra. Así que, ¿por qué no probar ese?

Perfecto.

Nos vemos en una hora allí

Capítulo 4

Me vuelvo loca intentando pensar qué ponerme y cómo actuar. Mi habitación ahora mismo parece el Primark tras unas rebajas -o tras un sábado cualquiera por la tarde. Me he puesto y me he quitado tanta ropa que he perdido la cuenta de los modelitos que me he probado ya.

Desde que he colgado y he saltado sobre el respaldo de mi sofá hasta aquí, no he parado de darle vueltas a si en realidad esto merece la pena.

A medio vestir, me vuelvo a detener y vuelvo a remarcar la palabra ridícula en mi frente. Es un gigoló, ¿no? Le voy a pagar igual así que, ¿qué más da que lleve puesto o cómo actúe? El trabajo está prácticamente hecho.

Me pongo unos vaqueros ceñidos, una camiseta de manga corta común y unas zapatillas blancas. Le hecho un vistazo a la jungla en la que se ha convertido mi habitación de nueve metros cuadrados y vuelvo a salir.

Antes de marcharme, me aseguro de que todo está apagado o cerrado: televisión, luces, grifos, gas... Todo lo que pueda suponerme un gasto o un problema a posteriori. Cojo las llaves que están colgadas en el llavero tras la puerta y salgo.

—Mierda —gruño.

Me he dejado el bolso y ahora me toca volver a entrar.

Rápidamente cojo el bolso de tela negro, que reposa sobre el sofá, y vuelvo a salir. Lo apago todo y cierro con llave.

El ascensor está roto, así que me toca hacer ejercicio y bajar las escaleras hasta llegar a la planta baja. En la parte trasera del portal está mi vieja scooter, asegurada con un candado. Aunque no suelen haber muchos robos por mi barrio, nunca se sabe. Mejor prevenir que curar, o lamentarse después.

Le quito el seguro, procurando no hacer mucho ruido -ya que son las once y pico de la noche, y seguramente la mayoría de vecinos ya están durmiendo. La arrastro lentamente hasta la salida. Casi no parece que haya nadie intentando salir del edificio. Abro la puerta con cuidado y saco la moto, y detrás voy yo.

Pero claro, salir así no tiene gracia, o sino que le pregunten a mi mala suerte, que hace un gran trabajo diario.

Antes de que pueda girarme para cerrar la puerta lentamente, esta se cierra sola, dando un portazo que hace retumbar hasta las cristaleras que la decoran. “Me cago en tu puta madre” es lo que se oye segundos después de ese portazo.

Saco el casco del interior del asiento y, tras cerrarlo, arranco la moto y me monto en esta, colocando mi bolso sobre mis piernas y frente a mi barriga. Cuanto menos moleste, mejor.

* * *

La vuelta que he tenido que dar porque no sabía llegar desde mi casa... He tenido que ir a mi trabajo y, de ahí, conducir hasta el hotel. Lo que yo decía: problemas donde los haya.

Me bajo de la moto y siento mi alrededor dar vueltas cuando, por fin, me quito el casco. Miro el gran hotel, si es que parece aún más grande y alto ahora mismo que otras veces. Siento una gran tentación por marcharme. Pero no, toca ser fuerte.

Guardo el caso donde siempre y lo cierro con llave tras haber sacado el candado y la cuerda de seguridad. Me agacho para colocarlo en la rueda.

Vuelvo a mirar de un lado a otro, la calle está desierta. Suspiro y, apretando el asa del bolso fuerte entre mis dedos, me encamino al interior del Soho. Muerdo mi labio cuando me encuentro frente a la puerta, y siento que me voy a quedar sin labio inferior en cuanto la cruzo y me adentro en el vestíbulo.

El color mostaza de los sofás me molesta bastante a la vista, pero hago un intento por tolerarlo y dirigirse a recepción. Jessica, la recepcionista, que ya me conoce a la perfección, me sonríe ampliamente.

—Ayla, ¿cómo estás?

—Bien.

—¿Suite o habitación normal?

Dependiendo del tipo de cliente, la empresa elige qué habitación se adapta más. A más importancia y prestigio, mayor es el presupuesto de la empresa.

—Una normal. Es para mí —me limito a decir.

Jessica me mira sorprendida, aunque enseguida procede a hacerme el registro. Le entrego el DNI, ya que no quiero que se involucre a la empresa con nada de lo que vaya a suceder esta noche. Lo último que necesito es que mis compañeras cuchicheen sobre lo que hago en mi vida privada.

—Por aquí te dejo esto, y firma aquí —me entrega una tarjeta y me señala la parte inferior de una fotocopia.

Tras firmar el papel, tomo la tarjeta y Jessica me vuelve a sonreír, tras desear que pase una buena noche y disfrute de la estadía. Eso es lo que yo espero, al menos.

Mientras me monto en el ascensor, saco mi móvil y le mando un mensaje a Víctor, con el número de habitación y pidiéndole por favor que no hablara con la recepcionista.

Abro la puerta tras introducir la tarjeta y me adentro, encendiendo la luz y cerrando la puerta a mis espaldas cuando ya estoy dentro. Es una habitación amplia, con tonos marrones -como el armario o el parque-, beige -como el sillón de la esquina al lado del ventanal- y blanco -la gran cama centrada-; el único que destaca es el color mostaza de las cortinas que tanto daña a mi vista.

Me siento en el colchón y no puedo pasar por alto lo cómodo que es. Ojalá tuviera uno así en mi casa. Son casi las once y media, así que tengo algo de tiempo antes de que llegue.

Quizás venir tan pronto no ha sido buena idea. Solo me está empujando a comerme más la cabeza.

* * *

Son las doce y diez, y todavía no hay ni rastro de Víctor. Quizás sea una señal. Me tengo que

marchar de aquí ya, me estoy agobiando.

Niego con la cabeza varias veces y me dispongo a recoger mis cosas -mi bolso- y levantarme de la cama, antes de encaminarme hacia la puerta. Pero entonces dos golpes suenan tras la madera.

Joder, ya está aquí.

Me muevo de un lado a otro de la habitación mientras intento pensar cómo me libro de esta ahora.

—Soy Rogers —oigo su masculina voz al otro lado.

Me impacta aún más oírle en persona que por teléfono. Desprende todavía más sensualidad que con el altavoz.

Hiperventilo, me mareo, pero, finalmente, camino decidida hacia la puerta, bajando el pomo lentamente. Mi muñeca parece no querer ayudarme, aunque sea un poco. Al fin bajada, tiro de la puerta hacia mí y me asomo.

Cuando me ve, me dedica una sonrisa ladeada. ¡Ayla, al turrón! Hago un duro intento por devolverle la sonrisa, pero solo consigo levantar mis comisuras lo suficiente para que sea consciente de la mueca -si se fija, claro.

—¿Puedo pasar? —me mira con ambas cejas alzadas.

Me aparto y me coloco tras la puerta, cediéndole el paso. Cuando pasa por mi lado, siento que dos de mis sentidos se han disparado. Mi vista está perdida en su físico y el buen gusto que tiene a la hora de vestirse -camisa azul marino y pantalones negros-, y mi olfato por su aroma -una colonia varonil y atrayente. No hay manera de que esto salga bien, al menos para mí.

Cierro la puerta cuando él ya está dentro. Y comparo. Él va bien vestido y yo voy como si fuera a comprar el pan a la panadería de la esquina. Primera cagada.

—Buena elección —asiente mientras ojea la habitación—. No está nada mal.

Da una vuelta hasta que sus ojos caen en mí, aterrorizada con la espalda apoyada en la puerta.

—Ya —me fuerzo a mí misma a decir, con un hilo de voz.

Me dedica una sonrisa ladeada. Está intentando relajarme.

Capítulo 5

Vuelve a mirar a su alrededor asintiendo, volviendo a darle su visto bueno a la amplia habitación. Sus ojos azules vuelven a posarse en mí. No parece entender por qué sigo haciendo de

perro guardián. Y, de hecho, parece un tanto desubicado al ver que no me he abalanzado sobre él desde que ha entrado.

—¿Tu primera vez? —me vuelve a sonreír.

Asiento tímidamente, evitando el contacto visual en todo el momento. Pero la curiosidad me puede. Vuelvo a alzar la cabeza hacia él, y creo que está más cerca que hace un par de minutos.

Me tiende la mano cuando apenas está a un metro de mí. Trago saliva con dificultad y extendiendo mi brazo hacia el suyo. Mis dedos acariciando descuidadamente su palma hasta que siento los suyos abrazar mi mano. Caliente, cercano.

Mi cerebro trabaja a mil por hora mientras intento pensar qué es lo siguiente que va a suceder. Mentiría si dijera que no estoy asustada y que tengo ganas de salir corriendo de aquí. He dejado de verle el sentido a todo esto desde que puse un pie en la habitación, hace ya un rato.

Sus ojos clavados en los míos, intentando llegar a mi zona más salvaje en cuestión de segundos. Pero mi parte salvaje está escondida, aterrorizada en cualquier parte de mi mente.

Tira de mí con suavidad, acercándose a él. Y esa fuerza sigue guiándome hasta que mi pecho con la pared que es el suyo. Un pequeño jadeo se escapa de mis labios ante el primer contacto, mis piernas temblando ante la sensación de tenerle tan cerca. Es la primera vez que me veo en una situación similar.

Vuelve a sonreír sin mostrar los dientes, sus gruesos labios rosados curvándose hacia arriba de una manera sutil. Sexy.

Su mano libera la mía, pero comienza a ascender por mi brazo. Sus dedos trazando una línea recta desde mi muñeca hasta mi codo. Siento las yemas de sus dedos apenas rozar mi piel y nunca una caricia me tan gentil y superficial me había parecido tan sensual.

No mucho después, su otra mano repite la misma acción en mi brazo izquierdo, consiguiendo erizar todo el vello por el que pasa. Tengo la piel de gallina y el pulso acelerado.

—Tienes que relajarte un poco —vuelve a alzar ambas cejas.

Me sonrío divertido mientras espera alguna respuesta por mi parte. Asiento mientras presiono mis labios, otra vez. Dios, me voy a hacer la boca mierda como siga así.

Disimula una pequeña risa. Se apaga al final de su garganta, su pecho choca y vibra contra el mío.

Sus dedos siguen avanzando, siguiendo el camino de mis extremidades hasta llegar a mis hombros. Ahí se vuelve a detener, estirando sus dedos ligeramente para abarcar un poco más de espacio. Sus pulgares casi llegando al inicio de mi clavícula, mientras que sus dedos índice casi alcanzan mis vértebras cervicales. Hace una leve presión, moviéndose con delicadeza sobre mi piel. Mi cabeza cae instantáneamente hacia atrás, de la misma manera que mis párpados se cierran.

—Así es. Muy bien —me felicita.

Me vuelvo a tensar un poco cuando siento el primer contacto de sus labios sobre mi mandíbula.

Sus dedos siguen avanzando hacia arriba, enredándose en mi cabello desde la nuca y un sonoro jadeo se escapa de mis labios con esa simple caricia.

Me acaricia los labios con los pulgares, delineándolos con cuidado. Primero el superior, y luego el inferior. Mi corazón está desbocado, y es imposible que él no lo haya sentido -debido a lo cerca que estamos. Aunque no hace ningún comentario al respecto.

Sin esperarlo, siento su boca sobre la mía. Primero gentilmente, un pequeño roce seguido de una presión dulce -o al menos algo parecido. Succiona mi labio inferior entre los suyos y me toma con más decisión del cuello y las mejillas.

Qué mal va a salir esto.

Sigo sus movimientos, o hago un gran esfuerzo por intentarlo, pero sé que está siendo un desastre. Ni siquiera me atrevo a usar la lengua. Y Víctor parece intuirlo, pues acaricia mis labios con la suya, pidiéndome permiso para entrar.

Me comienzo a bloquear. ¿Cuánto se supone que tengo que abrirla? Si la abro mucho va a parecer que me lo quiero comer.

Desiste en cuanto ve lo mucho que tardo en reaccionar y enseguida siento sus dedos acariciar mi pierna. ¿En qué puñetero momento ha llegado allí?

Entreabro los ojos ligeramente e intento ver hacia dónde se dirige su brazo, pero no consigo ver más allá de su bícep. Y no es hasta ahora que soy consciente de que estoy más tiesa que un palo, ambos brazos a mis lados.

No es hasta que sus dedos rozan mis nalgas que me remuevo. Sus labios toman los míos con más intensidad. Intento seguirle el ritmo, aunque sé que el beso está siendo horrible, me encanta las sensaciones que me provoca.

Me aprieta el trasero, pegándome más hacia él, si es posible. Jadeosa y mareada, me separo. No puedo seguir. La primera vez que mis manos entran en contacto con su cuerpo es para empujarle.

Antes de apartar la mirada, avergonzada, puedo distinguir esa confusión latente en sus ojos. Le entiendo, yo estaría de la misma manera.

—¿Pasa algo? —suspira— ¿Eres virgen? —pregunta casi enseguida. Y cuando es consciente de la forma en que me encojo, vuelve a preguntar:— ¿Cuántos años tienes?

No es la pregunta, sino el tono que emplea. Bueno, sí es la pregunta también.

Reacciono rápido, le miro ceñuda. ¿Y qué cojones tendrá que ver la edad?

—Veinticinco —le fulmino con la mirada.

Vuelve a suspirar y mira hacia la puerta. Agacha la cabeza, parece frustrado mientras se sujeta las caderas con sus manos.

—Yo no hago este tipo de servicios. Ni hombres, ni mayores de setenta, ni embarazadas, ni menores —y esta última la dice mirándome a mí—, ni vírgenes. No hace falta que me pagues el servicio —añade, como si aquello me fuera a reconfortar de alguna manera. Asiento.

Siento un nudo en la garganta comenzar a formarse. Creía que esto iba a poner fin a mis problemas, o al menos iba a ser un comienzo, pero me siento más humillada y ridiculizada que otras veces. Ni siquiera creo que sea capaz de decir palabra tras esto. Más allá del bloqueo momentáneo que suelo vivir por el simple hecho de estar en la misma habitación que él, las palabras se quedan atrapadas en ese nudo doble que casi no me deja respirar.

—Será mejor que me vaya —digo con rapidez.

Y huyo. Cojo mi bolso y me marcho de allí lo más rápido posible.

No tiene pinta de que hoy vaya a ser mi día, pues cuando salgo está diluviando. Por lo que estoy segura de que voy a acabar empapada sí o sí. Pero lo que remata la noche es el momento en el que intento arrancar la moto. Y sí, esta no arranca. Hace el ademán, pero se queda en un sonido patético que acaba apagándose.

La tensión puede conmigo. Todo el cúmulo de cosas hace que acabe llorando mientras sigo peleándome con mi vieja *scooter*.

—Por favor, arranca —suplico entre sollozos.

Y, aunque siempre piense que nada puede ir a peor, sí es así. Empapada, lloriqueando y suplicándole a una máquina que funcione; oigo una voz ofreciéndome ayuda. Al principio no soy capaz de distinguirla, casi no le pongo atención. Pero, la segunda vez creo que me quiero morir.

—Oye, ¿necesitas ayuda? —se acerca a mí.

Incluso empapado consigue verse guapísimo, puedo decir que parece aún más atractivo que completamente seco.

—Estoy bien —le resto importancia entre hipos—. Le cuesta un poco arrancar.

Víctor se coloca a mi lado y estira el brazo hasta la llave, intentando arrancarla. Al igual que yo, lo intenta un par de veces, sin ningún resultado.

—Vamos, te llevaré a casa —se ofrece.

¿De verdad es una buena idea tras lo ocurrido? Quedarme aquí fuera y pillar una neumonía sería mejor que irme a donde sea con él.

Él insiste, parece que lo está haciendo de manera genuina. Con la mirada borrosa por las gotas de lluvia y las lágrimas, le miro.

Me bajo de la moto y, tras colocarle el seguro, le tomo la palabra.

Capítulo 6

El momento en el coche fue lo más incómodo sin duda, incluso más que el momento en el que me dio la patada en la habitación de hotel. Aunque se disculpó por las maneras de decirlo, el mensaje seguía siendo el mismo. No volví a prestarle mucha más importancia y guardé silencio, esperando que no se volviera a hablar del tema nunca más. Y Víctor pareció captar la señal, pues se mantuvo en silencio todo el camino a mi casa. Casi ni nos despedimos cuando detuvo el coche frente a mi portal.

Y no fue hasta que vi el Seat Ibiza girar a la derecha, y desaparecer, que no volví a sollozar y lamentarme de mi suerte.

La cara de Naiara durante la historia es un poema, sus expresiones iban evolucionando y adaptándose a cada parte que contaba. Aparto la mirada, dirigiéndola hacia la puerta del bar para asegurarme de que no entra ninguno de nuestros compañeros de trabajo. Lo último que necesito es ser la comidilla de la empresa.

—Ni pagando, tía.

Rodeo los ojos y me hundo aún más en el asiento. ¿Necesitaba ese comentario? La verdad es que no, pero tampoco se lo tomo en cuenta.

—A seguir probando suerte entonces —se encoge de hombros.

—Qué remedio —bufo.

Le doy un sorbo a mi Pepsi y mi mirada se pierde entre la gente, especialmente la directora de contabilidad intentando ligar con un chico en la esquina de la barra. Acaricia su pelo y lo enreda en su dedo índice continuamente, riendo exageradamente.

Quizás eso es lo que debería probar.

—¿Y si te haces lesbiana? —sugiere.

Vuelvo a dirigir mi mirada rápidamente a ella. Pienso que está bromeando, pero cuando la miro puedo ser consciente de que está hablando completamente en serio.

—Con la suerte que tengo, seguramente me daría pánico hablar incluso con la chica de la barra y me podría hacer amiga íntima de cualquier tío.

Bufa al ser consciente del panorama que tengo montado. Sí, hija, sí. Yo pienso exactamente lo mismo.

—¿Qué te dijo el psicólogo la última vez que fuiste?

—Que me forzara a hablar —digo entre dientes.

Y, como si hubiera descubierto la cura para el cáncer, se quedó tan pancho. Ni indagó, ni me hizo más preguntas, ni siquiera me dio un pequeño consejo. Solo tenía que forzarme a mí misma a hablar.

—Putas seguridad social —le da un sorbo a su Shandy.

Volvemos a estar en silencio un par de segundos, en los cuales veo a la directora de contabilidad irse de la mano con ese chaval. Naiara sigue mi mirada, encontrándose con la misma situación. Intenta con todas sus fuerzas contener sus ganas de soltar alguna perla de las suyas.

—Un aperitivo antes de volver al trabajo es una muy buena idea —niega varias veces con la cabeza—. Debería probarlo alguna vez.

—¿Vienes conmigo al pub, esta noche?

Sí, por mi tono de voz parece que se lo estoy suplicando, pero me da igual.

—Ay, cielo. Yo iría, pero es que ya he quedado —me acaricia el antebrazo—. A lo mejor si vas sola, alguien se te acerca —vuelve a mirarme—. ¿Y la moto qué tal?

—Un problema en la batería o no sé qué mierda —intento recordar lo que me ha dicho el mecánico esta mañana, a las siete—. Una pasta.

—Pues al final sí conseguiste que te la clavaran —se ríe, a lo que yo la fulmino con la mirada—. Pues sí te salió cara la noche.

* * *

Y decía Naiara que tenía más posibilidades de que alguien se acercara si iba sola... Si es que ya lo sabía yo. Ya hace una hora y media que estoy aquí, y nada. ¡Absolutamente nada!

Frente a mi mesa, veo que hay un chico que parece estar solo. Tiene la mirada gacha, fijada en su bebida. Y esta es la mía. Si no doy el primer paso yo, nadie más lo va a hacer, al parecer.

Tras tomar aire y tomarme de un trago mi malibú con piña -más bien los cubitos derretidos con un poco de zumo de piña-, me pongo en pie. Las piernas comienzan a temblarme, casi al momento de estar tensadas, sujetando todo mi peso.

Siento un sudor frío en la nuca y mis pies se tropiezan ligeramente uno con el otro. Muevo mi cuello de un lado a otro, como si lo que estuviera a punto de hacer requiriera el mayor esfuerzo del mundo. Noto una tensión formarse en mi espalda. Cada vez más latente, cada vez más potente. Mis tobillos se doblan cuando clavo el tacón de mala manera en el suelo y caigo hacia el frente.

Por suerte, o por desgracia, está pasando un grupo de chicas delante de mí.

Lejos de parecer tranquila, intento sujetarme a ella como si tocar el suelo fuera equivalente a la muerte. La pobre pelirroja pierde el equilibrio conmigo, cayendo justamente encima de las piernas del chico con el que yo iba a intentar algo.

—¿Estás bien? —le oigo preguntar a él.

—Sí, ¿y tú? No sé qué ha pasado.

¿En qué momento me he vuelto invisible?

Me pongo de rodillas en el suelo cuando vuelvo a recomponerme. Para entonces, ambos están conversando de manera amigable y cercana. Ya no hay ni rastro de sus amigas, y eso solo puede significar una cosa.

Vuelvo a mi mesa. Todavía sin saber qué me ha avergonzado más: si el hecho de caerme delante de todo el mundo o que toda esa gente ni se hubiera percatado de mi repentina caída. Soy un cero a la izquierda.

De vuelta en mi mesa, alzo mi vaso ya vacío y se lo enseño a la camarera de la barra, haciéndole un círculo con el dedo -en señal de que me ponga otra. La camarera rápidamente asiente y se dispone a prepararlo. Vaya por Dios, eso sí lo ha visto.

Me dejo caer sobre el asiento, hundiéndome en él

* * *

Muerdo la pajita mientras les miro: la pelirroja está sentada sobre sus piernas, mientras sonrío y juega con su corte media melena.

Una risita más y ella ya se ha levantado, le ha tomado de la mano y, junto a él, se dirige a los servicios al fondo a la derecha. Mientras suspiro y me deprimó, intento pensar que al menos he servido para crear algo -aunque sea un polvo rapidito en los baños de un pub del centro de la ciudad.

Saco la pajita de entre mis dientes y la miro. Puedo distinguir perfectamente las mordeduras, prácticamente está destrozada. Estoy tan ensimismada en la pajita que apenas le presto atención a lo que pasa a mi alrededor, ni siquiera al desconocido que se acaba de sentar frente a mí.

Espera, ¿qué?

Capítulo 7

Se me corta la respiración de golpe cuando soy consciente de la presencia del desconocido. Sin soltar la pajita, alzo la mirada. No. Esos ojos azules otra vez no.

Trago saliva con dureza y me recompongo en mi asiento, irguiéndome para parecer una persona normal. Vaya.

—Supongo que no está ocupado, ¿no?

Con el ceño fruncido, niego con la cabeza. Ha preguntado un poquito tarde si estaba ocupado o no, puesto que se ha tomado la libertad que a él le ha dado la gana para sentarse. No me incomoda del todo, pero sí que me parece extraño.

Mis ojos se clavan en él y, tal como pasó anoche, me pierdo en la forma que va vestido. Completamente arreglado. Cabello castaño peinado hacia atrás -no tan despeinado como en el hotel-, probablemente ha usado gomina, o quizás agua. No puedo ver mucho más allá de la camisa celeste que lleva puesta, ya que cuando me he cerciorado de su presencia, él ya se había sentado. Lo que sí puedo distinguir, además de esa camisa celeste que resalta el color de sus ojos, es un pequeño tatuaje -unas puntas- asomando por el cuello de la camisa -o la zona que estaría oculta si se hubiera abrochado los dos primeros botones.

—Desde luego, siempre podrías dedicarte a emparejar solteros —ríe.

Le vuelvo a mirar con el ceño fruncido, ya que me he perdido gran parte de la conversación, o más bien del monólogo.

Aunque parece que él no se lo toma de mala manera, no sé por qué me da que se cree que su comentario me ha sentado mal.

—Solo quería asegurarme de que estabas bien —se encoge de hombros—, te has dado un buen golpe.

—Sí. Estoy bien —imito su gesto, para restarle importancia.

Cuando me doy cuenta de que quizás he sonado más borde de lo que me gustaría, es demasiado tarde. Las palabras ya han salido de mi boca acompañadas de un tono seco y rancio, sin ganas de llevar a más la conversación.

Cruza sus dedos sobre la mesa y se inclina un poco hacia delante. Me mira, alza una ceja, y no puedo evitar pensar que me está examinando o que me está juzgando. Por favor, vete ya.

—No eres muy habladora, ¿no? —alza una ceja.

Suspiro, aunque a diferencia de otros tíos, Víctor no se va. Sigue mirándome, analizando mis gestos y mis expresiones.

Miro hacia la barra, la pista de baile, incluso al techo; evito encontrarme con su mirada en todo momento. Cuando vuelvo a mirarle, está sonriendo de manera ladeada. No esa sonrisa seductora que usó conmigo ayer, sino una sonrisa amable, genuina, e incluso divertida.

—¿Por qué recurriste a mí y no esperaste?

Me hace la pregunta directamente, sin preámbulos ni calentar la situación. Como un balde de agua fría, lo lanza sobre mí y espera mi reacción.

Mi cara debe ser un poema ahora mismo, mientras mi cerebro intenta procesar lo que me acaba de preguntar. Y más que procesar la pregunta, trato de obtener una respuesta coherente. Si le digo la verdad, se va a pensar que soy imbécil. Aunque tras lo de hace media hora, y lo de ayer, no es algo que no piense ya.

Le miro, aunque enseguida vuelvo a apartar la mirada para coger aire. Inspiro antes de comenzar a hablar.

—Pensamos que... —primera parada para pensar— Bueno, si perdía la virginidad quizás... —achico los ojos y sigo pensado— podría servirme para relacionarme mejor.

Digo lo último tan rápido, que dudo que me haya entendido o que incluso yo lo haya pronunciado correctamente.

—Una idea horrible —sentencia.

Aunque no lo dice desde la rudeza ni la bordería, no percibo sequedad ni mal humor en sus palabras. De verdad me está diciendo que es una mala idea, y desde luego parece que le resulta algo divertido.

—Lo sé —asiento.

Vuelvo a agachar la cabeza, hundiéndome en mi sitio un poco más frente a él. Le oigo golpear la mesa con los dedos, un sonido sonoro y rítmico, al compás de la ruidosa música que resuena en los altavoces del pub -en cada esquina del establecimiento.

—Deberías esperar —añade con sinceridad—. No debería correrte ninguna prisa, y mucho menos hacerlo porque creas que te va a ayudar a relacionarte. Es una gilipollez —niega con la cabeza—. Seas virgen o no, la personalidad no cambia mucho. Volverte más extrovertida es un trabajo que tienes que hacer tú.

Rodeo los ojos cuando repite lo que me ha dicho ya todo el mundo. Como si no lo supiera ya.

—Si fuera tan fácil no habría recurrido a ti, créeme —digo en voz baja.

Buena suerte la mía. Como ya he dicho varias veces. El DJ ha decidido pasar de una canción a otra justo cuando me decido a hablar, creando un momentáneo silencio que le ha permitido a Víctor oír mi comentario.

Cuando vuelvo a dirigir mi mirada a él -ya no sé cuántos vaivenes oculares llevo ya, pero a este paso seguro que acabo mareada-, me está mirando con los ojos entrecerrados; sin embargo, esa sonrisa ladeada, irradiando diversión, no ha desaparecido.

Muevo los labios, indecisa, no sé si hablar o no, y ni siquiera sé si debería seguir tratando este tema con Víctor; pero hay algo en él, en esa forma tan estúpida de mirarme que consigue soltarme la lengua, aunque solo sea durante unos segundos.

—Solo me pasa con los chicos —suspiro.

Víctor asiente y parece estar pensando algo durante unos minutos, pues desvía la mirada hacia un lateral antes de volver a dirigirla a mí.

Se acomoda en el asiento y me sonrío. Por la manera en que gesticula y alza una ceja, sé que está a punto de proponerme algo. Lo intuyo, aunque no sé si de verdad quiero que siga hablando.

—Te propongo una cosa —comienza—. Solo si quieres.

Asiento lentamente con la cabeza, insegura.

—Necesitas a alguien que te ayude a relacionarte con tíos, que te sea tan fácil como —espera a que le diga algo que se me da bien.

—¿Meter la pata? —bufo.

Y vuelvo a ser consciente de que he hablado prácticamente sin darme cuenta. Víctor sonrío ante ese comentario y asiente.

—Que te sea tan fácil como meter la pata —entrelaza sus dedos de nuevo—. Voy a ayudarte, te daré consejos y te guiaré. Seré tu sensei Miyagi.

Rodeo los ojos cuando hace referencia a *Karate Kid*. Él sonrío ampliamente antes de proseguir.

—En realidad, lo único que necesitas son consejos y conseguir soltarte un poco —se encoge de hombros—. Y como no va a haber sexo, quizás cincuenta euros por día no estará mal —frunce la nariz—. Piénsatelo y me mandas un mensaje.

Le miro recelosa, aunque tampoco me parece tan mala idea. Al fin y al cabo, ¿quién mejor que él para ayudarme con el arte de la seducción y facilitarme la comunicación con el sexo contrario?

—Por cierto, aún no sé cómo te llamas —dice, señalándome con el dedo.

—Ayla —digo con un hilo de voz.

Capítulo 8

Estoy nerviosa. Puedo sentir mi estómago retorcerse y la bilis subiendo por mi esófago hasta casi llegar a mi boca. Tan estresada como la primera vez que nos vimos, no paro de darle vueltas al hecho de que es la tercera vez que quedo con Víctor. Y que voy a pagarle por hacerme de consejero o ayudante de ligues, cuando podría hacerlo con Naiara perfectamente.

Aunque, bueno, siempre que voy con Naiara -da igual el lugar-, acabo eclipsada, pintando menos que un cero a la izquierda.

Sé dónde hemos quedado. Al menos sé dónde está -el mismo nombre lo indica. De lo que no estoy segura es de que vaya vestida de la forma adecuada. Aunque teniendo en cuenta que es un bar, no creo que vaya muy desencaminada. Unos vaqueros negros rasgados y gastados, con una camiseta de manga corta gris -y una chaqueta vaquera. De todas maneras, no es mi físico lo que quiero explotar -que no es que haya mucho que explotar-, sino mi personalidad y llegar a entablar una conversación directa sin tartamudear o bloquearme.

Asegurándome de que todo está bien cerrado -o apagado-, cojo mi bolso, mis llaves y cierro la puerta, con llave, tras de mí.



Lo bueno de haber quedado un sábado por la tarde es que el metro no va tan abarrotado de gente, por lo que tengo algo más de libertad y puedo disfrutar de mi espacio personal. Lo malo es que el centro de Madrid probablemente esté abarrotado de gente. Bueno, un sábado en plena primavera es lo que tiene.

Nunca me canso de admirar la impresionante calle que es el Paseo de la Castellana. Para ser una zona tan transitada, en general está bien cuidada -he visto ciudades peores. Aunque lo que más me llama la atención, son las Torres Kio, inclinadas ligeramente hacia la carretera.

Al bajarme en Nuevos Ministerios, tampoco he tenido que caminar tanto. Llego agotada igualmente. Seguramente será por la última carrera que me he pegado al darme cuenta de que iba tarde -para variar, la suerte de mi parte.

Jadeosa, cerca de un paro cardíaco, me detengo frente a la puerta. Tomo aire profundamente e intento recomponerme un poco antes de poner un pie dentro del local.

Busco a Víctor con la mirada, aunque no hay ni rastro de él. Desde luego, la puntualidad no es lo suyo.

Resignada, agacho la mirada y paso entre la gente hasta llegar a la única mesa libre que hay, pegada a la pared. Rápidamente me deshago del bolso y me quito la chaqueta para atrapar entre mis dedos la carta, leyéndola mientras tomo asiento.

¿Qué tal un Gin Tonic? No, odio la tónica y dudo mucho que aquí lo hagan con Sprite. ¿Un Martini? Pfff ni de coña. ¿Mojito o Caipirinha? Umm... ¿Y si me pido una cerveza y ya está? Qué manera de marear.

¡Que son las seis de la tarde!

Dejo la carta y, como si fuera un rito de invocación, la camarera se me planta al lado antes de saludarme y preparar su PDA. Comienza a soltar una ristra de cócteles y aperitivos que enseguida me pierdo.

—Una cerveza mismo —me encojo de hombros.

—Tenemos Murphy's, Grimbergen, Warsteiner, Ámbar, Mahou... la —detengo antes de que pueda seguir.

—¡Mahou! Una Mahou estaría genial —asiento.

—5 estrellas, maestra, negra, sin alcohol...

—5 estrellas.

—Perfecto —me sonrío.

Cuando se da media vuelta, su coleta baja también lo hace, alzándose un poco sobre sus hombros.

No mucho después oigo la puerta abrirse, entre el barullo de la gente. Víctor la atraviesa, parece tranquilo. Nadie diría que llega tarde a ningún lugar. Mientras camina hacia mí, soy incapaz de no fijarme en cómo va vestido: vaqueros y camisa a cuadros. Y solo llevando eso puesto casi ha conseguido que mi mandíbula toque la mesa.

—¿Qué tal? —me sonrío.

—Bien —me encojo de hombros.

Se sienta frente a mí, hojeando la carta, a la que yo le había estado echando un vistazo minutos atrás.

Echo la mano hacia atrás, introduciéndola en el bolso para sacar la cartera. Él sigue mirando concentrado el listado e imágenes de las bebidas y comidas que ofrecen, aunque parece que me está mirando de soslayo al mismo tiempo.

Dejo los cincuenta euros sobre la mesa, algo que le llama la atención al momento. Sonriendo, estira la mano hasta ellos.

Antes de que pueda comenzar a hablar, la camarera se acerca a nosotros y me deja el botellín de cerveza en la mesa. Parece adelantarse a los movimientos y acciones de todo el mundo, pues sin darle tiempo a la pobre chica a hablar, él ya le está pidiendo lo que quiere.

—¿Me pondrás otra a mí?

Con una sonrisa boba, la chica da media vuelta -esta vez más lentamente- y se marcha hacia la barra.

—Me gustaría verte en acción, sin caídas —vuelve a recordarme lo de la noche anterior—. Busquemos a alguien.

Asiento y ambos comenzamos a examinar el local en busca de alguien con quien poder hacer de conejillo de indias. La gran mayoría vienen acompañados y, los que no, están completamente fuera de alcance.

—¿Y ese? —señala a un chico en la esquina de la barra— Es del montón y está solo. Sencillo.

Vuelvo a mirar al rubio antes de relamerme los labios. Me pongo en pie lentamente, como si en realidad alguien estuviera forzándome a saltar al vacío, y comienzo a caminar con pasos pesados.

Cuando estoy a punto de llegar, me arrepiento y vuelvo a dar media vuelta, pero Víctor gesticula, me vuelve a mandar sobre mis pasos. Echo el cuello hacia atrás ligeramente antes de volver a dar media vuelta y alargar mi brazo. A dos centímetros están mis dedos de entrar en contacto con su bomber. Dos centímetros que ahora mismo se sienten como kilómetros, la verdad.

¿Y si estoy invadiendo su espacio personal? ¿Y si quiere estar solo?

El rubio se gira hacia mí. Demasiado tarde. Sonríe ampliamente y le saludo, trabándome con solo esas cuatro letras. Me devuelve el saludo y me mira, de arriba a abajo. Sí, yo también fliparía.

—Soy Ayla —alzo el tono de voz de golpe.

Me inclino hacia delante para darle dos besos, aunque parece que no estaba listo. Le he agarrado con tanta fuerza del brazo que he conseguido tirar su cóctel, empapando sus pantalones y parte de la camisa que lleva puesta.

—Lo siento, yo... —me disculpo enseguida— Casi mejor que me voy.

Y huyo. Doy media vuelta y prácticamente corro de vuelta a mi asiento, frente a Víctor. La expresión en su cara dice todo lo que no necesito oír. Sí, ha sido un completo desastre, pero eso él ya lo sabía.

—Tengo más trabajo del que me pensaba.

Enarca las cejas y da un trago a su cerveza.

Capítulo 9

Estamos varios minutos en silencio, aunque puedo intuir que hay muchas cosas que quiere decir por la forma en que me está mirando. Le suplico en mi interior que no diga nada, que se mantenga callado y siga bebiendo de su botellín.

De reojo, puedo ver cómo se rasca la mejilla y le oigo suspirar. Deja el botellín en la mesa tras haber jugado con él, pasándolo de una mano a otra, y fija su mirada en mí.

—No ha sido tan malo —le resta importancia—. Al menos te has acercado a él y te has presentado.

Claro, y como con eso es suficiente, pues ya está. Vamos a pasar por alto que le haya empapado solo porque me haya atrevido a acercarme.

Seguramente mis facciones han hablado por mi cerebro, porque Víctor bufa y enseguida sigue

hablando.

—Tu ceja está diciendo más de lo que podría decir tu boca —me señala.

Es entonces cuando soy consciente de que esa parte mi cara está tensada hacia arriba. No he caído en lo molesto que resulta tenerla así, hasta ahora. Me toco la ceja con cuidado e intento ocultarla con cuatro de mis dedos. Víctor ríe ligeramente y niega varias veces con la cabeza.

—Voy a hacerte una demostración —se vuelve a inclinar hacia mí—. Y, para que veas que ligar forma parte del don de hablar, te dejo elegir a cualquiera de las chicas de este lugar.

—¿Cualquiera?

—Cualquiera —vuelve a asentir—. Tú dime y yo iré.

Hago un barrido con la mirada por todo el local, deteniéndome en todas las mujeres que hay entre los grupos de gente. Hay un gran grupo de amigas en la esquina del establecimiento, al lado de la puerta. Demasiado sencillo -niego y tuerzo el gesto. Veo a un par de mujeres apoyadas en la barra, parecen ir solas -aunque por la manera en que miran el local, también tiene pinta de que estén buscando una presa a la que atacar.

Cuando estoy a punto de decirle que escoja a la que él prefiera, veo a una pareja cerca de mi edad, a un par de mesas de nosotros, besándose. El chico se está levantando y se encamina hacia el baño. Ya está.

—Esa —señalo con la cabeza.

Víctor frunce el ceño y se gira hacia la chica que ahora se está retocando el maquillaje, mientras se mira en el pequeño espejo portátil.

—¿Segura? —alza ambas cejas y vuelve a mirarme— Puedes ponérmelo más difícil.

—Estoy segura —me encojo de hombros—. A ella.

Sonríe victorioso y asiente antes de ponerse en pie y encaminarse hacia la chica que ahora está sola.

A la pelirroja le toma por sorpresa que Víctor se detenga en su mesa, aunque no luce disgustada ni incómoda. Dos palabras por parte del castaño y la chavala ya está sonriendo como una boba y asintiendo a todo lo que le dice, mientras juega con un mechón de su pelo -enroscándolo y desenroscándolo del dedo índice.

Miro de vez en cuando hacia la puerta de los aseos y, cuando la pelirroja coloca su mano sobre el antebrazo de Víctor, comienzo a desear que el pobre novio haga acto de presencia.

Estira el brazo, ofreciéndole el asiento que su acompañante había estado ocupando minutos atrás y él enseguida acepta. La pelirroja ríe tras algo que dice el castaño, exagerada y con ganas de llamar su atención -y la de todo el local posiblemente.

La veo morderse el labio y antes de poder seguir hablando, oigo una voz masculina algo aguda a mi izquierda y unos pasos avanzando acelerados.

—Hostia —me cubro la mano con la boca.

Víctor se gira rápidamente hacia la voz y puedo ver perfectamente como la cara de la chica se desencaja ante la aparición de su novio. El tipo agarra a Víctor por el cuello de la camiseta, forzándolo a levantarse un poco.

Y, mientras yo habría optado por callarme y marcharse, mi consejero parece tener la lengua demasiado larga, pues le ha debido soltar algo que al novio no le ha sentado nada bien -o al menos eso puedo ver cuando aprieta el puño con fuerza.

No, si al final le van a partir la cara y todo con la tontería.

Suspiro y, tras darle un rápido trago a mi botellín, coger mi bolso y mi chaqueta, me pongo en pie y me dirijo a ellos, preparándome mentalmente para intervenir.

—Es mi hermano —grito, agarrando del brazo al tipo—. No se lo toméis en cuenta —les miro a los dos—. Es que... —me quedo en blanco y boqueo varias veces antes de seguir.

Como el tío me está comenzando a poner nerviosa, dirijo mis ojos a su asustada -o más bien espantada- novia.

—Es que es un poco especial —achico los ojos—. Se pasa los días más salido que un mandril. No se lo toméis en cuenta.

El tipo suspira y mira hacia otro lado, pensándose si tolera la trola o no. Pues sí. Afloja el agarre sobre Víctor antes de soltarle por completo. Mi acompañante se pone en pie y se coloca la ropa, retándole con la mirada.

Joder, vámonos ya.

Como veo venir lo que está a punto de pasar, le agarro del brazo y tiro de él hacia la puerta. Una voz a nuestras espaldas nos llama la atención.

—¡No habéis pagado las cervezas!

¡Es verdad!

Suspiro, no sé cómo se me ha podido pasar. Aunque lo que cuestan las cervezas me parece un robo a mano armada, no me gusta ir por ahí debiéndole nada a nadie. Abro el bolso para sacar mi cartera, pero antes de que eso pudiera llegar a pasar Víctor me ha agarrado de la muñeca y ha tirado de mí.

—Serán hijos de puta —es lo último que alcanzo a escuchar.

Nos echamos a correr, recorriendo el Paseo de la Castellana repleto de gente. La adrenalina me ha consumido tanto que no sé en qué momento exacto la mano de Víctor ha tomado la mía, entrelazando nuestros dedos.

Tras unos minutos y ya habiendo salido de la calle principal, ambos ralentizamos el ritmo y comenzamos a caminar. No es mucho después que caemos en que vamos agarrados de la mano. Nos soltamos casi al instante, y por un segundo, tengo ganas de estirar la mano hasta la suya de nuevo para volver a entrelazar mis dedos entre los suyos, pero me contengo.

—Veo que trabajas bien bajo presión —comenta, introduciendo sus manos en sus bolsillos.

—Forma parte de mi trabajo —me encojo de hombros, clavando mi vista en el suelo.

Evitando el contacto visual, me concentro en el vaivén de mis pies en mi campo visual, con cada paso que doy. Le escucho reír. Es la primera vez que la oigo con claridad: profunda, contagiosa.

—Sabías que esa chica estaba con el novio.

—Bueno, sí —le miro durante una milésima de segundo—. Quería saber si eras tan bueno como para conseguir que una chica, con el novio allí, cayera.

—Y ha estado a punto —chasquea los dedos.

—Estaba ahí ahí —me rio—. Si no hubiera aparecido su novio, no sé qué habría pasado.

No hablamos mucho, nos reímos de lo sucedido en el bar -mayoritariamente de la carrera por todo el Paseo y de la voz de la pareja dela pelirroja. Hace algo que no muchos chicos que he conocido han hecho: hacerme sentir cómoda. Intenta empujarme a hablar, bromea y consigue que yo devuelva la broma. Crea un pequeño clima de confianza y cercanía que nunca he tenido con alguien del sexo opuesto antes.

Te está cobrando por todo esto, baja de la nube.

Capítulo 10

Víctor decidió que, para soltarme más, comenzáramos a hablar más por teléfono y mensaje. Creyó que era una buena idea para que desarrollara un poco más la improvisación y el sacar tema. Al no estar en persona y poder pensarme mejor lo que voy a escribir, me resulta algo más fácil que cuando estamos juntos en persona.

Lo más complicado es conseguir mantener su interés durante más de diez minutos, rápidamente me quedo sin recursos para seguir con cualquier tema que saco.

Y así quedamos. Si a Víctor no le convencía lo que yo ponía o simplemente llegaba a un punto en el que solo se podía responder con monosílabos, él me dejaba en leído y no respondía hasta que yo le hacía hablar. ¿Qué excusa esto? Pues que la otra persona tiene que sentirse enganchada y atrapada en tus palabras. Aunque lo que estés contando sea irrelevante, que se quede alucinado con tu forma de hablar. Que algo común, tú seas capaz de hacerlo interesante. Y debido a lo nerviosa que me pongo en persona, pues prefirió hacerlo por mensaje para que me sintiera más cómoda y para que me fuera acostumbrando a hablar.

¿Qué haces?

Burdo intento por conseguir mantener la conversación activa. ¡Ya es la sexta vez que me deja en leído esta mañana!

Ya me lo has preguntado ocho veces

*Se pueden hacer muchas cosas distintas en
dos horas*

Estoy haciendo el desayuno

Aun no habias desayunado???
desayunado

Una chica muy molesta no para de
intentar llamar mi atención

Ya...

Y vuelve a dejarme en leído. Si no fuera porque sé que es una actividad “dinámica” para fortalecer mi manera de relacionarme, habría desistido ya hace mucho. Suspiro y decido dejar el móvil sobre el escritorio, volviendo al mundo real, volviendo a mi trabajo.

Santiago, Santi para los gilipollas de sus amigos -y mi jefe-, sale con una sonrisa triunfante del despacho del susodicho. No me gusta pensar mal, pero está claro que se está cocinando algo de lo que yo todavía no me he enterado.

—Míralo. Menudo subnormal —oigo a Carla decir entre dientes, a mis espaldas—. Sumando puntos para acceder a la nueva vacante en Marketing.

—Espera, ¿qué? —me giro rápidamente hacia ella— ¿Hay una nueva vacante?

—Sí, José recibió una oferta de Nestlé y se ha marchado —se encoge de hombros—. Ahora se está rifando su puesto y, como ves, Santi ya ha empezado a participar.

Vuelvo a mirar hacia la puerta del despacho de mi jefe, sin dar crédito a lo que estoy escuchando. Carla coloca una de sus manos, con perfecta manicura francesa, sobre mi hombro derecho.

—Ese puesto debería ser tuyo —asegura.

¿Y qué se supone que debería hacer? ¿Pegarle cuatro gritos a mi jefe? ¿Decirle a Santiago que se quite de en medio porque yo llevo esperando una oportunidad así desde hace un año?

Por mi experiencia, acabaría peor de lo que me espero. Formularía mal las frases -y eso si llegara a hablar sin trabarme. Seguramente acabaría de patitas en la calle: sin trabajo y, mucho menos, sin ascenso. Y si no me echaran, mi jefe me putearía aún más de lo que ya hace.

Carla me da un suave apretón en el hombro antes de hacer bailar su cabello rubio en el aire al dar media vuelta, y marcharse.

Mi móvil vuelve a vibrar sobre mi escritorio, llamando casi instantáneamente mi atención. Me sorprende bastante porque, como ya he dicho, Víctor no iba a responder si no me esforzaba por mantener viva la conversación.

¿Y tú qué haces?

Ahora mismo nada
Aunque estoy deseando marcharme

No me extraña
Estoy seguro de que tus compañeros lo
lamentarían

Por?

Imagínate privarles de tales vistas

Me lleva un tiempo procesar lo que acabo de leer. ¿Acaso está diciendo que...? Está flirteando conmigo. ¿Y cómo se supone que tengo que responder ahora?

Miro a mi alrededor antes de volver a concentrarme en mi teléfono. Bufo y me remuevo. Mis dedos, de cada vez más temblorosos, tomando mi móvil con debilidad.

Tú no puedes verme

Créeme, me encantaría

¿Qué llevas puesto?

Miro hacia abajo, concentrándome en el conjunto que he decidido ponerme hoy.

Una falda de tubo y una camisa

Que llevas puesto tú?

Estoy hiperventilando y aún no hemos llegado a ningún lado, ni siquiera hemos hecho que la conversación suba de nivel. Aunque es algo que él consigue bastante rápido. Me manda una foto y yo dudo entre abrirla o no.

Vuelvo a mirar a mi alrededor y la abro, encontrándome con su perfecto cuerpo, marcado con sus músculos, sin camiseta y solo con unos pantalones de chándal grises lo suficientemente bajos como para permitirme ver, a la perfección, una perfectamente visible “V”.

De repente siento mi boca seca y casi puedo oír el cortocircuito haciendo un desastre en mi cabeza.

Y ahora sí que me he bloqueado pero bien. Apenas puedo mover mis dedos y ni siquiera sé qué responder para no parecer imbécil.

“Relájate” me grito a mí misma

No puedes hacerme esto

Estoy en el trabajo!

¿Pero qué? De todas las cosas que podría haber mandado y voy y me decido por eso. Luego me quejo.

Lejos de volverme a dejar en visto, Víctor me manda un emoji de la risa y otro encogiéndose de hombros.

No he hecho nada

Tú me has preguntado y yo he respondido

Y de qué manera

Tú no me has mandado foto, pero con tan solo imaginarte...

Así que estamos en las mismas

Me muerdo el labio y me doy aire con la mano, intentado hacer trabajar a las dos neuronas que me quedan. Una está perdida en los abdominales y la otra está imaginándose lo que debe haber más allá de la “V”. Si cuando digo que mi cerebro trabaja a ritmo propio, lo digo en serio.

Me siento tentada a responderle, a decirle todas las barbaridades que están pasando por mi cabeza. Pero, esta vez, decido ser yo la que le deja en visto.

Suelto el teléfono rápidamente y decido silenciar su contacto hasta que salga del trabajo, al menos.

Capítulo 11

Nada más entrar en casa, lo primero que hago es quitarme los zapatos de tacón lo más rápido posible. Lanzándolos sin siquiera mirar dónde llegan a parar, me relajo al sentir mis pies descalzos en contacto directo con el parqué.

Un quejido sale de mis labios, lo siento molesto e incluso un poco incómodo al principio. Todavía tengo la sensación de los tacones curvando mi planta, pero poco a poco me voy acostumbrando. Siento mis dedos más libres, en su posición normal. Al fin.

Me deslizo sobre el sofá, ni siquiera tengo ganas de comer. Solo tengo ganas de quitarme el traje, ponerme el pijama y tumbarme. Me da igual todo lo demás.

Con la mirada perdida en la pantalla en negro de la tele, comienzo a pensar. Mi cabeza hila diferentes conceptos y, por algún motivo, acaba en Víctor y en lo sucedido esta mañana -o más bien lo que podría haber sucedido.

—Hostia.

Mi mano choca contra mi frente cuando recuerdo que le he dejado de responder después de que mandara la foto.

Dirijo mis ojos a mi bolso, colgado de cualquier manera en el perchero a la izquierda de la puerta. Cierro los ojos con fuerza y vuelvo a quejarme. No me quiero levantar y, por unos segundos, de verdad pienso que no pasa nada por que no le responda. Y sigo pensando así, pero me levanto igualmente.

Me muerdo el labio cuando abro el chat y vuelvo a ver la miniatura de su fotografía. Tanteo mis dedos sobre la carcasa de mi móvil, sin saber qué hacer exactamente. Niego un par de veces con la cabeza y me acaricio el cuello antes de desabrochar unos cuantos botones de mi camisa -los suficientes para que se pueda ver perfectamente mi escote. Y alzo el móvil para tomar una foto a la altura de mis labios -hasta parte de mis caderas.

Sin pensármelo mucho y ni siquiera fijarme en la foto, mi dedo aprieta a “Enviar”. No mucho después vuelvo a bloquear el teléfono y lo dejo sobre la mesa del comedor, olvidándome por completo de lo que acabo de hacer.

Mientras me encamino a mi habitación para desvestirme y cambiarme de ropa, me quito los pendientes y deshago mi moño, dejando mis desastrosos rizos libres.

Antes de que llegue a la puerta, una notificación llega a mi teléfono. Pegándome una corta carrera, vuelvo a tomar el aparato. Me pensaba que era Víctor hasta que veo el nombre de Naiara

en la parte superior.

Suspiro, no decepcionada. Bueno, sí; un poco sí lo estoy. Abro su chat, ella también me habla de la vacante. ¿Es que ahora resulta que todo el mundo lo sabía menos yo?

A medida que seguimos hablando le da un buen repaso a Santiago, algo por lo que no puedo evitar reírme. Ese tío no le cae bien a nadie, solo a mi jefe y a su círculo de imbéciles lameculos.

Entre risas, veo el nombre de “Rogers” y su respuesta a mi foto. Actúa como si en realidad no hubieran pasado horas desde la última vez que hemos hablado, o como si yo no le hubiera ignorado completamente durante todo el día.

¿Estás intentando calentarme?

*Solo estoy haciendo lo mismo que
me has hecho tú en el trabajo*

¿Todavía llevas el traje?

Casi

Comienzo a desabotonar la camisa hasta dejarla completamente abierta y la deslizo por mis brazos. Una parte de mi cerebro de verdad quiere hacerme creer que Víctor me está viendo y que, de alguna manera, estoy consiguiendo seducirle.

La camisa está fuera de juego

Se toma unos minutos antes de responder. Le veo escribiendo y desconectándose varias veces antes de finalmente mandar su mensaje.

Mmmm

*Cómo me gustaría estar allí para verlo por
mí mismo*

Desnúdate para mí, Ayla

Y no sé si es mi cabeza imaginándose su voz pronunciando esas palabras o la situación -o ambas-, pero tras esas palabras siento que la temperatura de la habitación ha subido unos cuantos grados.

Mando los siguientes mensajes al mismo tiempo que lo hago en la vida real. Quizás para hacer que parezca tan real como sea posible. Primero quitándome la falda, siguiendo por las medias. Solo estoy en ropa interior, un conjunto rosa pálido liso.

Que debería quitarme ahora?

*Si estuviera allí, ya te habría quitado el
sujetador*

*Estoy seguro de que tienes unos pechos
preciosos*

Dejo el móvil durante un momento en la cama para llevar a cabo el siguiente paso: deshacerme del sujetador. Me relamo los labios y decido volver a tumbarme mientras cojo el teléfono.

Mas te vale haberte quitado esos pantalones

Si estuviera allí habrían desaparecido hace mucho

Dime cómo me quieres, Ayla

De la nada parece haber desaparecido esa timidez, la sensualidad y el calor el ambiente me han envuelto por completo, estoy atrapada en él, en sus palabras.

Jadeo cuando una de mis manos aprieta mi pecho, ejerciendo un poco más de fuerza en el pezón. Aprieto mis muslos al sentir ese cosquilleo en mi zona más íntima.

*Entre mis piernas, sobre mí
Desnudo*

*Hacerte sentir lo duro que has conseguido
ponerme
Mmmm qué mojada debes estar*

Por tu culpa
Deslizo mis dedos hacia abajo, acariciando mi abdomen antes de llegar al inicio de mis bragas. Siento la respiración más pesada cuando mis dedos se deslizan entre mis húmedos pliegues.

*Te necesito
Ya*

*Paciencia...
Mmmm frotándome entre tus pliegues y
tu entrada
¿Cuánto me necesitas?*

*Mucho
Te necesito dentro de mí, follando
duro, sin compasión*

Estás tan apretada, cariño

Deslizo dos dedos en mi interior cuando manda ese mensaje, sintiendo mis paredes involucrar mis dedos. Los muevo lentamente, dentro y fuera, imaginándome a Víctor en ese lugar. Mi boca seca y entreabierta mientras mi cuerpo se remueve involuntariamente, acompañando los movimientos de mi mano.

*Te sientes tan bien
Mas rapido
Hazme gritar*

*Oh sí
Voy a hacer que te olvides de todo*

Siento mis paredes apretarse alrededor de mis dos dedos, mi cuerpo arqueándose al mismo tiempo.

Quieres que me corra para ti?

*Mmm sí
Córrete conmigo
Vamos*

Muevo mi mano aún más rápido, de delante hacia atrás, follando a mí misma como si fuera él. Saco los dedos de interior y comienzo a frotar mi clítoris en círculos, gimiendo perdida en las sensaciones, en el placer... En el morbo que todo esto me está provocando.

Un calor crece en mi estómago, mis pulsaciones se aceleran con cada segundo paso que pasa, con cada movimiento que hago.

*Víctor
Mecorro*

mmm sí

Me dejo llevar, me voy. Alcanzo el clímax, marcándolo con un fuerte gemido.

Qué sexy eres

Siento la saliva algo pastosa y mi cuerpo parece mucho más ligero que de costumbre. Aún con piernas temblorosas, y jadeante, saco la mano de mis bragas.

Dios.

Capítulo 12

Llevo tres horas dando vueltas en la misma zona del centro comercial, y lo peor es que ha sido para nada. Naiara todavía no ha cogido nada para probarse. Lo ha intentado con cinco conjuntos diferentes, pero siempre ha acabado cambiando una de las prendas o dejándolas todas.

—Si es que no hay nada que me vaya a quedar bien —lloriquea.

Ahora, en la puerta de Zara, es cuando tengo ganas de estrangularla más que nunca. ¿Que nada le va a quedar bien? ¿Cuando parece una puñetera modelo salida de Milán? ¿Es en serio, amiga?

Mi cara debe estar tan desencajada -incluso yo lo estoy notando- que Naiara me mira fulminante.

—Quita esa cara de culo —me regaña—. No es mi culpa.

—No, será mía...

Caminamos juntas hacia otra de las tiendas, *H&M* en concreto. En esos cinco metros, siete chicos distintos se giran hacia nosotras. Bueno, hacia Naiara concretamente. Me siento invisible, aunque no me toma por sorpresa. Siempre me pasa vaya a donde vaya, ahora que estoy con una mujer salida del catálogo de *Victoria's Secret*, pues ¿qué me puedo esperar?

Dentro de la tienda, incluso las dependientas solo se dirigen a ella. ¿Es que ahora yo no soy clienta también o cómo va la cosa?

Mientras Naiara comienza a mirar entre la ropa más informal, saco mi móvil. Me encuentro con que tengo un mensaje de Víctor. No entiendo por qué la notificación no me ha sonado, pero tampoco le tomo mucha importancia.

Me quiero morir

Y junto con ese mensaje, me ha enviado una fotografía de unas pesas. Sonríe casi al momento de leer eso.

Tienes que tener a las clientas contentas

Ohh ya lo sé

Vivo de mi físico, no me queda más remedio

Una semana después de lo ocurrido aquella tarde, hemos seguido hablando bastante. Y mentiría si dijera que no hemos repetido lo que hicimos. Desde luego, Víctor tiene el don de la palabra, podría volver a cualquier mujer loca solo escribiendo o hablando. Aunque, ¿quién dice que no lo haga ya? Yo soy un ejemplo, probablemente también lo haya hecho con otras de sus clientas.

Que tal anoche?

Habría preferido hablar contigo seguro

Tan desesperante fue? Jajaja

Bueno, contigo al menos me siento como una persona

Leer eso me conmueve, aunque sea un poco. Y me da a entender que cualquier otra de las mujeres que contratan sus servicios probablemente ni hablen con él antes de proceder al folleto.

¿Qué tal las compras?

Con decirte que preferiría estar ocupando tu lugar, te lo digo todo

Me manda dos emojis de la risa, yo río ligeramente cuando me manda uno de esos gifs de personas riéndose -que se acercan más a un meme que a cualquier otra cosa.

—¿Pero me estás escuchando? ¿Con quién hablas? —me interrumpe Naiara, dándome un golpecito

en la frente.

—Lo siento, ¿qué decías?

Mi amiga rodea los ojos y alza la percha a la altura de mis ojos, mostrándome un despampanante vestido rojo con un pequeño escote en forma de corazón.

—Te estaba diciendo que te lo probaras. Estoy segura de que te queda genial —me lo acerca a las manos.

—Qué va. No —niego varias veces, apartándome un poco—. No tengo el cuerpo para un vestido así, no sabría llevarlo.

—Bobadas —me agarra la mano, obligándome a sujetar la percha—. Solo te estoy pidiendo que te pruebes el vestido. Yo también voy a probarme un par de cosas.

La miro. Sé que, por la forma en que me está mirando, replique lo que replique y me niegue cuánto me niegue, voy a acabar probándomelo de todos modos.

Bufando, y con actitud cansada, la acompaño a los probadores.

Nos colocamos la una al lado de la otra. Naiara ya me ha pedido que cuando me lo haya puesto, se lo enseñe, para ver cómo me queda. Me resulta ridículo que tenga que salir para que me acabe de confirmar lo mal que me queda algo.

Cuando ya me lo he puesto, veo que tampoco me queda tan mal como esperaba. Incluso me lo podría poner para ir a tomar algo.

Aunque todo eso se desmorona en cuanto salgo del probador y me encuentro a Naiara, esperando con un vestido parecido al mío -solo cambia el color, el suyo es amarillo. Incluso con un color tan feo como es el amarillo, ella consigue realzarlo y llevarlo a la perfección. En comparación con ella, yo parezco un cerdo que se ha enredado en la colada de alguien.

Con hombros pesados y desganada, vuelvo a entrar dentro del probador, echando la cortina tras de mí.

—Oh, vamos. Estabas increíble.

—Eso mismo pensaba yo hasta que te he visto con eso puesto —replico mientras bajo la cremallera.

Naiara asoma su cabeza por la cortina y me mira a través del espejo. Está intentando convencerme de que me lo compre.

—Yo no me lo voy a comprar.

Echo el cuello un poco hacia atrás y me giro a mirarla. Me está sonriendo de manera pilla, intentando salirse con la suya mientras yo hago todos mis intentos por mantenerme seria.

—Pero tú sí deberías —insiste—. Buenorra es lo primero que he pensado cuando te he visto.

Me carcajeo al fin, tras varios tembleques por parte de mi labio inferior.

Al ver que me siento mejor, y estar prácticamente segura de que me lo llevo, sale del probador por completo y cierra la cortina.

Con el vestido entre mis dedos y mi ropa colgada en el perchero, pienso en lo irritante que debe ser ir conmigo a este tipo de sitios y tener que consolarme cada dos por tres. Es algo que odio de mí misma, con todas mis fuerzas; pero que no puedo evitar por mucho que lo intente ni por mucha terapia que haga. Es una mierda.

Víctor ya había tocado este asunto por encima a lo largo de la semana. Lo que más ha destacado, aparte de la timidez, mi inseguridad. Cree que el hecho de ser tan insegura conmigo misma, pueda afectar la proyección que percibe el resto -o incluso cómo puede afectar a mi forma de pensar. Que yo no me guste, ni me acepte, por ende me da a pensar que los demás tampoco lo van a hacer.

A veces pienso que me conoce más en dos semanas, que yo a mí misma después de veinticinco

años -casi veintiséis.

Y, como si quisiera darle la última puntillita a todo, él mismo entiende que no estamos equilibrados. Por eso siempre intenta hablarme de sí mismo también, conseguir que le conozca para que no parezca que estoy hablando con un extraño.

Por ejemplo, sé que le encantan los perros, pero que es alérgico -tema que surgió cuando le mandé una foto del próximo proyecto de Marketing de mi empresa. O que odia el queso en general, menos cuando está gratinado, o derretido.

Hace un gran esfuerzo por abrirse, y sé que no debe ser fácil para él, pues siempre es más cómodo ceñirse a tu trabajo y ya está. Pero le agradezco profundamente el esfuerzo.

Capítulo 13

Siento mis ojos arder a medida que avanza la noche, e incluso me duele la cabeza por las veces que he sonado mi nariz; pero no puedo parar. Estoy destrozada. Y, aunque me cueste respirar, mi cuerpo no deja de hipar y acelerar mi respiración continuamente.

Mi teléfono ha sonado ya varias veces sobre mi mesilla, con una incesante vibración que consigue mover ligeramente el viejo mueble. Lleva así toda la noche. Y no tiene pinta de que vaya a parar. Tras cinco segundos, el móvil vuelve a vibrar.

Creyendo que puede tratarse de mi padre, estiro mi mano desganada. Mis dedos rozan la carcasa azul turquesa, aunque no alcanzo a coger el móvil bien. Eso, no obstante, no consigue que me levante. Estiro la mano de nuevo, moviendo mi cuerpo sobre el colchón un poco más, hasta que puedo sujetar el aparato y acercarlo a mí.

La potente luz de la pantalla enseguida me ciega y hace que me duelan los ojos. Con vista parcial -por mis ojos entrecerrados-, le bajo la luminosidad al móvil bastante, adaptándolo a la oscuridad en mi habitación.

Paso el dorso de mi mano bajo mis ojos, secando lo que encuentra a su paso. Vuelvo a desbloquear el móvil, encontrándome con un mensaje de Víctor nada más encenderlo. En la parte superior, veo entre paréntesis un veinte. Me ha mandado veinte mensajes. Seguramente esté preocupado -o intrigado- por haberle dejado de hablar tan repentinamente tras lo ocurrido.

No tengo ganas de hablar ahora

Vuelvo a ocultar mi cara en la almohada, creyendo -por muy estúpido que suene- que eso va a conseguir que todo pase más rápido. Ojalá me hubiera tragado la tierra hace unas horas.

Por un segundo creo que quizás Víctor ha entendido que no estoy de humor y que me dejará en paz, al menos hasta mañana. Pero el resultado es justo el opuesto.

Mi móvil vibra continuamente a mi derecha, deslizándose disimuladamente en círculos por la propia vibración. Vuelvo a mirar la pantalla. Es Víctor. Sollozo un poco más fuerte y, justo después, intento detener el llanto. El nudo en la garganta haciendo que me hierva el cuello, ni siquiera puedo tragar saliva con normalidad. Me duele.

—Te he dicho que no tengo ganas de hablar —respondo con un hilo de voz—. Hablamos mañana.

Para evitar que oiga un sollozo inevitable, aparté el micrófono de mis labios y corro a colgar la llamada; pero me interrumpe.

—Ni se te ocurra colgarme —avisa con un tono duro—. ¿Qué ha pasado?

—No quiero hablar de eso.

A medida que voy pronunciando las palabras, mi voz se desmorona más. Mi temblorosa labio inferior consiguiendo que sea imposible sonar convincente.

Le oigo suspirar y estamos durante unos cuantos segundos en silencio. Le he oído decir algo, pero no lo he entendido. Comienza a hablar, pero enseguida se corta a sí mismo. Piensa, y lo hace en voz alta -pero a un volumen reducido para que yo no pueda entender lo que dice.

—Ahora mismo voy para allá. —su voz ahora suena más tranquila, conciliadora.

Y cuelga.

No miro como una imbécil el móvil, pero sí que estoy confundida. Me ha dicho que va a venir a casa, y la idea de que venga para consolarme porque estoy mal me emociona bastante.

Me da igual si es una mala decisión, si se opone a lo que habíamos acordado en un principio. Estoy tan afectada por todo lo ocurrido esta noche, que ni siquiera pienso con claridad lo que hago. Solo se la mando.

Uno de mis fuertes sollozos inunda el silencio de mi habitación cuando recuerdo lo ocurrido, las duras palabras que Leo ha usado para referirse a mí.

* * *

No es que ahora de la nada se me dé bien relacionarme, pero estoy haciendo un gran esfuerzo por parecer, al menos, una persona normal cuando hablo con alguien del sexo opuesto.

Estoy haciendo lo mismo que hago con Víctor via mensaje, pero en la vida real. Llevo toda la noche intentando no aburrirle, darle conversación para parecer interesante. Y más de una vez suelto estupideces por la boca. Se nota a leguas que lo estoy forzando, él ni siquiera parece estar interesado.

Si ya cuando me he pedido el solomillo de ternera tendría que haberlo intuido -menuda cara ha puesto. El tío es el típico chulo vigorético de gimnasio, pero me mantengo firme e intento seguir adelante con esto -se lo prometí a Naiara.

Le veo un buen rato escribiendo. Más que intrigada, siento curiosidad. Pobre de la otra

persona que tenga que leerlo todo.

Poco después de que termine de escribir, mi móvil suena. Le sonrío tímidamente, sin mostrar los dientes y lo saco del bolso -solo para ver de quién es. Es de Leo. Qué raro.

Lo primero en lo que me fijo es el contraste entre los mensajes: de ponernos de acuerdo con la hora y el lugar -Naiara ya había hecho de las suyas para intercambiar nuestros números-, a un enorme testamento. Oh no...

“Se ke kieres follarte a la modelo pero de verdad me tienes que hacer pasar por sto a mi? No slo me encasketas a la amiga gorda, sino ke tmbn es tonta perdia. Lo tiene todo la pobre. Esk ni para un polvo me sirve. Yo te mato, ni los 100€ me cubren. Me debes una muy grande”

Toda la sangre se baja a mis pies mientras siento que el estómago y la garganta se me cierran de golpe. Frunzo los labios con fuerza en un intento por no romperme a llorar aquí mismo.

Mejor me voy.

Saco la cartera, y de esta unos treinta euros. Los billetes acaban al lado de la botella de agua mientras mi cuerpo se dispone a levantarse para salir huyendo de aquí.

—Me tengo que ir —comienzo a ponerme en pie—. He pagado mi... —cuelgo mi bolso a mi hombro— mi parte de la cena. Un... —le miro, ni siquiera me está prestando atención— Un placer.

Ni siquiera le doy dos besos, ni intento que me mire. Aprovecho para salir corriendo sin mirar atrás.

* * *

No es por quién lo dijo, sino la manera y lo que dijo exactamente. Me siento humillada y menospreciada. De verdad que no había ninguna necesidad.

Por enésima vez me he sentido como un cero a la izquierda, como si de verdad yo no valiera nada y no mereciera la atención de nadie. Por Dios, ha venido forzado porque sino Naiara no se iba a acostar con su amigo.

Cuando el timbre suena, yo todavía sigo ensimismada en mi burbuja de vergüenza y lamento, queriendo mantenerme ajena al resto del universo.

Tiro de la puerta y miro hacia arriba, la cara de Víctor al verme es un poema. Si alguien me abriera con mis pintas: rímel corrido por las mejillas, base cubriendo partes de la cara, el moño medio descolgado, aliento apestando a vómito -porque tal ha sido el mal trago que me han entrado hasta ganas de vomitar cuando he llegado a casa- y mi vestido nuevo arrugado. Sí, yo tendría exactamente la misma cara.

—¿Tan mal ha ido?

Sin quererlo ni esperarlo, a un leve sollozo le sigue un llanto. Ni siquiera caigo en que sea la tercera vez que nos vemos, ni que sea la primera vez que nos vemos desde que empezamos a mensajearnos; ese ataque a mi orgullo es lo único que consigue desequilibrarme ahora mismo.

Preocupado, Víctor me toma de la cintura y me empuja hacia dentro, cerrando la puerta tras él.

Me abraza, rodea mi cuerpo con delicadeza, invitándome a relajarme, a confiar en él, a desahogarme. Y lo hago. Me abrazo a él con fuerza, sollozando contra su pecho, seguramente creando una gran mancha negra en esa zona debido al maquillaje.

Estamos veinte minutos así hasta que por fin me calmo un poco, mi respiración se acerca a lo normal y mis lágrimas no salen con cada letra que pronuncio. Ahora me invita a hablar y explicarle lo sucedido.

Cuando voy a enseñarle el mensaje, Leo ya lo ha borrado. Cobarde. Si la cagada ya está hecha.
—Ese tío es un gilipollas —sentencia.

—Pero tiene razón —digo durante un ataque de hipo.

Víctor me mira, sentado en el sofá frente a mí. Se inclina hacia delante y me mira más de cerca. Intimidada, mis ojos viajan por mi salón, reparando en cualquier detalle menos en sus ojos.

—¿Tienes un espejo?

Le miro extrañada, asintiendo lentamente.

—En mi habitación.

Señala hacia el pasillo, yo asiento lentamente. Solo hay dos puertas, así que no es muy difícil equivocarse.

Me toma de la mano y camina conmigo por mi casa, como si llevara él más tiempo viviendo aquí que yo.

Plantándome en frente del espejo, él se coloca tras de mí, siempre sujetando mis hombros con delicadeza mientras me mira a través del material.

—¿Qué cosas te gustan de ti?

Esa pregunta me rompe, no me la esperaba para nada. Ya que estamos aquí es raro, pero esa pregunta lo es más. Me miro de arriba a abajo varias veces. ¿De verdad tengo que responder sí o sí?

—Nada —susurro.

—¿Sabes qué odio de mí? —alzo la mirada.

—¿Nada?

Me muestra su bíceps derecho. No me había fijado en esa gran marca de nacimiento, recorre desde su codo hasta la mitad de su bola. Ahora alza un poco la cabeza, mostrándome la mandíbula. Tiene una pequeña cicatriz desde la oreja hasta perderse en su barba. Se señala la nariz, que está ligeramente torcida.

—Y hay muchas cosas más —vuelve a mirarme—. ¿Sabes por qué creías que nada? Porque hay otras muchas que me gustan, y son en las que me concentro. No deberíamos dejar que nuestros defectos nos definan. Forman parte de nosotros, nos hace exclusivos, pero no son lo único. Que tengas un par de kilos de más o no, no debería hacer que te sientas menos. Y mucho menos deberías tolerar que alguien te lo haga —agacho la mirada—. Hey —alza mi barbilla con dos dedos, obligándome a mirarme en el espejo—. La confianza se construye poco a poco, y en eso estamos trabajando. Te falta confianza para encontrar las cosas buenas, pero eso no significa que no estén ahí. Yo lo sé, he visto muchas de esas cosas buenas —se encoge de hombros y me sonrío—. Pero quien tiene que verlas eres tú.

Capítulo 14

Víctor ni siquiera se quedó a dormir aquella noche. Tal como vino, se fue. Se quedó un rato, me hizo compañía para asegurarse de que estaba bien del todo y que no iba a hacer de un pequeño grano una montaña. Vimos la tele, aunque a esas horas lo único que hacían era el tarot o programas de mala muerte. Nos pasamos una hora y media riéndonos de las llamadas entrantes que recibían los programas de adivinación y de los absurdos productos que promocionan en la teletienda. Más allá de los productos, de los actores que utilizan y del doblaje. Incluso llegamos a ponerlo en silencio para hacer nosotros mismos las voces.

Después de una noche de mierda, me alegró acabarla con él y de una manera tan divertida y simple como aquella.

Me sentí mal cuando me contó que había dejado a una clienta colgada por estar conmigo, nunca nadie había dejado sus planes de lado para estar conmigo cuando estaba mal -ni siquiera Naiara.



En el trabajo, muevo mis piernas rápidamente de arriba a abajo, inquieta, mientras miro continuamente la hora en el móvil, y del móvil a la pantalla del ordenador; creyendo de verdad que en algún momento va a haber un salto en el tiempo que me lleve justo en el momento en el que quiero estar.

Perdida en mi mundo, o en mis ganas por marcharme, siento que algo me tapa la luz -sí, esa LED cutre colgando del techo. Cuando alzo la mirada, doy gracias por que no se note mi cara de asco. En mi cabeza, mis ojos ya han hecho cinco rotaciones.

Santiago se apoya en mi escritorio, sonriéndome burlescamente. ¿Y este qué coño quiere ahora?

Miro su mano presionando en el borde, deseando que se aparte de mi zona de trabajo cuanto antes, pero no lo hace. ¿Y si le pegara un empujón? ¿Se daría de boca contra el borde?

Me sigue mirando. Yo le devuelvo la mirada, invitándole a decir cualquiera que sea la tontería, que cree lo suficientemente importante, como para interrumpirme.

—Tienes que leerme unos currículums para mañana —me informa.

¿Y en qué momento es él el que me da las órdenes?

—Felipe me ha pedido que te lo diga. Son unos cien, más o menos —gesticula ligeramente—. Está buscando a alguien nuevo para mi puesto —informa mientras sonrío ampliamente.

Y, tras decir eso, se marcha. Ni siquiera le han asegurado el puesto, pero él ya da por hecho que va a ser la nueva cabeza pensante del clan del Marketing. Siempre ha mirado a todos con superioridad, y eso que es un simple ayudante -incluso con menos peso que el trabajo que hago

yo-, pero se da el lujo de creerse superior. Y parece que eso a mi jefe le encanta. Prácticamente besa el suelo por donde pisa.

Quizás le recuerde a su hijo, al que nunca he visto por cierto. O quizás no le recuerda a él y por eso le cae tan bien...

* * *

El resto del día ha sido una mierda. El metro se ha retrasado -a veces pienso si de verdad es tan mala idea ir en moto-, se me ha roto el tacón y casi me tuerzo un tobillo en el proceso. Y, como si fuera poco, tengo que seleccionar a cuarenta personas de entre cien currículums distintos. ¡Para mañana!

Víctor tendrá que aplazar su plan, porque no sé cómo vamos a hacer lo que sea que tenga en mente. Incluso le he dicho de dejarlo para otro día al no estar segura de que me vaya a dar tiempo. Y tampoco quiero que él esté por mí. Ya dejó colgada a una clienta por mí ayer, no quiero que tenga que volver a hacerlo hoy.

Cuando vuelvo a alzar la mirada, le veo mirando el móvil frente a mi portal. Sus dedos deslizándose por el último Iphone mientras un mechón de su corto cabello castaño cae descuidadamente sobre su frente. A pesar de llevar una camiseta algo ancha, sus músculos siguen siendo perfectamente visibles, ¿y qué decir de esos vaqueros?

El sonido que hago al arrastrar el tacón derecho sobre la acera mientras pego pisotones con el pie izquierdo parece llamarle la atención. Levanta la mirada confundido, aunque cuando me ve a mí todo comienza a tomar sentido para él.

—¿Qué te ha pasado? —me mira de arriba a abajo, tras haber guardado su móvil en su bolsillo trasero.

—¿No te he dicho que hoy no podía? —respondo cansada.

—Te voy a ayudar —frunzo el ceño ante esa respuesta—. Lo que tengas que hacer, lo haremos. Y seguiremos con nuestras clases.

Estoy agotada. No quiero discutir, no quiero responder. Mi cabeza está en estado de hibernación. Se nota por la forma en que le hablo, por lo sorprendente que es que mi extrema vergüenza no sea apenas visible -aunque tampoco me extraña, la confianza que he ido construyendo con Víctor contraataca bastante esa timidez.

Me estira su mano mientras me mira de manera divertida, alzando ambas de sus cejas, seguro de que voy a acabar aceptando. Y sí. Acepto.

Dos cabezas piensan mejor y más rápido que una sola. Así que, allá vamos.

Ambos en mi casa de nuevo, me tomo la libertad de quitarme los tacones -si es que todavía se les puede llamar eso- y me excuso antes de marcharme a mi habitación para cambiarme de ropa.

Cuando vuelvo a salir, ya llevo puesto un chándal gris bastante viejo y me he recogido la locura que son mis rizos en una coleta alta. Sus ojos van directos a mí en cuanto me oye cruzar el pasillo.

—¿Por qué no te lo dejas suelto? —me señala la coleta.

—Porque hoy parece que tiene vida propia —suspiro cansada.

—Una pena —me acaricia uno de los mechones sujetos—. Me gusta mucho.

Dios, qué mirada tan intensa. Boqueo, pero no suelto palabra. Me he quedado completamente embobada en su mirada azul cielo. Por favor.

—Bien, ¿cuál es el trabajo?

GRACIAS.

Cuando se gira y me da la espalda, siento que vuelvo en mí y que mi respiración vuelve a la normalidad. O sea, que mis pulmones vuelven a absorber oxígeno.

—Tengo que ojear unos cuantos currículums —suspiro cansada—. Han empezado con el proceso de selección —me encojo de hombros y camino hacia el sofá.

—¿Eso no lo hace tu jefe?

—No, y los despidos tampoco —añado en voz baja.

A mis espaldas le oigo soltar una pequeña risa pausada, irónica, corta. Casi parece que solo ha soltado aire.

—Hace lo mismo que alguien que conozco.

No entra en más detalles, y tampoco los necesito. Por su tono no tiene pinta de que esté hablando de alguien muy allegado.

Vuelve a sentarse a mi lado y me mira, espera mis instrucciones con atención. Comienzo a golpear mis muslos con mis manos de manera inquieta.

Me inclino un poco hacia delante y me decido por sacar la tablet y el portátil de la parte baja de la mesita de café. Víctor enseguida me dice que prefiere la tablet, y yo no le veo ningún inconveniente. De hecho, yo prefiero el ordenador para ir tomando nota.

—En teoría, no puedo hacer esto —me rasco la frente—. Solo yo y mi jefe estamos autorizados.

—Pero sino no vas a acabar nunca —se acerca un poco más a mí—. Yo no voy a contarle nada a nadie.

Introduzco la contraseña en la tablet y una vez todos los currículums están a mano, le entrego el aparato a Víctor. Ya hemos dejado claro que haremos cincuenta cada uno, así agilizamos más.

Cuando vuelve a mirar la tablet, esa sonrisa ladeada se vuelve en una carnosidad línea recta y sus cejas están prácticamente unidas.

—¿Todo bien? —me mira aún con el ceño fruncido.

—Sí, sí —asiente rápido, su entrecejo suavizándose un poco—. A por ello.

Capítulo 15

Nos tiramos más tiempo del que nos habría gustado leyendo currículums de diferentes personas, interesadas en la posible vacante que mi jefe está ofreciendo. Lo malo es la gran pérdida de

tiempo. Lo bueno es lo bien que me lo estoy pasando y lo ameno que está consiguiendo que sea.

Es cierto que nos reímos demasiado de los candidatos y que deberíamos controlarnos bastante más, pero también es verdad que estoy en casa y que puedo hacer lo que me dé la gana tranquilamente.

—Parece Mortadelo —me enseña la foto mientras se ríe.

Nada más comenzar a leer, el currículum está encabezado por una foto de un hombre pelado, con la camisa abrochada hasta el último botón y unas gafas negras redondas con más dioptrías que un culo de vaso.

Más allá de su aspecto, todo parece normal. Hasta que veo que entre las experiencias aparece T.I.A. Sí, es Mortadelo.

—Es que es él —entonces me río yo a carcajadas.

Víctor me mira confundido y vuelve a leer el currículum. Una gran carcajada suena desde el fondo de su garganta cuando ve lo mismo que he visto yo. Ambos tronchándonos por una broma que ha decidido gastar un tío que debe estar muy aburrido para hacer eso.

Aparte de encontrarnos con cada elemento que parece sacado de una serie de televisión, la mayoría de los candidatos tienen muy buen nivel -y, entre ellos, también encuentro a muchos que facilitan carta de presentación. Eso siempre es un plus -al menos para mí-, porque si te tomas la molestia de escribir y detallar por qué tú eres el indicado -o indicada- demuestras que tienes muchísimo interés en el puesto.

Decido hacer una lista en el Word, escribiendo los nombres de aquellos cuarenta que me han convencido.

—¿Descartas a Mortadelo? —le oigo reír tras de mí— Ya te vale. Es por su aspecto, ¿no? Con este seguro que no te trabarías.

Le doy un golpe en la pierna, negando varias veces con la cabeza y haciendo un gran esfuerzo por no reírme; pero me es imposible. Tiene una risa demasiado contagiosa. Y ya no es solo eso, sus gestos, su manera de reírse, de echar el cuello hacia atrás... todo consigue que yo me ría también.

Apoyo la cabeza en el asiento, a pocos centímetros de la pierna de Víctor. Ni siquiera sé en qué momento he acabado aquí.

Nuestras risas comienzan a calmarse lentamente, poco a poco el silencio va volviendo a mi sala de estar. Miro el techo, no pienso en nada, mi mirada simplemente se fija en esa zona de la sala. Hasta que mis ojos van a él. Víctor ya me estaba mirando antes, y lejos de apartar la mirada, la enlaza con la mía. Me sonrío y se pone en pie.

Le miro confundida cuando veo que busca algo con la mirada, sin decirme el qué ya me hago una idea de lo que está buscando.

—¿Qué tienes para beber? Vamos a jugar un juego.

Bingo.

—Emm creo que una botella de... —lo pienso durante unos segundos, clavando mi vista en el suelo— vodka. Tiene que estar en el mueble de la tele.

Su fornido cuerpo rápidamente ocupa mi campo de visión, mis ojos centrándose en cada pequeño movimiento que hace y cómo sus músculos se contraen y relajan con sus acciones.

Tras plantar la botella transparente en la mesa, se vuelve a girar. Y, aunque intento seguirle con la mirada, el respaldo del sofá me lo impide. Solo oigo cómo abre y cierra armarios en la cocina. Curiosa, me siento en el sofá, pero ya es algo tarde. Él ya ha vuelto con dos vasos normales en la mano. Me impresiona que sea capaz de sujetar ambos por el culo solo utilizando una.

Se sienta a mi lado. Y no sé si es por el momento o por que sea la primera vez que hago esto,

pero le siento aún más cerca que antes.

Básicamente el juego consiste en hacernos preguntas y la que no contestemos es penalizada con un trago de vodka. ¿Me sorprende viniendo de él? Sí. Siempre ha sido muy abierto conmigo -para hacerme sentir cómoda-, pero nunca ha entrado en detalles de casi nada.

—¿Por qué Rogers? —pregunto rápidamente.

Él iba a comenzar las preguntas, pero yo me he adelantado. Sonríe tiernamente, agachando la cabeza, aún sujetando la botella para llenar -un dedo- los vasos.

—En realidad, mi nombre es Víctor...

—Lo sé —le interrumpo—. Esa no es la pregunta.

—Para lo que quieres pierdes la vergüenza rápido —bromea, robándome una sonrisa—. No sé. Bueno, es el apellido de un psicólogo que estudié en la carrera. Nada relacionado con lo que hago, simplemente me gustó.

Me vuelve a mirar, con una ceja alzada. Parece que está cargando la pistola antes de dar el primer tiro.

—¿De dónde eres? No eres de Madrid.

—Gallega —juego con mis dedos sobre mis piernas—. ¿Cómo lo has intuido?

—Cuando te pones nerviosa o hablas muy rápido, se te escapa el acento.

Vuelvo a sonreír impresionada. Es la única persona que conozco, desde que me mudé aquí -es decir, más de cinco años-, que se ha fijado en ese detalle.

Ante la pregunta de por qué es gigoló o por qué no se acuesta con vírgenes, decide beber en lugar de responder. Evadiendo la intriga en el ambiente con su risa o bromas estúpidas que consiguen distraerme.

—¿Qué te apasiona?

Le miro con los ojos entrecerrados. Es una pregunta difícil, pero lo tengo claro.

—Me gusta el Marketing —respondo con simplicidad—. Y me encanta la publicidad. Ser quien está detrás del éxito de un móvil, un coche, o un paquete de servilletas —me río—. Quiero ocupar uno de esos cargos importantes y llevarme el mérito por mis ideas, que reconozcan mi esfuerzo.

Cuando vuelvo a la Tierra, Víctor me está mirando con una sonrisa, sin mostrar los dientes. Vuelvo a agachar la mirada mientras sonrío, negando varias veces con la cabeza antes de alargar mi mano hasta el vaso y llevármelo a los labios. Todo de un trago. Me arde la garganta durante unos instantes y el sabor es horrible. No vuelvo a beber esto a palo seco.

—¿Por qué has puesto esa cara cuando has visto la página de mi empresa?

Suspira, sus dedos se deslizan por el vaso, inseguro si debe responder o no. Tras soltar todo el aire de los pulmones, se decide.

—Mi padre trabajó allí muchos años, tenía una relación cordial con todo el mundo y era un buen trabajador. Nunca se iba si el trabajo no estaba hecho —me vuelve a mirar—. Era el limpiador. Un día tuvo un encontronazo con un gilipollas, y ese día mi padre no estaba muy fino que digamos. Le tocó los huevos al tipo equivocado, porque era su jefe.

Su cara no muestra nada, solo seriedad e indiferencia.

—Ni siquiera le despidió él mismo. Mandó a una chica. Mi padre me contó que estaba aún más asustada que él, que incluso estaba a punto de llorar.

Dios, me acuerdo de eso. Era una de las primeras veces que mi jefe me había mandado a hacer reducción de plantilla, y recuerdo lo mucho que me sorprendí al ver que tenían servicio de limpieza propio y no contratado por otra empresa.

Me aprieta el muslo, cerca de la rodilla, reconfortándome.

—¿Y cómo...?

—Yo le ayudo —vuelve a sonreír—. Al muy cabezón le cuesta aceptar el dinero. Aunque con la mierda que recibe del paro apenas le llega para nada, él se niega.

Lentamente muevo mi mano hacia la suya. No sé si hacerlo o no, pero qué más da. Cubro el dorso de su mano con la mía, acariciándolo con el pulgar.

Cuando se gira hacia mí, está cerca. Muy cerca. Casi puedo respirar el aire que está expirando él. Me mira los labios, sin disimulo, quiere que sepa cuáles son sus intenciones. Y, de manera involuntaria, yo le invito a seguir cuando relamo mis labios.

Funde su boca con la mía, en un beso tierno y dulce. Nuestras narices y labios encajando a la perfección. Me da otro beso en la barbilla antes de separarse, aunque no del todo. Nuestras frentes siguen pegadas.

Capítulo 16

Aparco mi vieja moto en un lateral e intento caminar con decisión hasta el lugar donde hemos quedado. No es que haya sido un mal día, pero tampoco estoy para lanzar cohetes. Con la noticia de la vacante en Marketing tomando cada vez más peso, más gente comienza a removerse. No sabía yo que tantos estaban interesados...

La oficina parece una jungla ahora. Incluso compañeros que comenzaron juntos, porque tuvieron esa suerte, o gente que estaba solo de prácticas y ahora ven una oportunidad clara, están sacándose los ojos porque quieren ser ellos los que ocupen la vacante. Si supieran que ya tiene nombre y apellidos...

Naiara, por cierto, parece estar desaparecida también -probablemente algún tío la ha absorbido. Casi ni me responde a los mensajes y, cuando está en la oficina, apenas la veo porque, con un nuevo trato en el horizonte, ella está casi siempre fuera. La echo de menos, pero es lo que hay. Tampoco puedo esperar que esté disponible para mí siempre, tiene una vida aparte de la mía.

Y todo esto lo pienso en un par de metros. La distancia que hay entre mi vespa y el portal de Víctor. Y eso es otra cosa que añadir. Después de lo sucedido anoche, no sé qué es lo que me

parece más extraño de todo: si el hecho de que el beso no llegara a más, que él decidiera marcharse a casa quince minutos después o que me dijera que fuera a su casa porque le iba mejor. Y eso me lleva a otra pregunta: ¿suele traer a clientas a su casa?

Cuando vuelvo a dejar la mente en blanco, ya estoy saliendo del ascensor. Ni siquiera me he enterado de cuándo he tocado el portero y él me ha abierto.

Su puerta de madera oscura está entreabierta, puedo ver un rabillo de luz del interior del piso. Aunque, siendo sincera, me sorprende. El rellano es bastante luminoso y amplio, con un tono blanco cubriéndolo casi todo.

Empujo un poco la puerta, asomándome primero, pero no le veo. Decido entrar y cierro la puerta tras de mí, lo suficientemente tranquila y cuidadosa para no dar un portazo.

La casa está algo desordenada -por no decir que es una pocilga- y hasta huele algo raro. No sé dónde narices me he metido. Oigo unos pasos tras de mí y, no muy poco después, un grito que me saca de sitio.

—¿Quién coño eres tú? —exclama una voz femenina, aguda.

Cuando me giro, no me lo puedo creer. Me giro rápidamente hacia la voz. Es una chica joven de unos treinta y tantos, que me está mirando ahora mismo como si quisiera matarme.

—Estoy... Estoy buscando a... a Víctor —digo nerviosa.

Joder.

—¿En serio? —pregunta, parece desconcertada. Pero enseguida me informa con brusquedad, señalando hacia la puerta:— Es el de enfrente

—Lo siento.

Y al mismo tiempo que pronuncio estas palabras, huyo. ¿A quién se le ocurre meter la pata de esta manera? Cuando salgo del apartamento, me encuentro a Víctor esperándome en la puerta que está a unos cuantos pasos de mí. Me mira confundido, pero enseguida sonrío y amenaza con reírse.

Rápidamente camino hasta él, mi mirada clavada en el suelo y mis pies. Dios, qué ridículo más grande. Doy varios pasos, cruzando el recibidor, hasta entrar en el apartamento, y vaya si se nota el cambio. La casa tiene bastante iluminación y está bien decorada y ordenada. Desde luego, este pisito de Carabanchel no tiene nada que envidiarle a los pisos de Sol -como el de Naiara.

—¿Cómo narices te ha pasado?

Cuando me giro hacia Víctor, está prácticamente rojo, a punto de estallar. Está a nada de descojonarse delante de mí.

—No lo sé —me encojo de hombros, comienzo a hablar rápido—. La puerta estaba abierta, carallo. Pensaba que era tu casa.

Sí, definitivamente le he perdido cuando he soltado “carallo”. Ha comenzado a reírse y, como ya he nombrado varias veces, tiene una sonrisa tan contagiosa que me es imposible mantenerme seria.

Cuando parece haberse tranquilizado, me pregunta si quiero algo de tomar. Pero no. No tengo ganas de beber ni comer nada. De hecho, tengo que zanjear algo porque sino creo que me va a dar algo. Cuando meto la mano en el bolso y saco la cartera, Víctor ya ha alzado la mano en el aire.

—No —se niega.

—Quedamos en que te pagaría por todo esto —respondo confundida.

—Cincuenta euros no me van a sacar de pobre —me dedica una sonrisa ladeada—. No quiero que vuelvas a nombrar el dinero —canturrea mientras se dirige a la cocina.

No puedo evitar sonreír. Doy media vuelta, caminando hacia la estantería, para cotillear cuáles son el tipo de lectura que hace. Tiene enciclopedias, algunos libros de lectura y varias novelas de misterio y comedia -incluso tiene clásicos como *El Quijote* o *Tirant lo Blanc*. Pero entre todos,

hay uno que me sorprende. Y es uno que lleva su nombre. Cuando lo saco, veo que es un libro fino, sin ningún tipo de editorial en la portada, y al abrirlo, una letra extremadamente pequeña me recibe.

Víctor me pilla metiendo mis narices entre sus cosas, pero no parece importarle mucho. Cuando me giro hacia él, al ser consciente de su presencia, él solo me está sonriendo.

—Nunca habría imaginado que tú escribías —alzo el libro.

—Y no lo hago —niega varias veces con la cabeza—. Aunque me encantaría, el mundo real necesita que siga en mis cabales.

Le miro seria y vuelvo a mirar el libro. La portada completamente negra con su nombre resaltando es bastante simple, pero hasta podría parecer profesional. Quiero pedirle que me lo deje, quiero leerlo por mera curiosidad, pero me da vergüenza pedirselo.

—Puedes llevártelo y echarle un vistazo.

Le miro sorprendida, y enseguida le dedico una amplia sonrisa antes de darle las gracias y guardarlo en mi bolso.

* * *

—¿No sueles traer chicas aquí? —me mira con el ceño fruncido.

—No —responde con sinceridad.

—Tu vecina parecía bastante sorprendida cuando le he preguntado por ti —señalo hacia atrás.

Me vuelve a sonreír, pero rápidamente cambia de tema. Y yo no indago ni insisto. No quiero incomodarle ni molestarle con preguntas que no vienen a cuento y que él no quiere responder.

Llevamos casi toda la tarde haciendo casos varios. Me guía, me ayuda y me da consejos cuando ve que me quedo pillada. Y ahora, aquí, sentados en su sofá de tela zafiro gris, solo nos dedicamos a mirar a la nada, tomándonos un pequeño descanso.

Siento sus dedos deslizarse sobre los míos con delicadeza y su pierna chocar contra la mía sin importancia.

Cuando vuelvo a mirarle, como la noche anterior, él ya me está mirando. Sus ojos azul cielo clavados en mi perfil, ahora en mis ojos café. Me acaricia la frente antes de apartar uno de mis oscuros rizos, colocándolos tras mi oreja. Sus dedos se pasean por toda mi mejilla hasta detenerse en mi mandíbula y mi cuello, su pulgar rozando el lóbulo de mi oreja.

Vuelvo a relamer mis labios, invitándole a ir más allá. Su otra mano se coloca en mi mejilla, su pulgar aterrizando sobre mis labios, acariciándolos mientras se inclina hacia mí. Me besa tiernamente, como la noche anterior, apenas profundizando mucho más. Pero, en el momento en que mis manos se colocan en su cintura para acercarle más a mí, el beso se intensifica. Como si hubiera apretado un interruptor, muevo sus labios sobre los míos, y yo me dejo llevar, siguiendo sus movimientos. Capturando su labio inferior entre los míos, sintiendo su barba picar y hacer cosquillas en mi nariz y mis mejillas.

Su lengua acaricia mi labio superior pidiéndome permiso para entrar, tentándome para unirme a él en ese juego perverso. Y yo me dejo caer. Abro la boca y uno mi lengua con la suya. La de mensajes e imágenes que vienen a mi cabeza ahora mismo... Solo me impulsan a llevarlo a más, a querer seguir.

Víctor sonríe cuando siente mis manos tirando de él hacia mí, intentando pegarle más. A pesar del calor del momento, sigue siendo delicado conmigo, tumbándose en el sofá con cuidado al mismo tiempo que se instala entre mis piernas. Sus manos pasan de mis mejillas a mi cintura,

rozando mis pechos con sus dedos, pero sin prestarles atención. Sigue hasta mis muslos, apretándolos, sujetándome, abriéndolos un poco más para posicionarse mejor.

Me muerde el labio inferior, tirando de él con los dientes, antes de guiarlos por mi mejilla y mi mandíbula, hundiéndose entre mi cabello y mi cuello para comenzar a depositar pequeños besos por toda esa zona sensible.

No sé qué hacer con las manos ni qué zona debería tocar, o qué zona le gustaría que toque; así que las mantengo a su espalda.

Cuando presiona su entrepierna contra la mía, me es imposible contener un gemido que se crea desde el fondo de mi garganta. Y me arrepiento al momento, porque eso parece traerlo de vuelta a la realidad. Me mira, sus pupilas ligeramente dilatadas y su tono un poco más oscuro me dan a entender que quiere más, que quiere seguir; pero él se aparta. Y yo me he quedado aquí, jadeando y boqueando como un pez fuera del agua, confundida, mientras él me mira sentado de vuelta en su sitio.

—No puedo hacerte esto —niega varias veces con la cabeza.

Le miro confundida. ¿Hacerme qué supuestamente?

—Lo siento —se disculpa—. Tu primera vez debería ser distinta.

Asiento, volviendo un poco en mí mientras me siento lentamente a su lado. Estoy algo aturdida por todo lo que ha pasado en menos de cinco minutos, sobre todo por la manera tan brusca que ha tenido de detenerlo y la justificación que me ha dado.

Capítulo 17

Justo cuando no tengo ganas de salir, Naiara decide llamarme para quedar. Ante mis continuas negativas y cambios de tema, me intenta convencer de otra manera: la vacante de la que todo el mundo está hablando. Si no voy, no hay información.

Así que, aquí estoy. Vestida de la manera más sencilla posible, sentada tras la mesa mientras veo a lo lejos parejas bailar muy pegadas. ¿Seguro que esos de la esquina están bailando? Es igual, ni siquiera sé por qué estoy aquí.

Cuando mi amiga vuelve a reunirse conmigo, lleva dos copas distintas en la mano. El Cosmopolitan es suyo -como siempre-, y el daiquiri mío. Ella parece estar entretenida, aunque hoy su objetivo no sea ligar, pues se queda conmigo en la mesa, observando al resto.

—Te veo de bajón —me pellizca cariñosamente el codo—. ¿Te pasa algo?

—No ha sido una buena semana —me limito a responder.

—Pues ya estoy yo para mejorarla.

Para evitar responder lo primero que se me pasa por la cabeza, le doy un sorbo a mi copa. Mejor mantener el pico cerrado.

—No insistas tanto que ya te lo digo —bromea—. ¿Sabes a quién se está follando Santi? —la miro desinteresada.

Lo último que quiero saber ahora mismo es dónde tiene metida la polla ese gilipollas. Y si me ha obligado a venir hasta aquí solo para eso, la voy a matar. Naiara capta los mensajes subliminales, así que prosigue hablando.

—A la mujer de Felipe —dice antes de comenzar a reírse.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —la miro confundida.

—Tú eres la segunda candidata para el puesto. Si te quitas a ese subnormal de en medio —hace un gesto raro con las manos, que apenas puedo distinguir por la luz del local—, el puesto será tuyo.

No es que crea que Naiara es una mentirosa o que no me fie de su palabra, pero hay veces que sus fuentes tergiversan la realidad demasiado. Como cuando dijo que el director de contabilidad estaba liado con su secretaria, que en realidad era su hija. Una enchufada más, por cierto.

—¿Cómo lo sabes?

—El cliente con el que vamos a cerrar un trato no traga a Felipe ni a su mujer —se encoge de hombros antes de rebuscar su móvil en su mini bolso—. A Antonio se le va el pico de una manera cuando bebe... —niega varias veces con la cabeza mientras ríe— Me enseñó esta foto.

Cuando me acerca el móvil, no me puedo creer lo que estoy viendo. Sorprendida y sin dar crédito, agarro el teléfono con ambas manos, acercándolo más a mi cara. No puede ser que doña Beatriz esté liada con Santiago. En la foto se les ve a ambos comiéndose la boca, como dos desesperados, en una esquina de un bar.

—¿Y para qué les hizo la foto? —le devuelvo el móvil.

—Es que es muy chafardero —vuelve a encogerse de hombros y guarda el teléfono—. Seguro que tres cuartos de su empresa, y socios, ya lo saben.

—Pues qué bien... ¿Y esto qué tiene que ver conmigo? —repito cansada.

—¿En serio no lo entiendes? —la sigo mirando confundida— Es tu oportunidad. Si Felipe se entera de esto, echará a Santi.

—No pienso decirle a mi jefe nada.

—Pero eso Santi no lo sabe —suspiro agotada—. Tú le haces creer que si no se quita de en medio, tú le jodes. Ya verás que rápido te cede el paso...

Utilizar la vida personal para avanzar en mi carrera profesional es algo que me parece ilícito, y que no tengo pensado hacer. Por muy mal que me caiga Santiago, cada uno hace en su vida privada lo que le da la gana. Como si se folla al caniche de mi jefe, a mí me da igual. Lo que yo quiero es destacar por mi trabajo y mi competencia, no porque un imbécil tenga una aventura amorosa con la persona inadecuada.



Si antes era la timidez y la vergüenza lo que impedía que me relacionara bien con chicos, ahora tiene un nombre propio, que se repite constantemente en mi cabeza.

De hecho, tal es la indiferencia que siento hacia ellos, que hablo con tranquilidad, como si estuviera hablando ahora mismo con Naiara. Que por cierto, está sorprendida con el cambio. Noto sus ojos abiertos de par en par, observándome con atención, mientras interactúo con el grupo de chicos de manera despreocupada.

Cuando se marchan, sé lo que está a punto de decirme o preguntarme. Y no sé si de verdad quiero hablar del tema con ella.

—¿Te va mejor la terapia?

—Sí, algo así.

Si supiera que hace semanas que dejé de ir... Aunque, pensándolo mejor, ¿lo que hago con Víctor es terapia? El otro día comentó por encima que estudió en la carrera a un psicólogo y su casa estaba repleta de libros de psicología. ¿Será...?

Y como si la ley de atracción del universo decidiera ponerse en mi contra ahora, Víctor aparece en mi campo de visión minutos después. Vestido como el día en que nos conocimos, me tienta a caminar hacia él.

Estoy a punto de decirle a Naiara que voy al baño un segundo, la típica excusa que doy cuando quiero escapar; pero, cuando estoy a punto de levantarme, una mujer -que debe rondar los cincuenta- se une a él. Quince o veinte años más que él seguro que tiene.

Me vuelvo a acomodar en el asiento, mi amiga mirándome extrañada por mi rara actitud. Aunque, como ya es más que típico, lo pasa por alto y sigue bebiendo de su copa mientras baila sentada el ritmo de la música que suena de fondo.

La mujer es alta, con buen cuerpo, pelo liso hasta los hombros. Casi parece una de las presentadoras del telediario. Y está con él. Tan cerca que casi siento cómo a mí misma me arde y

me pica la piel. Sonríen y se ríen, de manera cómplice, incluso intercambian miradas que gritan sexo por todos lados.

Intento concentrarme en otra cosa, mirar hacia otro lado, darle conversación a Naiara para que me mantenga distraída; pero mis ojos vuelven a él. Su fuerte mano la está sujetando de la cintura, manteniéndola muy cerca de él mientras siguen hablando con una complicidad que me está carcomiendo.

¿Es una clienta? O, aún peor, ¿estará interesado de verdad en esa mujer? Me pillo a mí misma deseando y rezando por que sea una clienta y no un ligue, o su novia -o su mujer.

Mi mente rápidamente me para los pies y me trae de vuelta a la realidad. Si es una clienta, me jodo y punto. Yo también he estado a punto de pagar esos mismos servicios por desesperación - por eso mismo le conocí. Y si es algo más, me jodo igual. Porque volviendo a lo mismo, solo soy una clienta. Y si esa mujer es un ligue o su pareja, a mí no me debería importar... ¿No?

Mordisqueo la pajita con nerviosismo, la estoy rompiendo entre mis dientes mientras les miro. La castaña está prácticamente encima de él todo el tiempo, tanto que me están entrando ganas de ir hasta ahí y... ¿Y qué? Dios, para.

Naiara sabe que he desconectado hace mucho y que mi mente está en Marte -como muy cerca. Así que ya ni se esfuerza en hablar.

—Creo que me voy a casa ya —digo finalmente.

—Hostia, pero si es el gigoló —comenta en voz alta.

No llama la atención de nadie, gracias a Dios. Y, antes de que pueda hacerlo, ya estoy tirando de ella para marcharnos. Lo último que quiero ahora mismo es tener que enfrentarme a él.

Capítulo 18

Me habría gustado que hubiera aparecido por casa poco después de que yo volviera, como pasan en las películas románticas en este tipo de situaciones. Pero siempre se me olvida que esto no es una comedia romántica, ni yo soy Jennifer Aniston y debería comenzar a espabilar ya.

Tampoco debería tomarme tan a lo personal cualquier cosa que haga Víctor. Los besos fueron un desliz, algo que le pasa a cualquiera que tiene un día tonto. Y yo estoy haciendo una montaña de un grano. Estoy confundiéndome a mí misma y estoy estirando del chicle más de la cuenta. Si entre nosotros ha llegado a crecer algo, solo ha sido amistad, y yo lo estoy confundiendo por mi inexperiencia. Soy tan imbécil...

A ver si aparece ya mi Eric Zimmerman y así puedo dejar de dar tumbos por la vida, y de ir por ahí pillándome por chicos que se comportan amablemente conmigo.

Una voz me saca del mundo de fantasía romántica-sexual de Megan Maxwell y me trae de vuelta al triste planeta Tierra.

Cuando aterrizo, me encuentro con unos ojos grises mirándome confundidos. Alza las cejas, está esperando una respuesta. Tierra trágame y no dejes que salga hasta dentro de un par de añitos.

Titubeo, por la forma en que va vestido, entiendo que es un hombre de negocios. No puedo dar la imagen de la típica empanada que no sabe ni en qué mundo vive, aunque sea así. De puertas para afuera, soy tan seria como podría serlo cualquiera de mis compañeros de trabajo.

—¿Qué?

NO. ¿Cómo que qué? ¿Pero qué te pasa? “Khe”. Tú eres tonta, y no lo eres más porque naciste con el oxígeno justito.

Una hilera de dientes blancos perla me deslumbra cuando me sonrío. Y, tras esa impactante sonrisa, vuelve a repetir lo que me estaba diciendo.

—Estoy buscando a Felipe.

—¿Tenías cita con él?

Suena repelente, pero es parte de la política que nos impone mi jefe.

—Sí, bueno, tampoco me hace falta —se encoge de hombros—. Él sabe que venía a verle.

—Si me das cinco minutos, puedo ir a su despacho y avisarle de que estás aquí.

—No hará falta —me detiene—. ¿Está en su despacho, entonces? —asiento lentamente — Perfecto, sé dónde está. Gracias.

Se ajusta el nudo de la corbata y se dispone a salir de la cafetería, aunque antes, se gira de nuevo hacia mí y me vuelve a sonreír.

—Gracias por la ayuda.

Me vuelvo a ver sola en el riconcito, sentada en la mesa y sin tener mucha idea de qué acaba de suceder ni de quién era ese. ¿Me acaba de hablar Eric Zimmerman?

Una vez más, la Ley de Atracción que es capaz de ejercer mi mente me sorprende. No descarto la idea de comprar la lotería antes de volver a casa, cuando salga del trabajo. Quizás si pienso en ganar un millón de euros este jueves, consiga que me toque y no tenga que estar haciéndole de asistente personal a mi jefe.

* * *

Caminando hasta mi portal, aprieto con fuerza el cupón de lotería, que acabo de comprar en el bar de la esquina, contra mi pecho. Todas mis esperanzas puestas en un cacho cartón. Si es que...

Cuando miro hacia mi portal, veo a lo lejos un castaño con una camisa a cuadros, una gorra y

unos vaqueros. Mi cerebro trabaja de manera lenta y descuidada, aunque no tardo mucho en adivinar quién puede ser.

Mi cuerpo ha comenzado a dar media vuelta, destino a cualquier otro bar donde esconderme; pero ya es demasiado tarde. Mi móvil suena, alto y claro, en medio de un barrio desierto. La parte instrumental de *Gimme Gimme Gimme* de Abba sonando a toda pastilla, obviamente sin pasar desapercibida.

Con el móvil en la oreja, Víctor se gira hacia mí. Mi cuerpo pesando treinta kilos más de golpe, comienza a caminar hacia él. Cuelga, sus ojos nunca me abandonan, en ningún momento.

—Hola —me dedica una sonrisa.

La manera en que sus ojos se endulzan y brillan con más fuerza cuando sonrío, sus mejillas luciendo aún más cachetonas. No puede ser tan tierno y, al mismo tiempo, tan imposible.

—No sabía que creías en estas cosas —señala el cupón entre mis dedos.

—Es que...

Pienso durante varios segundos lo tonta que voy a sonar si me justifico y le digo la razón por la que lo he comprado. Mejor no.

—Me ha dado el puntazo —me encojo de hombros—. ¿Qué haces aquí?

—Oh, pues... —piensa durante varios segundos— Creí que estaría bien verte... ¡Vernos! —corrige casi al momento— Solo, ya sabes, pasar un rato juntos.

¿Soy yo o está nervioso? Tonterías....

—Pues...

—¿Netflix quizás? Y pedimos algo para cenar.

Me mira, espera una respuesta por mi parte. ¿Y cómo se supone que voy a decirle que no? Si probablemente tengo yo más ganas que él de llevar a cabo ese plan.

—No tengo Netflix —le aviso mientras abro la puerta del portal.

—Yo sí —se introduce las manos en los bolsillos—. Utilicemos mi cuenta.

* * *

La mesita de café está llena de cajas blancas rectangulares, de la comida china, el apartamento aún huele a esas salsas -aunque haya pasado más de una hora desde que cenamos-, su gorra tirada en el otro sofá... Y pienso seriamente por qué esto no sería plausible entre nosotros. Llevo años buscando estar así con alguien, y ahora que lo tengo, parece que estoy viendo gigantes en lugar de molinos. Me estoy volviendo loca.

Cuando vuelve, Víctor trae dos micrófonos en sus manos. ¿Cómo narices los ha encontrado? Mi cara debe ser un interrogante, pues él responde con tranquilidad:

—Los he visto en el mueble del pasillo —se sienta a mi lado.

Mierda. Los debí dejar fuera cuando hice limpieza a fondo. Ni siquiera sé por qué los tengo. Supongo que cuando me mudé aquí al casi acabar el instituto, creí que mi vida social sería mucho más amplia. Menuda ilusa.

—Vamos a jugar —se pone en pie.

—Es tarde —me niego.

—No deben ser más de las nueve. Solo un rato, un par de canciones.

Y sí, como blandiblú oficial que soy, acepto y dejo que conecte los micrófonos al pequeño reproductor de música.

Al principio me da corte, pero dos canciones después me desmeleno, bailo, canto y grito, me

dejo llevar sin importarme lo más mínimo.

—B-b-b-Baby come on over —canto, perdida en la canción.

Las profundas carcajadas de Víctor son una parte más de la melodía, probablemente las que más me gustan.

—All she wants to do is —cantamos juntos otra de las canciones, girándonos para mirarnos—, all she wants to do is dance.

Y así estamos más tiempo del planeado y, desde luego, habríamos estado aún más si mi vecino no hubiera interrumpido, tocando la puerta cabreado mientras exigía que nos calláramos de una vez.

Casi media hora después, hemos cambiado de plan y nos hemos ceñido a lo que íbamos a hacer: ver una película. Giro varias veces mi cara hacia él, alucinada por lo atractivo que es, pero al mismo tiempo por las sensaciones tan bonitas que consigue que emerjan de mí casi sin ningún esfuerzo.

Pero esta vez ni siquiera ha intentado besarme, nuestra quedada no ha ido más lejos a una cita de amigos; y quizás debería comenzar a hacerme a la idea de pensar en Víctor como un amigo. Es lo que es. No es un ligue, no es mi novio. Y así está bien, así funciona todo para ambos.

Capítulo 19

Maldigo mil veces por haberme tenido que poner los pantalones de pinza grises y la blusa blanca justo el día que decido venir al trabajo en moto. Si es que no sé por qué no me mantengo en mi línea de siempre si veo que funciona. Todo por querer dormir un poco más.

Camino entre las mesas de la oficina a paso acelerado, esperando que mi jefe no haya llegado todavía. Pero sí, su puerta está cerrada, así que el cabrón sí que ha llegado pronto.

Mis compañeros van llegando poco a poco, a cuentagotas, tomando sus lugares con desgana mientras concentran sus vistas en los escritorios. Tiene toda la pinta de ser un día de trabajo de mierda, como todos. Aunque no mucho después me doy cuenta de que quizás para mí sea un día de mierda distinto.

Temo por mí misma cuando el teléfono encima de mi escritorio comienza a sonar a las doce de la mañana, sé que es mi jefe; pero espero profundamente que no sea para hablarme de los currículums ni de la selección. Necesito un respiro.

Por su tono, puedo deducir que no es un buen día para él y que tampoco tiene muchas ganas de hablar. Por lo que es mejor hacer las cosas y listo, sin preguntar ni cuestionar. Voy, lo hago y me lo

quito de encima. Parece que hoy no es un buen día para nadie, menos mal que no soy la única...

Cuando entro en el despacho, casi me tengo que morder la lengua para no maldecir en voz alta. Pero, ¿qué hace este aquí? ¿Y cómo es que no le he visto llegar?

El rubio me sonríe de lado mientras espera en pie al lado de Felipe, tiene pinta de que se acuerda de mí. Seguramente sea “la empanada de la cafetería” para él. Sigo sin entender una mierda, pero parece que a mi jefe le da igual lo que entienda o deje de entender.

—¿Crees que puedas acompañar a mi hijo durante la comida? —me llama la atención— No viene mucho por aquí, así que no tiene ni idea de dónde se come bien.

—Estoy un poco liada ordenando los últimos informes —señalo hacia la puerta.

—No te preocupes —niega con la cabeza—. Santi se encargará de eso.

¿Y tiene que ser precisamente él? ¿No puede poner a cualquier otra persona a hacer mi trabajo? Si ya me gusta poco dejar MI trabajo a medias, me molesta el doble que ese imbécil meta las narices en mis cosas.

Pero no me opongo en voz alta. Pobre de mí, que acepto con la cabeza gacha antes de dar media vuelta y salir del despacho.

Comienzo a recoger mis cosas, metiendo lo esencial -que no sea material de oficina- en mi bolso y espero a que -no me sé su nombre- salga. Le veo atravesar la puerta de metal con ambas manos metidas en los bolsillos y detenerse justo a unos centímetros de mí. El teléfono de Santi suena y, aunque solo sea durante segundos, consigue que me libre de esta tensión e incomodidad tan repentina. La tranquilidad dura poco, pues enseguida vuelvo a ser consciente de que él está a mi lado.

—Soy Daniel, por cierto —se presenta.

—Un placer —contesto mirándole de soslayo—. Ayla.

—Bonito nombre —dice para sí mismo, con toda la intención de que le oiga.

Le dedico una sonrisa, lo más formal posible, sin mostrar los dientes y volviendo a concentrarme en mis cosas esparcidas en el escritorio. Sí, es un tío muy guapo, pero comparado con Víctor...

Cierro los ojos por un instante y respiro hondo. Tengo que parar de hacer eso. Nunca va a pasar.

Ambos nos dirigimos juntos al ascensor en silencio, tranquilos y desapercibidos. Mis compañeras saben perfectamente que está fuera de mi alcance, por lo que ni siquiera levantan la cabeza de su pantalla.

En el elevador quiero morderme la lengua, pero, como dice Víctor, me tengo que forzar a mí misma a hablar.

—Y... —comienzo, llamando su atención.

Mierda. Es lo único que pienso cuando siento sus ojos sobre mí.

—¿Desde cuándo eres hijo de Felipe?

Me quiero morir.

Menuda ridícula.

Cállate un año, por favor.

Le oigo reír ligeramente a mi izquierda. Seguramente, si él no estuviera aquí, habría abollado la pared del ascensor por la gran cantidad de cabezazos.

—Lo que quería decir...

—Creo que te he entendido —me interrumpe—. Acabé el máster hace poco. Y voy a incorporarme a la empresa.

—Ah, genial —asiento desinteresada.

¿Pero cómo mierda se supone que voy a ser eficiente en el trabajo con el ridículo que he hecho y

el que me queda por hacer?

Cuando salgo del ascensor, escucho el sonido de la notificación en mi bolso. Cuando saco el móvil, veo que es un mensaje de Víctor. Decido volver a guardarlo, ya le responderé más tarde, cuando esté sola.

Daniel me mira con una sonrisa, esperando a que siga caminando a su lado. Seguramente piense que el transporte en el que pienso llevarle es un Mercedes o un Audi. Pobre, cuando vea mi vieja Scooter le da algo. Lejos de darle un parraque, él piensa en una mejor alternativa.

Y sí, decide que la mejor alternativa es un uber. Pero no un uber cualquiera. Un uber de alta gama y en el que me da miedo montarme. No por el coche o el conductor, sino por mí. ¿Y si rompo algo? Como luego me toque pagarlo, me voy a cagar.

El peso de no tener ni idea de dónde ir cae sobre mí y se refleja perfectamente en mi cara. Yo concierdo citas y comidas de negocios, pero casi nunca voy porque no me gustan los sitios que se frecuentan -ni tampoco me lo puedo permitir con un sueldo que roza los mil trescientos euros de milagro.

Y, otra vez, él vuelve a tomar la iniciativa por mí y le pide al conductor que le lleve a cualquier restaurante donde merezca la pena comer. Le agradezco profundamente que haya tomado el control de la situación, y que sea otro el que elija. Al menos así no me podrá culpar a mí si la comida no le gusta.

* * *

Cuando entramos en el japonés, siento que voy a salir corriendo en cualquier momento. Odio el sushi y cualquier cosa más, que esté relacionado, que sirvan aquí. Él, sin embargo, parece encantado con la elección del chófer.

Y, a lo largo de la comida, siento sus ojos sobre mí como dos cubos de plomo sobre mis hombros. No me molesta, pero sí hace la situación difícil. Ni siquiera sé de qué hablar con él. Es la peor idea que ha podido tener mi jefe sin duda.

Aunque eso solo pasa al principio, en algún momento entre el segundo plato y el postre, los temas de conversación comienzan a surgir, y me siento cómoda. No hablamos de nada serio, ni profundizamos en nuestras vidas, pero consigue que en todo momento me sienta partícipe, consigue que sea consciente de ese cierto interés en mí.

Cuando vuelvo a mirar mi móvil, en el momento en el que tomamos otro uber de vuelta a la oficina, veo que tengo varios mensajes sin leer de Víctor. Y que en el último vuelve a sugerir que quedemos.

Estoy a punto de decirle que sí, pero Daniel me invita a una copa. ¿Cómo que a una copa? Cuando miro la hora, ya son las ocho de la tarde. ¿Pero qué...?

Me lo pienso varios segundos y, bajo su atenta mirada grisácea, asiento y acepto esa copa. No tardo en decirle a Víctor que estoy reunida y que será mejor que quedemos otro día. Es lo que hay, es lo mejor...

Capítulo 20

Víctor ya lleva un rato hablándome, aunque lo cierto es que he desconectado por completo hace más de media hora. Siento que estoy demasiado a gusto con él, quizás más de lo que debería. Aunque ahora mismo estoy dándole más vueltas al “¿Y si...?” que a lo que estamos haciendo ahora.

Me detiene en seco, agarrándome del brazo -bueno, colocando la palma frente a mí para impedir que siga andando-, y me dirige una mirada confundida.

—¿Me estabas escuchando?

—Claro —intento seguir caminando.

—Venga ya —vuelve a detenerme—. Tus ojos miraban a todos lados y, por tu cara, tenías pinta de estar en Marte -como muy cerca —pone sus brazos en jarra—. Te iba a preguntar dónde te has metido toda la semana...

Y si fuera poco la forma en que me mira, me llama muchísimo la atención que utilice una de las expresiones que utilizo siempre.

Es un buen momento para aclarar las cosas, contarle lo que me pasa sin que vaya a más, seguramente lo entenderá -porque probablemente le haya pasado más de una vez.

Cuando abro la boca para hablar, una masculina voz a lo lejos me interrumpe. No reacciono hasta que veo que se gira hacia la derecha. Yo imito su movimiento, encontrándome con el hijo de mi jefe de frente.

—Qué casualidad.

Disminuye el ritmo, deteniéndose frente a nosotros. Vaya puta mala casualidad, justamente ahora.

—Mira por dónde —murmura mientras jadea.

Alterna la mirada entre los dos y, al ver que me he quedado bastante pillada, Víctor me mira fijamente y, casi enseguida se gira hacia el rubio. Sabe que no voy a decir nada en ningún futuro próximo, así que se presenta él mismo. Extiende su mano y Daniel, sudado, se la estrecha.

Por un segundo, un microsegundo, puedo percibir la expresión de asco en la cara de Víctor ante el primer contacto.

—Víctor —se presenta, un tono amistoso, pero lineal al mismo tiempo.

—Daniel —responde, estrechándole la mano—. No esperaba encontrarte aquí —se dirige a mí de nuevo.

—Es El Retiro, bastante accesible para cualquiera —responde Víctor por mí.

Pero, ¿qué le pasa?

—Con lo grande que es Madrid —añado nerviosa—. Es el hijo de mi jefe —aclaro, mirando momentáneamente a Víctor.

Y no entiendo por qué me he visto con la necesidad de darle explicaciones, ni que a él le importara. Cuando asiente y vuelve a girarse hacia Daniel, soy consciente de un ligero cambio de postura: pecho un poco más hinchado, manos metidas en los bolsillos...

Daniel tiene buen cuerpo y es algo fuerte -está claro que va al gimnasio y se cuida-, pero comparado con Víctor... Es como poner un Pastor alemán al lado de un Rottweiler. Por mucho que sean casi del mismo tamaño, el Rottie es más robusto y desprende algo más de respeto, autoridad... Seguridad.

—Siento haberte estado robando a tu chica toda la semana —le da un toque amistoso en el brazo—. Aunque no te prometo que vaya a cambiar mucho la cosa.

—Emm... no... —comienzo, pero Víctor me vuelve a interrumpir.

—Descuida —se encoge de hombros.

Daniel mira su reloj y comienza a dar pequeños saltitos sobre el sitio antes de seguir hablando. Dirige sus ojos a mí y me sonrío antes de despedirse.

—Nos vemos el lunes, entonces —asiento rápidamente—. Ha sido un placer —señala a Víctor de nuevo—, ¿Víctor?

—Víctor —repite al mismo tiempo que asiente—. Igualmente.

Volvemos a quedarnos solos. Bueno, acompañados de diferentes turistas con sus cámaras de fotos, familias y personas que pasan por allí por pasar.

* * *

Se sienta en el sofá, dando un brinco por encima del respaldo y sin preocuparse por lo que haya delante. Simplemente se acomoda sobre el cojín y enciende la tele mientras yo sigo peleándome con mi rebeca y mi bolso.

Tras más de una hora, sigo sin entender por qué ha hecho y dicho eso delante de Daniel, por qué no me ha dejado decirle que no somos pareja y, aún más lejos, por qué él ha confirmado de alguna manera que lo somos.

Veo su corto cabello castaño despeinado sobresalir un poco del respaldo y el reposabrazos, su cara dirigida a la pantalla de cuarenta y cinco pulgadas colgada en la pared.

Ambas manos apoyadas en el sofá mientras le miro fijamente, esperando que, en algún momento, alce la mirada y me mire -aunque sepa que el discurso se me va a desmontar en cuanto lo haga. Me sonrío de lado y, yo en respuesta, alzo ambas cejas y le sonrío, sacando también por segundos un poco la barbilla para animarle a hablar.

—¿A qué ha venido eso?

Dentro de mí estoy deseando que diga que es porque se ha puesto celoso, porque Dani le ha caído mal y no soporta la manera en que me miraba y le retaba... Poco después, con su respuesta, me doy cuenta de que debería dejar de leer tanta novela romántica. Me desmonta el chiringuito rápido.

—Te estaba ayudando —se encoge de hombros—. Ya verás que el lunes, si no lo hace antes,

intenta ir a más contigo —frunzo el ceño—. Tiene pinta de ser el típico que quiere lo que no puede tener.

Mantengo mi mirada en él mientras espero que siga, otra respuesta más. Pero esa respuesta nunca llega, solo obtengo una gran carcajada debido a lo que ha puesto en la tele. Sus carnosos labios curvados hacia arriba mientras se sujeta el pecho con ambas manos. Está distraído, y es el momento perfecto para hacerlo.

O ahora, o nunca.

Le agarro del cuello y, lo primero con lo que me encuentro, es su confundida mirada. Aunque eso solo dura segundos, ya que cierro los ojos antes de estampar mis labios con los suyos.

Estoy aterrorizada mientras le beso, básicamente porque no está respondiendo de la manera en que me gustaría. No se está moviendo en absoluto. Será mejor que corte con esto ya, porque no está funcionando.

Escucho el sofá crujir y, segundos después, siento sus grandes manos acunar mis brazos, deslizándose con dulzura hasta mis costillas. Sus labios aprisionan mi labio inferior, succionándolo con suavidad antes de comenzar a moverlos sobre los míos.

Sin separarme de él, ni soltar sus mejillas, me muevo por encima del respaldo hasta llegar a su lado -aunque ese movimiento me haya costado una lámpara del Ikea, da igual.

Me siento a horcajadas sobre él y todo mi vello se eriza cuando sus manos se cuelan por debajo de mi polo rosa, entrando en contacto directo con mi piel, hambrienta de él. Joder, es que no necesito nada más.

Paso mis manos sobre su pecho, delineando “Los Ramones” de su camiseta gris oscura. Suelta un gruñido cuando mis dedos siguen su camino por su cuello.

Es que lo quiero todo de ti.

Se separa de nuevo bruscamente, y yo siento que estoy a punto de llorar cuando mis ojos entran en contacto con los suyos. JODER. Me ha besado también, y puedo sentir que él quiere esto tanto como yo. ¿Por qué coño para siempre?

—Escúchame, esto no se puede repetir —mi frente cae pesada sobre la suya.

—¿Y si es lo que quiero?

Doy besos por su mejilla, acariciando el lóbulo de su oreja con mis labios. Él gruñe y vuelvo a ver una posibilidad de seguir, pero me detiene de nuevo.

—No es lo que te mereces —aparta la cara y me mira con dureza—. Esto es lo que es, y no deberías confundirlo. Me caes bien y me gusta quedar contigo, pero no puedo darte eso que buscas.

Oigo algo romperse, parecido al sonido que ha hecho la lámpara al estrellarse sobre el suelo, pero en mi interior. No sé ni cómo reaccionar ahora.

Me arrastro hasta la otra punta de mi sofá de tres plazas, la tela raspándome la piel como si de papel de lijar se tratara.

—Será mejor que me vaya.

Se levanta y se detiene frente a mí. Me veo obligada a dedicarle una tímida sonrisa, que él responde con un cariñoso beso en la frente. Segundos después, tras oír sus pasos alejarse hacia el recibidor, oigo la puerta abrirse y cerrarse.

Capítulo 21

Tras lo ocurrido, no ha vuelto a haber ningún tipo de acercamiento con Víctor de ese estilo. Aunque nos llevamos bien, y hemos conseguido acercarnos bastante, decidimos mantener las distancias en ese tipo de contexto. Bueno, no hizo falta aclararlo mucho más, yo fui capaz de pillar la indirecta.

Lejos de seguir con los consejos y la “terapia”, nos hemos centrado muchísimo más en quedar como amigos: ir al cine, irnos a tomar algo, comer juntos... A pesar de todo, estoy contenta por haberle encontrado. Gracias a él he conseguido superar un poco la timidez selectiva extrema y voy mejorando en cuanto a mis relaciones interpersonales -con los hombres.

Luego está Daniel, con quien me encanta salir de vez en cuando y que también tiene lo suyo. No me gusta, al menos no me siento de la misma manera que con Víctor, pero aún es pronto también. No hará ni siquiera un par de semanas desde que le conozco. Aunque, claro está, a muchas de la oficina se les escapa más de un comentario fuera de lugar por mi inesperado acercamiento.

Ah, y gracias a Dios me creyó cuando le dije que Víctor no era mi novio ni nada. Recuerdo que el lunes me dijo “Cualquier lo habría dicho por cómo te miraba o la química que teníais...”, pues no. No somos nada. Y estoy segura de que Víctor tiene ese tipo de química con cualquier mujer que contrata sus servicios, para eso le pagan.

No me molesta. No del todo...

En cuanto a Naiara, la noto extraña. Casi nunca queda conmigo, ni aunque sea yo la que se lo pida -con lo que a mí me cuesta tomar la iniciativa. No quiero ser malpensada, ni creer que el nuevo puesto en Marketing tenga algo que ver. Pero sí que es cierto que últimamente la he visto de muy buen rollo con Santiago. ¿Será...?

No, no debería.

Miro el reloj por decimoquinta vez. Se supone que Daniel ya tendría que estar aquí, pero no. Estoy sola, con un dolor punzante y horroroso en la planta del pie por los tacones, que va ascendiendo por mi gemelo y que no tardará en llegar a mis muslos.

Estoy contenta, porque por fin tengo excusa para usar los vestidos de noche que me compré hace un par de años y que, sorprendentemente, me siguen valiendo. Bueno, casi. Quizás si no respiro demasiado hondo...

Unas luces iluminan la calle, pero yo prácticamente no levanto la vista. Ya van veinte coches y veinte veces que levanto la cabeza creyéndome que es Daniel.

Aunque esta vez canto bingo.

—¿Pero adónde va esta hermosura? —le oigo gritar desde la ventanilla del coche.

—No lo sé —me acerco al deportivo rojo—. Pero cinco minutos más, y seguro que contigo no.

—Anda, sube —meneo la cabeza, señalando el asiento del copiloto.

Me monto a su lado y no tarda en volver a poner el coche en marcha. No sé adónde vamos, ni siquiera me lo ha dicho. Solo me comentó que íbamos a cenar, que me pusiera guapa y que ya veríamos qué pasa.

Me hace reír varias veces por el camino, me acaricia el muslo descuidadamente -colocando su mano “sin querer”, dando un apretón y luego apartándola otra vez. Me gusta. Me gusta la cercanía

y el buen clima que se crea en el coche.

* * *

Intento adaptarme y no joder el buen clima, pero no puedo evitar molestarme cuando decide qué voy a comer y qué no. Elige el entrante, el segundo, el vino e incluso el postre. Y me pone muy nerviosa que lo haga. Sé leer, sé que contiene cada plato y sé que me gusta y qué no. Pero claro, eso no se lo digo. Ceno, bebo y callo.

Me agarra las manos por encima de la mesa cuando ya ha pedido la cuenta, y me mira. Clava sus ojos nublados en mí, sonriéndome de lado. Le devuelvo la sonrisa, encogiéndome un poco al no saber cómo actuar.

—Ayla, me gustas —confiesa, mientras sus pulgares trazan círculos deformes en mis dorsos.

—Y tú a mí —susurro con un hilo de voz.

Se inclina hacia delante ligeramente, frunciendo un poco sus labios, invitándome a besarle. Y yo le imito, presionando nuestros labios el tiempo justo para darme cuenta de que esa montaña rusa y esa electricidad no existe. No está. He sentido exactamente lo mismo que si hubiéramos chocado puños.

—Vamos a mi casa —susurra.

Mi respiración se corta por completo ante esas cuatro palabras, aunque Daniel ni siquiera se fija en ese detalle, está concentrado en el camarero que le va a traer las vueltas de lo que ha pagado.

Me suelta la mano, recogiendo los billetes y las monedas para guardarlos en su sitio antes de ponerse en pie. Me llama la atención bastante que tenga pensado marcharse del restaurante sin dejar ningún tipo de propina. Está bien, el restaurante es algo caro y pijo, pero nuestro camarero ha sido muy amable y atento... Al menos yo lo agradecía cuando trabajaba en el bar de Allariz -mi pueblo.

* * *

Su mano vuelve a instalarse en mi muslo casi en el mismo momento en el que se monta en el coche -como aquel que la pone en el cambio de marchas, pues igual.

Durante todo el camino, mi mirada se clava en la ventana, observando las calles de la zona más céntrica de Madrid. O al menos es así hasta que paramos en un semáforo en rojo y le veo, saliendo de unos de esos clubes que no sueles frecuentar si tienes menos de cincuenta años.

Por su cara, no parece estar bien. Y cuando se inclina hacia delante, a punto de vomitar, me queda más que claro. Lejos de preocuparse por él, la mujer le acaricia el pecho y el abdomen, le rodea el cuello con sus rechonchos brazos y tira de él hacia el coche. Apenas puede mantenerse en pie.

—Espera un momento —susurro.

Prácticamente no le doy tiempo a Daniel a protestar, ya he abierto la puerta y ya estoy caminando hacia Víctor.

—¿No ves que está mal?

Ni siquiera sé de dónde ha salido ese mal genio, y ni la mujer ni Víctor saben de dónde he salido yo ni por qué me estoy metiendo; pero algo en su cara y lo pálido que está hace que siga interviniendo. Sé que, en cuanto se encuentre mejor, me va a matar por esto y sé que yo me voy a arrepentir.

Capítulo 22

La señora me mira con altanería, se acerca peligrosamente a mí como si de verdad se me fuera a encarar. Pero si se cree que me voy a achantar, la lleva clara. Esta a mí no me conoce enfadada.

—He pagado sus servicios —se cruza de brazos.

Ella es unos centímetros más alta que yo, pero aparte de la altura, su forma de ser y de hablar hace que sienta que lo es mucho más.

—Esta noche me pertenece —da un paso más hacia mí.

Cuando vuelvo a mirar a Víctor, está pálido, con su espalda apoyada en la pared mientras se

sujeta el estómago con una mano. Me repugna la manera en que le trata como si fuera un objeto, como si su estado no le importara lo más mínimo. Seguramente estar cubierta en vómito hasta la excita...

“Me pertenece”. La forma en que se refiere a él me repugna.

Camino hacia él, cogiendo su cartera y sacando los quinientos euros que seguramente la tiparraca esta le ha dado. Saboreo el momento de tener un billete de quinientos en la mano, no había tocado un moradito en mi vida.

La agarro de la muñeca bruscamente, estampando el billete contra su palma.

—A menos que quieras que te salte los puntos del bótox, dejemos el tema ya.

La mujer alterna sus ojos negros, pintados con tonos morados oscuros, entre mi persona y Víctor antes de alzar la barbilla y dirigirse a su taxi. Que, por cierto, cuando me fijo en la cara del chófer, está flipando con la escena.

Camino hacia él, rodeando su cuerpo con mi brazo y colocando el suyo sobre mi hombro para ayudarle a caminar.

—Joder, Ayla —le oigo quejarse, apenas moviendo los labios.

Ni siquiera pienso en responderle, comienzo a caminar con él hasta el deportivo de Daniel -que ya ha recibido varios bocinazos por parte del resto de coches. Pobre, en menudo sitio le he hecho pararse.

Nos mira confundido desde la puerta del piloto y, sin ganas de dar muchas explicaciones, le suplico con la mirada que me ayude. Da media vuelta al coche hasta llegar a la parte trasera, abriéndome la puerta. Le ayuda a entrar en el interior, sujetándole con firmeza por el brazo y la espalda mientras se deja caer sobre el asiento.

—¿Cambio de planes? —inquire tras cerrar la puerta.

—Lo siento —me giro hacia él—. Te lo compensaré —le acaricio la mejilla de forma amistosa.

En cuanto vuelvo a entrar en el coche, el frío de la brisa primaveral deja de atacarme y me veo siendo acogida por el interior del coche. Y un olor... Un olor muy extraño que no había antes. Decido pasarlo desapercibido, seguramente sea de la calle donde estamos.

—¿Vamos a mi casa? —pregunta.

En cuanto respira, puedo ver un cambio en su cara. Muestra rechazo y asco, de todos modos, intenta ignorarlo y concentrarse en lo que yo le vaya a decir.

—No, yo te diré adónde tenemos que ir —le dedico una sonrisa—. Tú tira, que yo te indico.

* * *

A pesar de las muchas insistencias por parte de Daniel de esperarme y acompañarme a mi casa, yo me niego. Bastante le he jodido la noche ya...

En el interior del edificio, ahora es Víctor quien intenta varias veces convencerme para que me vaya a casa, que está bien, que no me preocupe. Todo eso me habría parecido verdad si no hubiera estado a punto de caerse hacia atrás en cuanto le he soltado.

Rodeo los ojos exasperada antes de volver a rodear su cuerpo con mi brazo y acompañarle hasta el ascensor. Las veces que dirijo mis ojos hacia él lo encuentro con la cabeza apoyada en la pared, sus ojos ligeramente cerrados y su rostro mostrando malestar en cada centímetro de su piel.

Intentar mover a Víctor es como comenzar a arrastrar un armario de dos metros: prácticamente imposible. Por suerte pone algo de su parte, por mínima que sea, ayuda -y mucho.

Deja el peso muerto en cuanto se encuentra cerca del sofá y, con la poca fuerza que me queda, no soy capaz de sujetarle. Un crujido y un fuerte gemido inundan la casa cuando cae de mala manera sobre el sillón mientras su pie golpea la mesa de cristal. Dios. Cualquiera diría que se está muriendo.

—¿Qué te pasa exactamente?

—Me duele todo el cuerpo, me duele el estómago, tengo ganas de vomitar... —se detiene un segundo— Que, de hecho...

—Ya sabía yo que olía muy raro el coche —pongo mis brazos en jarra.

Víctor comienza a reírse ligeramente, aún con los ojos cerrados. Esa armoniosa sonrisa viéndose interrumpida por una tos seca que suena dolorosa hasta para mi garganta.

—A ver si vas a estar incubando algo.

—Seguramente ha sido la comida.

Me inclino hacia delante para tocarla la frente, aunque veo mejor opción tomarle la temperatura con los labios -como suele hacer mi padre. Pero en el momento en el que hago ese movimiento tan brusco, oigo cómo se raja el vestido.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta confundido, sin abrir los ojos.

—Nada —respondo rápidamente—. Habrá sido...

—Ponte algo mío —me corta.

Cuando abre los ojos, lo hace tan lentamente y con tanta tranquilidad que hasta puedo ver cómo sus pestañas se mueven ligeramente hacia arriba. Me dedica una sonrisa ladeada, débil, sin apenas moverse.

—Ahora vuelvo —hablo rápido, las letras casi comiéndose las unas a las otras.

* * *

Cuando vuelvo, él ya se ha quitado los zapatos y está acurrucado en el sofá, abrazándose así mismo mientras intenta ocultar su rostro de cualquier tipo de luz -aunque solo sea la pequeña lámpara encima de la mesa.

Veo cómo su cabeza se mueve ligeramente, dirigiendo su mirada hacia mí. Me dedica una dulce sonrisa ladeada cuando es consciente de que llevo un chándal suyo.

—Voy a prepararte algo. Ahora vuelvo.

Asiente levemente, apenas moviendo la cabeza mientras yo comienzo a caminar hacia la cocina. No sé muy bien dónde está, aunque cuando veo la mesa del comedor y una puerta a la izquierda, lo tengo claro.

No es mi casa, y no debería tocar ni desordenar la mayoría de las cosas que tiene en la cocina, pero seguramente le va a venir bien tomarse un poco de manzana. Que, vaya por Dios, no tiene. Tampoco tiene canela para poder echarle un poco a un vaso de agua caliente.

Bueno, le caliento el agua y saco un sobrecito de manzanilla para echarlo dentro de la taza cuando el agua esté lo suficientemente caliente.

Cuando oye mis pasos acercarse a él, intenta ponerse en pie demasiado rápido, casi enseguida se marea. Antes de que pueda siquiera ayudarle, ya se ha incorporado y me ha dejado un sitio a su lado.

—Siento haberte jodido la cita —murmura, dejando caer su espalda sobre el respaldo.

—Bueno, ya habrá más —me encojo de hombros—. Será que no le veo veces a lo largo de la semana.

Víctor me sonríe débilmente, aunque casi al momento dirige su mirada al techo. Cierra levemente los ojos, sus pestañas reluciendo, como siempre, contra la luz de la lámpara; mientras sus brazos se cruzan sobre su firme pecho.

—Te devolveré los quinientos euros —susurro—. Sé que estabas trabajando, pero te veía mal y... no sé.

Me vuelve a mirar, esa sonrisa ladeada volviendo a hacer su mágica aparición. Esta vez no aparta sus ojos de mí, los mantiene. Y, viendo ese pequeño brillo en tanto azul, no puedo creerme que haya mujeres -como la de esta noche- que le traten como si fuera un objeto, como si solo fuera una máquina que sirve para hacer una cosa. Estoy segura de que podría estar haciendo algo muchísimo mejor con su vida, mucho mejor que... Es igual.

* * *

No ha querido que le ayude a cambiarse de ropa, y no me extraña. Desde que hemos llegado, le he tratado como si fuera un bebé cuando en realidad parece que está bastante mejor.

Estoy a punto de marcharme, pero su gruesa y aterciopelada voz me lo impide. Pronuncia mi nombre lento, con pesadez, masticando cada letra, consiguiendo que dé media vuelta hacia él. Me mira desde la puerta de su habitación, apoyado en el marco.

—Quédate esta noche.

Soy incapaz de decirle que no, de negarme; me habría gustado abrir la puerta y marcharme, decirle que por muy mal que esté, yo tengo que volver a casa. Pero esas palabras nunca salen de mi boca.

Mis labios no hacen caso a mi cerebro, pero es que mis pies tampoco. Miles de gritos salen de mis neuronas, obligándome a dirigirme hacia el sofá, pero su cuerpo me atrae tanto, que camino hacia él casi sin darme cuenta.

No estoy segura de que dormir con él vaya a ser una buena idea. No creo que pasar la noche en su casa vaya a ser una buena idea en absoluto. Ayla, vete de aquí ya.

Pero mi cuerpo va por libre cuando se trata de él.

No debería entrar, pero lo hago. No debería tumbarme a su lado, pero me tumbo. Y desde luego no debería abrazarme a él, pero mis brazos rodean su cuerpo con fuerza, como si no quisiera que se separara de mí nunca. Y Víctor hace lo mismo, rodea mis hombros con delicadeza, pegándose a él, permitiéndome inspirar su aroma: su colonia masculina con el sudor y el alcohol, y el leve olor a vómito que ha conseguido suavizar cuando se ha lavado los dientes.

Es cierto que hemos quedado en que íbamos a dormir, pero el hecho de estar aquí me causa insomnio -y a Víctor también, pues empieza a hablar de cualquier cosa. Me pregunta sobre el trabajo, yo le pregunto sobre la escritura, y no entramos en muchos detalles. Él evita preguntarme concretamente por Daniel, y yo evito preguntarle por su trabajo.

Capítulo 23

Tras aquel día, no es que las cosas hayan cambiado mucho. Sigo igual, o incluso más confundida que nunca. No sé si Víctor me gusta, o me encanta demasiado; ni siquiera tengo claro que él esté siendo del todo sincero conmigo. Intento no pensar en que pueda ver algo más allá que él no me quiere dejar ver, pero cada noche -sola y mirando el techo sin saber en qué pensar- la cabeza me da vueltas.

Yo sé cómo me siento hacia él: me gusta mucho más que solo atraerme, ¿pero él? Su forma de actuar, de hablarme, de tratarme... me mandan informaciones contradictorias. Aquel día me pidió que me quedara a dormir con él, en su cama, abrazados, y los días siguientes me trataba como a cualquier colega con el que se fuera de cañas.

Y todo esto porque Daniel lleva varios días intentando que la cosa vaya a más, y yo no he querido.

Mi psicólogo me mira sorprendido mientras comienzo a hablar. Parece que hoy he comido lengua, y le sorprende. La mayoría de las sesiones ha tenido que sacarme las palabras con sacacorchos.

Ladeo mi cabeza hacia él. Coloca sus gafas por la mitad de su puntiaguda nariz y observa su cuaderno por encima, presionando sus rugosos labios entre sí mientras sus dedos gordos y arrugados siguen escribiendo.

Echo el cuello hacia atrás de nuevo, apoyando mi cabeza en el respaldo del sillón mientras bufo. Sabía que venir aquí de nuevo sería una pérdida de tiempo.

—Veo que has avanzado bastante con el tema de la timidez —murmura sin mirarme—. Después de tantos años, me parece un gran paso hacia delante.

Le miro sin dar crédito. De todo lo que he dicho, él se ha concentrado estos últimos veinte minutos en eso. Frunzo los labios y me encojo de hombros.

—Bueno, sí, Víctor me ha ayudado mucho.

Más que tú desde luego. Que me cuesta la vida llegar a pedir hora, para que te la pases haciendo garabatos en un cuaderno y repetir como un loro la poca información con la que te quedas.

—¿Sigues sintiendo ganas de llorar, náuseas, ataques de ansiedad cada vez que estás a punto de

hablar con un chico?

—No —respondo con lentitud, mirándole fijamente—. Estoy medio saliendo con dos tíos al mismo tiempo —frunzo el ceño, volviendo a mirarle—. Pero mi pregunta es...

—¿Cómo llevas el tema de tu madre, entonces? —ahora sí me mira.

Clava esa mirada fría y prejuiciosa en mí, esperando una respuesta y casi riéndose de mi expresión confundida. No sé a qué viene esa pregunta. Hace tiempo que no trato el tema de mi madre.

—Pues... —lo pienso durante unos segundos— No-No lo sé. No he pensado mucho en ella. Ni siquiera me acordaba...

—En la última sesión que dimos hace unas cuantas semanas ya, me dijiste que tus problemas derivaban de tu madre, de su forma de tratarte, cómo te hacía sentir que no eras suficiente —se cruza de piernas—. ¿Sigue afectándote de la misma manera?

—Hasta ahora, no —trago saliva con fuerza—. No he pensado en ella para nada —me vuelvo a encoger de hombros.

Y quizás haya sido encontrarme con Víctor y su forma de ser conmigo lo que provocaran que me olvidara por completo de esa parte tan oscura de mi vida. Pero ahora vuelve a estar aquí, presente, cargando sobre mis hombros como si quisiera partirlos.

* * *

Cuando termina la sesión, me siento aún peor que cuando había llegado. Me doy cuenta de que mi problema con Víctor y Daniel es una tremenda gilipollez, que hay cosas más importantes de las que preocuparme.

Víctor me ha mandado varios mensajes para quedar, el móvil lleva sonando prácticamente desde que he llegado de terapia.

Y, sorpresa, al yo no responder, él decide venir por su propia cuenta para asegurarse de que estoy bien. Al menos eso pone en el mensaje, algo que yo tampoco me tomo demasiado en serio. Seguramente sea un farol o una manera de hacerme responder.

Ingenua de mí, que dejo el teléfono sobre la mesa mientras me concentro en ver la tele y acurrucarme alrededor de mi manta.

Mi timbre suena menos de cinco minutos después. No me puedo creer que vuelva a estar aquí. Su expresión divertida y burlona rápidamente cambia cuando me ve a mí, su ceño se frunce ligeramente y su mirada grita protección por todos lados.

Me dejo caer sobre el sofá con pesadez, ni siquiera me preocupo por que entre, cierre la puerta o dé media vuelta y se vaya. Solo me concentro en volverme a tumbar, colocando la manta de pelo - falso, claro- alrededor de mis hombros.

—¿Qué te pasa?

Siento el sofá hundirse a mi lado cuando mis pies se mueven ligeramente hacia abajo. No le miro, no hablo, no quiero tener que decirlo en voz alta.

—Sabes que me puedes contar lo que quieras —le miro de soslayo—. ¿Qué? Seguro que no es tan malo.

Sonriendo irónicamente, niego varias veces con la cabeza. Si tú supieras...

—He tenido terapia, eso es todo.

—¿Tan mal ha ido? —le dirijo una corta mirada antes de volver a perderla en la nada.

—He recordado cosas de las que hacía tiempo no me acordaba —me abrazo a mí misma—. Solo

necesitaba alguien que me escuchara. Y, ya ves, he malgastado gasolina y tiempo para que me deje aún peor y ni siquiera me escuchen.

De hecho es así, me siento tan mal. Hacía tiempo que había dejado de lado la terapia porque tenía a Naiara y tenía a Víctor, pero de la nada, Naiara prácticamente ni me habla y el tema que necesitaba hablar no podía hablarlo con él.

Siento sus brazos rodearme los hombros y su cuerpo presionándose contra el mío, transmitiéndome su calor. Apoyo mi cabeza en su hombro, escondiéndome en su cuello.

—Sabes que puedes contarme cualquier cosa —me acaricia el cabello con dulzura—. Yo te voy a escuchar.

Inspiro hondo, intentando relajarme para comenzar a hablar. Pero no sé qué decir exactamente.

—No quería acordarme de ella —comienzo, con un hilo de voz—. La bloqueé de mi vida y no me había acordado de todo eso desde la última vez que fui a terapia, pero hoy ha vuelto a sacar el tema de mi madre. Y... No sé...

Víctor me carga sobre su regazo con facilidad, como si yo no pesara nada, y sigue incitándome a hablar y abrirme.

Capítulo 24

Cuando me ve un poco más relajada, me mira, con una tierna sonrisa curvando sus labios hacia arriba. Hundo mi rostro en su cuello, volviendo a abrazarle mientras intento controlar mi respiración todo lo posible.

—Nunca me llevé bien con ella —susurro, casi hablando para mí misma más que con él—. No era suficiente, yo siempre era menos de lo que ella esperaba. Da igual el qué: mi forma de vestir, mi aspecto, mi forma de ser, mis notas... Toda yo estaba por debajo de sus expectativas —me encojo en mi sitio—. Siempre me decía que no iba a llegar a nada, me comparaba con otras niñas de mi clase.

Siento un cosquilleo recorrerme la espina dorsal cuando enreda sus dedos en el vello de mi nuca, acariciándome con suavidad.

—Yo me fui cerrando más y más. Las profesoras no sabían qué ocurría, por qué no me relacionaba —me encojo de hombros—. Tampoco hablé con ellas, simplemente lo dejé correr. La cosa no iba a cambiar por mucho. Estamos hablando de que tenía unos doce años, ya me dirás tú...

Cuando mis ojos vuelven a él, esa mirada dulce y protectora no ha cambiado en absoluto, sigue motivándome a continuar.



Cuando vuelvo del instituto, me encuentro la casa completamente vacía, no hay nadie dentro, ni parece que haya habido nadie tampoco. Mi madre normalmente está haciendo ejercicio en el “gimnasio” -que en realidad es una pequeña habitación, destinada a un hermano que nunca llegó- y en el salón suele haber tiradas alguna de sus esterillas de goma espuma -que utiliza para estirar o hacer yoga. Pero hoy no hay nada. No la oigo jadear, ni quejarse, ni soltar uno de esos gritos motivadores o criticándose a sí misma. Silencio. Tal que puedo escuchar la conversación que están manteniendo los vecinos que viven en frente -sus gritos también tienen bastante que ver en eso.

Avanzo por el largo pasillo hasta la habitación matrimonial, esperando encontrarme a mi madre cambiándose para irse por ahí -nunca llegamos a saber del todo a dónde se iba cada tarde, pero nunca fallaba; aunque nunca era tan pronto.

En lugar de a una mujer alta, rubia, delgada, con buen porte y perfectamente arreglada -como si de una cita se tratara-, me encuentro a un hombre sentado a los pies de la cama, aún vestido con ropa vieja, algo manchada de barro, con el rostro oculto entre sus manos, murmurando varias cosas sin sentido.

Me apoyo en el marco, provocando un pequeño sonido que consigue que mi padre levante la cabeza. Por un segundo veo un brillo en su mirada, como si esperara a alguien; pero cuando me ve a mí, sus facciones se desencajan.

Cuando tomo asiento a su lado, ya me temo lo peor. La realidad no tarda mucho en salir de sus

labios y, con sinceridad, era algo que me esperaba desde hacía mucho tiempo y que me extrañaba que no hubiera sucedido antes.

Me asegura que no ha dejado notas, ni direcciones, ni se ha despedido. Simplemente se ha marchado. Su armario vacío, su coche ausente en la entrada de casa son una mera confirmación de ello.

* * *

—Pero mi madre sí dejó nota —susurró—. De hecho, le dejó una carta horrible a mi padre. Nunca dejó que la leyera —me encojo de hombros—. Solo me dijo que ella no era feliz, que no le gustaba nada que le recordara a mi padre.

—¿Y tú...?

—¿Qué te crees que utilizaba para insultarme antes de marcharse? —niego varias veces con la cabeza, intentando borrar las imágenes— Decía que odiaba lo mucho que me parecía a él, que no me iba a ir bien, que no iba a ser buena para nada ni para nadie.

Siento la mano de Víctor apretarme el hombro con delicadeza, acercándose a él mientras pasea su nariz por las hebras de mi cabello.

—Yo llegué a pensar: “¿Si mi madre le da a una imagen tan mala a mi padre con lo bueno que es, qué hay de mí? —suspiro— No sé...”

Y es verdad, no tengo ni idea de cómo explicarlo, ni de qué decir. Recordar las palabras exactas de mi madre... Duele. Duele demasiado.

—Nos mudamos a Madrid, aquí estuvimos viviendo los dos unos cuatro años. De hecho, tengo algunos de sus trabajos como alfareiro —sonríó al ver el pequeño jarrón en medio de la mesa del comedor—. Mi madre le pidió el divorcio años después de marcharse de casa y no volví a saber nada de ella —bufó, mis mejillas inflándose como pelotas—. Poco a poco fui saliendo de la burbuja, empecé a abrirme con chicas en la zona de trabajo; ahí conocí a Naiara. Aunque con los chicos me costaba bastante, al menos hasta que...

Cuando alzo la mirada y me encuentro con sus ojos azules. Me observa con atención, me mira como nunca nadie antes lo había hecho, pero no creo que sea lo que yo siento. No. Agacho la mirada antes de seguir.

—Antes de que me empezaras a ayudar —le dedico una falsa sonrisa—. Mírame ahora.

—Sí, con lígüe y todo —asiente orgulloso.

Deja a un lado las fantasías que hayas creado con él. No está interesado.

Me da un golpe amistoso en el muslo antes de hacer que me levante y me siente a su lado en el sofá.

Rápidamente se pone en pie y me da la espalda unos segundos antes de dar una palmada y comenzar a transmitir esa energía suya tan típica.

—¿Debería comenzar a enseñarte algunas cosas? —alza una ceja.

—Bueno, no sé... —me remuevo nerviosa— Yo ya sé besar y lo otro pues... Lo teórico lo llevo bastante bien.

—¿Habéis pensado en ir a más? —coloca sus brazos en jarra.

—Algo así —hago una mueca

—Y... ¿Tú quieres ir a más?

—Puede —digo dudosa.

Vuelvo a mirarle. La expresión que veo en su cara es extraña: ceño fruncido y boca torcida,

aunque en cuanto es consciente de mi mirada, su rostro cambia completamente en una mirada serena y relajada.

—¿Hay algo que quieras saber o en lo que quieras que te ayude?

* * *

Y esa pregunta fue el comienzo del resto de la tarde. No hizo falta mucho más para abrir la caja de Pandora y rebuscar entre mis más deseosas dudas, en busca de respuestas válidas que pudiera recordar para la práctica.

No entramos en muchos detalles, nos metemos de lleno en el tema. Me guía, me habla, me da consejos y me intenta tranquilizar en cuanto a la primera vez. No entramos en mucha práctica, no podemos hacer mucho, aunque sí hay un momento en el que vuelve de la cocina con una banana en la mano.

Mala idea es dejarme a mí con la fruta sola y pedirme que le haga una muestra de lo que (no) sé hacer.

La aprieto con tan fuerza, que la reviento en mi mano, abriendo la piel de golpe y desparramando la pulpa por el dorso y mis dedos.

—Menos mal que eso no era mi... —se detiene en seco— la cosita de Daniel.

Se marcha y cuando vuelve, lo hace con otra más. Me la intercambia y decide comerse lo poco que queda de plátano mientras coloca su mano sobre la mía alrededor de la banana, controlando mis movimientos. Suaves, calmados, relajantes.

No puedo evitar reírme al verle comer, aunque la tensión parece cambiar de un momento para otro. En cuestión de segundos.

—Es importante el contacto visual —levanto la mirada hacia sus ojos—. Es mucho más sensual.

Asiento lentamente, mordiendo mis labios ligeramente cuando le siento más cerca de mí. Maldita mesa que está entre nosotros...

Roza sus labios con los míos y, con la otra mano, me acerca a él, devorando mi boca sin contemplación. Mientras nos besamos, ni siquiera sé por qué seguimos moviendo la mano de arriba a abajo al plátano, pero es algo que enseguida cambio. Entrelazo mis dedos con los suyos mientras que mi otra mano le atrae de la nuca.

Por favor, no te vayas esta vez...

Capítulo 25

Con dificultad, y tropezándonos con nuestras propias piernas, nos ponemos en pie. No dejamos de besarnos en ningún momento, es como si nuestros labios se hubieran fundido juntos, sellados.

Me subo encima de la mesa, torpe de mí que, de todos los lugares posibles a pisar, justo piso donde está el plátano. Me resbalo, pero Víctor es más rápido. Rodea mi cintura con sus brazos, atrayéndome con fuerza hacia él. Le atraigo hacia mí por las mejillas, solo quiero besarle. Dios, solo le quiero a él.

Caemos sobre el sofá de golpe. Tan ensimismados estamos, que ni siquiera nos inmutamos por la colisión. Me coloco a horcajadas sobre su regazo y, el tiempo que aprovechamos para tomar aire, él decide hundirse en mi cuello. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo, acompañado de un ligero cosquilleo en la espalda, cuando siento sus labios sobre mi piel sensible.

Mis dedos se hunden en su cabello castaño, despeinándolo aún más, al mismo tiempo que le empujo más hacia mí. Siento que queda mucho más, quiero muchísimo más. Sus manos sujetándome firmemente del trasero me dejan claro que no tiene pensado detenerse en ningún momento cercano, o al menos eso espero.

Oigo un golpe a mis espaldas y, a continuación, la angustia al dejar de sentir sus labios sobre mi piel. Seguro que se marcha otra vez. A pesar de eso, sus manos no abandonan los bolsillos de mis vaqueros en ningún momento.

—Tu sofá es muy cómodo, pero —ladea su cabeza, mirándome divertido— ¿crees que podríamos ir a tu habitación mejor?

Siento mis labios curvarse hacia arriba en el momento, mis dientes completamente expuestos tras esa pregunta. Me da un corto beso, suave y tierno, relajando un poco la gran tensión y calor que ha crecido de un momento para otro.

Con torpeza, me escurro entre sus piernas hasta que siento el frío suelo en mis pies. Mi mano estirada, y abierta, le invita a tomarla. Y él, sin pensarlo mucho, reaviva esa conexión y electricidad entre nuestras pieles cuando me agarra y se pone de pie a mi lado. De repente me siento pequeña, diminuta a su lado.

Sus manos se clavan en mis caderas en cuanto comienzo a caminar. Su cuerpo pegado al mío, cubriéndome como si de una gran manta se tratara. Mi corazón late desbocado contra mi pecho con cada paso que damos, cuanto más cerca estoy de mi habitación.

Con la necesidad de apartar todos los malos pensamientos que están atravesando mi mente ahora mismo, doy media vuelta y vuelvo a devorar sus labios. Abrimos la puerta con dificultad, pero juntos.

El ambiente se carga casi al momento, haciéndose pesado, creando un mini clima caluroso a nuestro alrededor.

Ahora, aquí dentro, a menos de un metro de mi cama, el pánico comienza a instalarse en mi cabeza. Miles de preguntas me rondan y me inquietan. ¿Y si no estoy a la altura? ¿Y si no le gusta? Es demasiado para mí, tenía razón cada vez que sugería que paráramos. En cuanto me quite la camiseta y los vaqueros, no le va a gustar lo que va a ver. Y va a ser peor para los dos.

Me toma de la barbilla y me invita a mirarle. A pesar de sus pupilas dilatadas y sus ojos cubiertos por una tela de deseo, me comunica confianza y protección. Casi parece que puede leer a través de mí.

Me aparto inconscientemente cuando sus dedos titubean con el borde de mi camiseta, mientras con la mirada me pide permiso para alzarla.

—Levanta los brazos si quieres que hagamos esto —susurra, su voz más ronca que hace unos minutos.

Dudosa y titubeante, alzo los brazos hacia arriba, manteniéndolos en alto para que él me quite la camiseta.

No tengo miedo de él y no me preocupa lo que vaya a suceder. Me siento aterrorizada a sentirme expuesta, a no gustarle, a decepcionarle... Por favor, que pase rápido.

Roza su nariz con la mía mientras sus manos trabajan con mi camiseta, alzándola de una manera lenta y pausada, dándome tiempo a acostumbrarme a la situación. Hasta que por fin la siento caer sobre mis pies descalzos, como si me hubiera quitado un gran peso de encima por fin. Aunque no acabamos ni de empezar.

Su hambrienta y sensual mirada me invita a seguir, a seguirle el juego. Y, ¿a quién voy a engañar? Le deseo y llevo queriendo esto desde hace mucho tiempo.

Mis dedos se deslizan por su antebrazo con suavidad, delienando sus remarcadas venas hasta llegar al final de su manga corta. Mi pulgar vuelve a viajar hacia atrás, concentrándose en esa mancha marrón que siempre intenta esconder. Su suave ruído hace que mi pecho caiga pesado con cada respiración, estoy borracha de deseo. Nunca había llegado hasta tal punto de morbo y excitación. Y todo es por él.

Insegura, me deshago de su camiseta gris, dejando a la vista un torso trabajado y definido. No sé qué hacer, ni si debería tocarle. Está claro que sí, pero ¿y si le hago daño?

Coloca su mano alrededor de mi muñeca, dirigiendo mi mano a su pecho. Siento el látido de su corazón, bombeando rápido contra mi palma -casi al mismo ritmo que el mío.

Acaricia mi vientre con la yema de sus dedos antes de dirigirse al inicio de mis pantalones. En ningún momento aparta sus ojos de los míos, quiere asegurarse de que estoy cómoda, de que estoy bien.

—¿Quieres seguir?

Muda momentáneamente, me limito a asentir como uno de esos muñecos que llevas en la guantera. Lo que me sorprende es que quiera seguir él.

Desabrocha el botón y el sonido de la cremallera bajando hace hueco en mi cabeza; mientras tanto mis dedos juegan con el corto vello de su pecho, suave y punzante al mismo tiempo. Sigo deslizándome hacia abajo hasta llegar al inicio de sus vaqueros gastados, e imito sus movimientos con manos indecisas y temblorosas.

Sus vaqueros y sus calzoncillos caen alrededor de sus tobillos con un simple movimiento de manos, acompañados con un golpe de tobillo de él. ¿Cuándo se ha quitado los zapatos?

El hecho de no haber visto ninguna es evidente por la forma en que mis ojos están clavados en su miembro semi erecto. Víctor todavía no me ha quitado los pantalones, por lo que estamos en desigualdad de condiciones, pero a él le da igual. Se le ve cómodo y tranquilo. Me acerco con lentitud a él, volviendo a besarle. Es un beso tranquilo, suave, nuestros labios apenas se mueven. El primer contacto de mis dedos con él es lento, un roce apenas notable con el que consigo robarle otro gruñido más.

Ha mantenido los ojos cerrados desde que le he besado y no los vuelve a abrir hasta que yo le susurro.

—Ayúdame como antes —entonces los abre de nuevo.

Su mirada ha pasado de un azul cielo a un azul prácticamente marino, al menos lo que sus dilatadas pupilas me permiten ver.

Su pecho se hincha de manera notable cuando mi mano -cubierta por la suya- rodea su eje con seguridad y firmeza. Juntos comenzamos a movernos de delante hacia atrás, a un ritmo pausado y tranquilo. Mis ojos no le abandonan en ningún momento, verle ahora mismo... Su ceño ligeramente fruncido mientras su cabeza está levemente echada hacia atrás. Le siento crecer y endurecerse en mi palma. Gime cuando siente mis labios sobre esa cicatriz que tan poco le gusta y

que apenas deja ver, y eso solo me impulsa a mantenerme en esa zona: besando, mordisqueando, saboreando...

—Tu turno, cariño —vuelve a susurrar con voz ronca.

Aparta mi mano de él con cuidado y me mira, con hambre. Roza mis labios con los suyos, una fricción tan dolorosa como placentera ahora mismo. Se deshace de mis pantalones y mis bragas, arrodillándose frente a mí al mismo tiempo. Instantáneamente me cubro con las dos manos. Siempre hay una cierta parte de mi cuerpo que no me depilo y es por motivos obvios. Y ahora me da vergüenza que me vea así.

Víctor besa mis dorsos mientras ríe, mandando esas vibraciones por todo mi cuerpo, aumentando el calor en mi centro.

—Déjame verte, Ayla.

Sus dedos se entrelazan con los míos mientras las coloca a ambos lados de mi cuerpo. No llega a hacer mucho más que dar un beso sobre mi pubis, pero es suficiente para acelerarme todo lo posible.

Cuando vuelve a ponerse en pie, vuelvo a sentirme pequeña ante tal espécimen de hombre, y aún más cuando siento sus manos sobre mí. Ahora tanteando en mi sujetador hasta quitarlo y dejarme completamente desnuda.

Intento recuperar el oxígeno con una rofunda bocanada de aire cuando sus ojos se dirigen a mí perfectamente colocada cama.

Su cuerpo cubre el mío en cuanto mi espalda toca las sábanas moradas. Comienza con besos lentos por mis labios, bajando por mi cuello, mi clavícula... Y cuando llega a mis pechos, se me corta la respiración. Lame, chupa, muerde a su antojo; y yo lo disfruto, me arqueo en busca de más atención. Necesito más, y él lo sabe.

Sigue bajando, dejando un riego de besos húmedos allá por donde pasa. Besa mi vientre, mis estrías, y en todo momento me mira. Me hace sentir adorada, deseada, a pesar de todo.

Cierro mis piernas inconscientemente cuando se arrodilla frente a mí. Víctor me sonrío, alzando una de sus cejas mientras acaricia con ternura mis rodillas.

—Voy a hacerte sentir bien, lo prometo —sus dedos trazan círculos sobre mis rótulas.

Abro ligeramente las piernas, lo suficientemente como para que él quepa entre ellas. Mi corazón late desbocado cuando sus manos acarician el interior de mis muslos, mi cuerpo siente una corriente de electricidad en cuanto ese lugar es ocupado por sus labios y su cosquillosa barba. El corazón atiza con fuerza contra mi piel, exigiendo salir cuando se acerca peligrosamente a mi centro.

Mis manos retuercen las sábanas y no puedo evitar tensarme cuando sus labios besan mis ingles y mi pubis, de nuevo. Y, cuando sus dedos apartan mis labios, preparándome para ser saboreada, no creo que pueda con la exposición sensorial a la que me estoy viendo sometida.

—Eres preciosa, cariño.

Susurra antes de que sus labios se hundan en mi centro. Poco queda de mi cordura y timidez a medida que los minutos pasan. Solo me puedo concentrar en sus labios y su lengua, a veces incluso sus dientes.

Y cuando su dedo índice profundiza en mi interior, lo mando todo al traste. Me agarro a su pelo y hombros, su boca trabajando en compás con su mano, llevándome al borde de la locura. No me contengo, gimo, me remuevo, mis caderas buscando una mayor fricción con cada movimiento, sintiéndome cada vez más cerca del clímax. Y esta vez no va a ser como el resto, va a ser mil veces más intenso. Y cuando esa oleada recorre mi cuerpo de pies a cabeza, dejándome

temblorosa, lo sé.

Víctor me deja unos minutos para recuperarme antes de tumbarse a mi lado, mirándome con una sonrisa ladeada.

Llegados a este punto, no vamos a dejarlo aquí. Me coloco entre sus piernas, aún sensible ante cualquier roce o movimiento. A pesar de que me diga que no tengo por qué hacerlo, yo continúo.

—Enséñame qué te gusta —susurro.

Intento parecer sensual, pero acabo pareciendo una niña chica. Aunque Víctor acepta, decide guiarme y ayudarme a darle placer.

Bajo sus sugerencias y consejos, lamo y chupo. A veces acompañándome de una de mis manos, saboreando ese toque salado y amargo. Acelero los movimientos y no es hasta segundos después que siento a Víctor removerse, acariciando mi cabello con algo más de fuerza, mientras gruñe y gime.

Antes de correrse, sale de mi boca, derramando todo ese líquido blanco sobre su vientre, al mismo tiempo que un gutural gemido hace eco entre las cuatro paredes.

Se limpia con algo de papel que toma del baño y también se ofrece a limpiarme a mí, algo que acepto sin problemas.

Tras mucha insistencia, Víctor finalmente acepta pasar la noche conmigo, tumbándose a mi lado bajo las mantas. Rodea mi cuerpo con fuerza, manteniéndome todo lo cerca posible.

—Cuando se trata de ti, de verdad que no sé qué me pasa —acaricia mi cabello.

Capítulo 26

Cuando me despierto, Víctor ya no está. Aunque no es de extrañar en absoluto, lo último que quiere es que las cosas vayan a más. No le culpo por ello, quizás sea lo mejor que podemos hacer. Continuamente mi mente obvia el hecho de que es un gigoló, sus labios rozan los labios de otras casi cada noche, toca su piel de la misma manera que tocó la mía y las hace vibrar de una manera tan abrumadora como a mí hace unas horas. Y esa es la realidad. Anoche fue mío, pero otras tantas no lo es. ¿Sería capaz de aceptar...? No, claro que no.

Cuando abrigo mi cuerpo bajo la fina tela de mi ropa para estar por casa, algo me golpea de manera rotunda la frente, algo que nunca me había importado hasta ahora y que nunca me había molestado. El vacío, la soledad. Esta mañana, más que nunca, le echo de menos y me habría gustado despertar con él.

Una cierta esperanza se abre paso en mí cuando mi mano sujeta el pomo con firmeza. ¿Y si en realidad no se ha ido, pero me está esperando para desayunar?

El silencio me abruma y me azota con aún más intensidad que la soledad de mi habitación. Estoy decepcionada, y no puedo evitar sentirme mal. Esas cosas solo pasan en las comedias románticas, y está claro que mi vida no es una.

Entro en la cocina, pero ni siquiera tengo ganas de comer algo. Un pequeño balanceo y ya he vuelto a salir para desparramar mi cuerpo sobre el sofá. Intento estar tranquila, dejar mi mente en blanco, pero mi teléfono -prácticamente sin batería, por cierto- rompe esa silenciosa armonía.

—¿Cómo está mi luar? —pregunta en cuanto descuelgo.

—Bien. ¿Y tú, pai? —digo descuidada, pero sin mostrar mi verdadero humor.

—Mejor ahora —dice de manera divertida—. ¿Vendrás la semana que viene al pueblo?

¿La semana que viene? Ni siquiera sé de qué está hablando, la verdad es que mi mente no ha estado en el mejor de los sitios últimamente.

—¡Mi cumpleaños! —exclama.

—Hostia —digo en voz baja.

Siempre se me olvida que mi padre tiene mejor oído incluso que yo, y así me lo muestra cuando me regaña por la mala palabra que acaba de escabullirse de entre mis labios.

—¿Segura que vas a poder?

—Sí —aseguro con rapidez.

—¿Y ese chico del que me hablaste? ¿Podrá?

Me lo pienso varias veces. Por pedírselo a Daniel no pierdo nada, seguramente sí pueda venir y, quizás allí podamos hacer lo que llevamos esperando semanas...

—Sí. Está deseando conocerte —miento, aunque probablemente sea así.

—Luar, estás rara —reitera—. ¿Estás bien de verdad?

—Sí —me rio por lo bajo—. No he dormido muy bien, pero me echaré una siesta luego. A ver si se me pasa.

—¡Si es que Madrid te va a matar! —vuelvo a reír ante ese comentario— Haz como yo y huye de allí antes de que sea demasiado tarde.

—Pai, qué exagerado eres —niego varias veces con la cabeza.

Seguimos hablando varios minutos más. Me alegra saber que todo le va bien, que es feliz. Después de todo, es la persona, que conozco, que más se lo merece. Antes de despedirse, me vuelve a repetir varias veces que coma y duerma bien, y que mantenga la cabeza sobre los hombros si no quiero acabar perdiéndola

* * *

Mientras hablo con Daniel, montada en el metro para dirigirme a su casa, no puedo evitar pensar que quizás estar con él es lo mejor. Esa química y esa conexión puede que acabe surgiendo con el tiempo. Sí, eso es lo que necesitamos.

Cuando me dice que está deseando verme y mis dedos teclean la respuesta, mi cerebro sufre un pequeño cortocircuito. La imagen de Daniel se ve diluida por el rostro de Víctor anoche, en la penumbra, observándome mientras adoraba mi cuerpo y me hacía estremecer. Solo puedo pensar en sus ojos azules, atentos a cada necesidad que pudiera aparecer, a cada pequeño gesto que reflejaran que no estoy a gusto, pero, sobre todo, irradiando una energía que hasta entonces no había vivido con nadie. Y la electricidad de sus dedos... Todavía la siento sobre mi piel.

Todos esos pensamientos se ven reflejados en la pantalla de mi móvil, cuando estoy a punto de mandarle a Daniel “Víctor”. Nada más acompañando su nombre antes, o después. Solo aparecen esas cinco letras. Cinco dígitos que rápidamente desaparecen con unos cuantos toques en la misma tecla.

Bloqueo el teléfono y me apoyo con desgana en la ventana. ¿Él se sentirá de la misma forma? ¿O simplemente...?

Esto no puede seguir así.

Amigos. Amigos. **AMIGOS**.

Daniel es un buen chico, tiene un trabajo normal y, que yo sepa, solo estoy yo, nadie más. Le gusto y, ¿me gusta? Sí, está bien.

Me olvidaré de Víctor y me concentraré en lo que sea que pueda tener con Daniel, iré con él al cumpleaños y de ahí ya todo irá a más. Me daré cuenta que lo que me pasa ahora solo es infatuación. Es el primer hombre en años que me mira distinta, o que me mira, directamente.

* * *

No puedo decir que Daniel se haya mostrado muy por la labor de ir a la fiesta de cumpleaños, y mucho menos por tener que ir hasta Galicia, pero acaba aceptando cuando le cuento que se trata de mi padre.

Sentados en su amplio sofá de cuatro plazas color mostaza, rodea mi hombro y besa mi frente, intentando pegarme más a él. Su mano asciende peligrosamente por mi muslo, deteniéndose muy cerca de mi ingle.

Me remuevo y coloco mi mano sobre la suya. No, todavía no. Así no. Suelto un poco de aire, mis labios se apartan de los suyos momentáneamente.

—No estoy lista —susurro, dejando caer mi cabeza hacia delante.

—Tranquila, vamos poco a poco —acaricia mi mejilla—. Tienes razón.

Por su forma de hablar y dirigirse a mí, intuyo que no tiene ni idea de que soy virgen, ni de que, por ahora, no estoy interesada en dar este paso con él.

Vuelve a besarme, ahora de una manera más lenta y cariñosa, saboreándome con delicadeza mientras sus dedos trazan líneas sobre mi piel y cabello. Sigo su beso, moviendo mi mano por su cabello y su cuello mientras mis labios se mueven al mismo ritmo que los suyos. No siento esa electricidad, esas ganas de dárselo todo, de volverme loca; pero ya llegará...

Capítulo 27

Naiara no deja de atiborrarme a información, que no me interesa -si puedo ser sincera. Desde que me ha visto ha empezado a hablar y hablar. Desde el minuto uno con los problemas de siempre, sus temas de cada día: problemas con ligues y con sus amigas -las de verdad, no yo. Y si al menos fueran problemas serios...

Doy varios sorbos de café, intentando hacer algo entre vistazo y vistazo que da a su pantalla de Iphone.

—Voy a presentar mi candidatura en el nuevo puesto de Marketing —muevo mis dedos sobre la superficie de cerámica.

Mi amiga siente despreocupada, descentrada. Su mano alcanza la mía y la aprieta, antes de clavar sus ojos verdes azulados en los míos.

—¿De verdad crees que sea una buena idea? —frunzo el ceño ante esa pregunta— No va a consistir solo en hacer fotocopias y servir cafés. Es algo más complicado, cariño.

—No estudié una carrera para acabar sirviendo cafés —respondo en voz baja—. Soy capaz de hacer mucho más que eso.

—Claro —vuelve a mirar la pantalla al mismo que teclea rápidamente—. Haz lo que te salga del corazón, supongo —se encoge de hombros.

“Haz lo que te salga del corazón”. Ya me habían dicho esa frase antes, pero en un contexto y una manera tan distinta que no parece ni que tenga el mismo significado.

* * *

Dibujo sobre el lienzo, deslizo el pincel sin tener una ruta y unas pautas seguras, solo pinto y coloreo con distintos colores. Mezclándolos, cruzándolos...

Me asomo hacia la derecha y me carcajeo cuando veo qué es lo que ha dibujado él. Me mira indignado, sin poderse creer que de verdad me esté riendo de él de esta manera. Cuando se inclina y mira el mío, hace lo mismo que yo. Se carcajea, sujetando su pecho con la mano derecha.

—Desde luego, esto no es lo nuestro —asegura mientras deja el pincel sobre el banco.

—Eso dices ahora. Cuando muramos, esto costará millones —me vuelvo a reír.

—¿Has visto el dibujo del profesor? Ese sí que no tiene ni puta idea.

Vuelvo a reírme descaradamente, hasta que miro por encima de su hombro. Y sí, ahí estaba el profesor del taller de pintura en el que nos habíamos colado. Y sí, es el mismo que nos acaba de echar.

Lo que más me sorprende es que la idea de colarnos aquí, Víctor solo me ha seguido el rollo porque está aún peor que yo. Me agarra la mano mientras nos dirigimos al exterior del local, ¿por qué siempre acabamos huyendo de todos los lugares? Pero me siento viva, feliz, como hacía mucho tiempo que no me sentía. Es una sensación tan bonita y mágica...

—Vamos, cariño —rodea mis hombros.

Me rio ante la broma, pero en el fondo desearía que me estuviera dedicando esas palabras de verdad.

—¿Adónde vamos? —rodeo su cintura.

—A mi casa —desliza su mano por mi brazo hasta llegar a la mía para entrelazar nuestros dedos—. Tengo Doritos, chocolate, cervezas... ¿Dónde vamos a estar mejor?

Y no sé cómo lo hacemos, pero conseguimos relacionar lo que sea que esté ocurriendo en Supervivientes con mi trabajo. Cuando me pregunta qué tal, bufo y niego sin querer entrar en demasiados detalles.

—Me he encontrado una pintada en mi escritorio —suspiro, echando el cuello hacia atrás—. Ponía “zorra” en grande y supongo que tendrá que ver con algunos de los despedidos hace semanas. Ahora parece que estoy muy tranquila, pero estoy en la mierda. Y, por si fuera poco, no creo que a nadie le haya importado mucho. Bueno, sí, me han traído el amoníaco, el agua y una esponja para que no tenga que ver esa palabra cada vez que anote los recados de mi jefe.

—¿Te merece la pena todo esto? —le miro de soslayo— Me pareces una mujer demasiado brillante como para conformarte con esto. Dijiste que había una vacante en tu empresa del puesto de tus sueños...

—Mi jefe ni siquiera tomaría mi candidatura en serio... —niego varias veces con la cabeza.

—Por intentarlo no pierdes nada —me mira fijamente—. He visto cómo te brillan los ojos cuando hablas de ese puesto, de lo que quieres hacer. No deberías tener miedo a hacer lo que te pide el corazón —se encoge de hombros—. En todos casos, si tu jefe se ríe de ti, siempre puedes ir a probar suerte a otras empresas.

—¿Y tú?

Víctor me mira de manera distraída, no sabe muy bien del todo a qué me estoy refiriendo con esa pregunta.

—¿Te merece la pena trabajar de lo que trabajas?

No contesta, alza ambas cejas, pero casi al momento sus facciones vuelven a ser neutras, y su mirada se dirige a cualquier otro lugar menos a mí.

* * *

Mientras mi cabeza se perdía en ese recuerdo, Naiara ha aprovechado para levantarse y dirigirse a la barra. La observo a lo lejos, enganchado a su teléfono como si su vida dependiera de ello. Normalmente es así siempre, vive por y para las redes sociales y sus seguidores, pero en general suele hacerme algo de caso. Hoy está ausente, parece que sea quien sea con el -o la- que esté

hablando tiene una conversación más interesante que la mía. Que, a ver, no es muy difícil, pero me parece un poco raro.

—Así que estás liada con Daniel —es lo primero que comenta cuando vuelve—. Y ni se te ocurra negármelo, un pajarito ya me lo ha confirmado.

—Estamos viendo a ver qué pasa —digo de manera desinteresada—. Por ahora, solo va a ir al cumpleaños de mi padre. Nada del otro mundo.

—Bueno, va a Galicia. Eso de que no es nada del otro mundo lo dices tú. ¿Pero va en serio o lo haces por lo que tú y yo sabemos? —frunzo el ceño ante esa pregunta.

¿Qué está insinuando?

—Tía, que si lo estás haciendo para tener una oportunidad ante Santi, no pasa nada. Yo haría lo mismo.

Ni siquiera sé si responder a eso, no me merece la pena. No tengo por qué aclarar algo que no es verdad. Si le estuviera utilizando para algo, desde luego no es para escalar puestos en mi oficina.

¿Debería negarlo? ¿Debería cambiar de tema?

Da igual, ella ya lo hace por mí. Me enseña su teléfono para que vea unos zapatos que la están volviendo loca. Aunque, mientras veo esa publicación en Instagram, un nuevo mensaje aparece en la parte superior.

¿Amor? Ella no le pone esos motes a ninguno de sus ligues o rollos. Me parece extraño que no me haya contado que está con alguien. O bien no somos tan cercanas como intenta hacerme creer siempre que quedamos, o no quiere que nadie sepa con quién está saliendo. ¿Quizás está con alguien mucho mayor? ¿O un tío que ella no considere que está a su altura como para fardar de él?

Da igual.

Mi móvil comienza a vibrar. Estoy extrañada y al mismo tiempo no al ver a Daniel en llamada entrante.

Capítulo 28

Ha sido un día de no parar y he ido de mala noticia en mala noticia. Daniel ya me ha dicho que no va a poder ir al cumpleaños de mi padre por qué tiene no sé qué administrativo, mi jefe me ha dicho que mis tías, Celtia y Sabela, van a ir a la fiesta -sí, esas mismas que siguen preguntándome por qué no estoy con nadie-, Naiara me ha dejado tirada para comer y la llamada de Víctor, ahora mismo, solo me ha dado malas señales. Y estas cosas no pueden venir poco a poco, no, todo de golpe.

Estoy esperando que Víctor me abra la puerta de su portal, en medio de la calle, que está desierta.

Doy gracias cuando el sonido de la puerta abrirse llega hasta mis oídos. Y no tardo en empujar la puerta y adentrarme en el interior para comenzar a subir las escaleras. Paso por su rellano con la cabeza gacha e intentando ocultar mi cara -como todas las veces que he venido- por culpa del pequeño incidente con la vecina de enfrente. Dios, espero no encontrarme nunca más con ella.

Estoy a punto de tocar el timbre, pero me doy cuenta de que la puerta ya está entreabierta. Normalmente me espera aquí mismo, cruzado de brazos con una sonrisa ladeada, asegurándose de que llego. Pero hoy no está, me ha dejado la puerta abierta y ha vuelto a entrar.

—Hola —saludo normal, tranquila.

Cierro la puerta a mis espaldas y le busco con la mirada al no recibir respuesta alguna. Mis ojos caen en unos mocasines marrones colgando sobre el reposabrazos del sofá.

Cuando me acerco y doy la vuelta al sofá para verle, caigo de rodillas a su lado para asegurarme de que se encuentra bien.

—¿Qué te ha pasado? —pregunto asustada.

Tiene la cara destrozada y llena de sangre, incluso ha manchado el sofá con un par de gotas. Su ojo izquierdo está ligeramente hinchado, y rojo -casi puedo sentir ese dolor palpitante con solo de verlo-, de su nariz sale un riego de sangre seca que llega hasta más allá de su barba.

—Me han atracado —dice con dificultad—. No me ha dado ni tiempo a subir a casa.

—¿Es que ha sido aquí abajo?

—Como si fuera tan raro —se remueve—. Normalmente voy con mucho cuidado, pero hoy...

—Voy a curarte, y a por hielo —digo antes de ponerme en pie—. Ahora me lo cuentas.

Me vuelvo loca buscando todo el material necesario, agua oxigenada/alcohol, yodo, entre otros. Me paralizó cuando veo a Víctor esperándome al lado, mirándome desde la puerta. Intenta mostrarme una expresión divertida, pero su dolor parece mayor a su buen humor.

—¿Qué haces ahí? —pregunto molesta— Vuelve al sofá. Ahora voy yo.

Pero no responde, simplemente camina. Da varios pasos hacia mí y, cuando está lo suficientemente cerca, enreda sus brazos alrededor de mi cuerpo. Hunde su rostro en mi cuello, su nariz haciendo leve cosquillas en esa sensible zona, pero me da igual. Inspiro su aroma, cerrando los ojos para potenciar la sensación; huele a perfume de mujer, pero me da igual. Ahora mismo solo me importa esto, que esté bien, que esté a salvo conmigo. Nada más es relevante.

Cuando mis manos pasan por sus omoplatos, él se queja y todos sus músculos se tensan, pero no se mueve. Ni un centímetro en consecuencia del dolor.

—Tengo que curarte —susurro, intentando llamar su atención.

Volviendo a soltar un quejido, da un paso hacia atrás, lento. Sus manos, sin embargo, no abandonan mi piel en ningún momento. Siguen aferradas a mí. Rodeo sus muñecas con mis dedos, cerciorándome de unas extrañas marcas rojas.

—Eso no han sido los ladrones —dice por lo bajo.

Mi estómago se remueve ante la imagen de él maniatado en una cama, dejándose hacer todo lo que las fantasías de la clienta requieran. Y, ¿para qué voy a engañarme? Mi corazón también se encoge.

Con un nudo en la garganta, paso mis pulgares por esa zona, delineando las delgadas líneas rojas, antes de envolver su piel con mis manos y tirar de él hasta la taza del váter. Se deja caer con pesadez, robándole un pequeño quejido a la tapa. Colocando todas las cosas sobre el lavabo, lo más cerca del váter posible -en el extremo derecho-, me siento sobre su regazo.

—Seguramente te va a doler —murmuro al mismo tiempo que humedezco una toalla marrón limpia.

Víctor lo acepta sin problemas, aguanta el ardor y el escozor, su cara prácticamente no refleja ninguna molestia. Aunque, sus dedos clavándose en mis muslos, como si quisiera perforar mis vaqueros, le delatan.

—¿Por qué no has ido al médico? —inquiero molesta.

La toalla hace más presión sobre su ojo y su ceja partida, robándole un fuerte quejido. Echa su cuello hacia atrás, cansado.

—No me gustan los hospitales.

Eso me molesta igualmente, pellizco su antebrazo. Me mira sorprendido al mismo tiempo que intenta apartar mi mano. Mis dedos rozan los suyos durante segundos, lo suficiente para conseguir que mi corazón comience a latir con fuerza contra mi pecho.

—¿Y por qué no has ido a denunciar? —mi ceño se frunce de manera más pronunciada.

—Porque iban con la cara tapada, iba a ser una pérdida de tiempo —se encoge de hombros.

Le doy un golpe en el hombro, cabreada, pero inofensiva. Su mirada, aunque con una envoltura terrible y dolorosa, sigue irradiando la misma ternura y dulzura que siempre. Bufo molesta, pero dejo que mi cabeza caiga sobre su hombro.

Sus fuertes brazos no tardan en rodearme, atrayéndome más a él, si cabe. Siento su nariz, una vez más, haciendo estragos en mi cuello, inspirando, acariciando, haciéndome esas cosquillas que me vuelven tan loca.

—¿Y por qué me has llamado a mí?

No sé qué espero con esta pregunta, no estoy segura de qué quiero que me responda. Ha salido sola, sin control, sin filtro. Lo odio.

—Necesitaba verte —susurra contra mi piel.

Siento esa pequeña zona entre mi cuello y mi clavícula ardiendo, por su aliento, por su barba, por esas palabras tatuándose en esa misma zona tan rápido como salen de sus labios.

Deslizo mis dedos por su cuello, su nuca, su corto y sedoso cabello.

—No me preguntes por qué, pero el único número que recordaba y que quería marcar era el tuyo.

Un momento, pero ¿quién en pleno siglo XXI se acuerda de los números de teléfono? Yo ni siquiera tengo teléfono fijo en casa...

Espera otro momento, acaba de decir que se acuerda de mi número y que ha sido el que quería marcar. Y, teniendo en cuenta lo que he dicho antes, tiene más importancia de la que creo, ¿no?

Es decir, entre miles de opciones, me ha elegido a mí. Me necesitaba a mí.

Capítulo 29

Vuelvo a la sala de estar con dos sándwiches de jamón y queso. Víctor está tomándose otro comprimido de Paracetamol, creyéndose que no le estoy viendo.

—Te acabas de tomar uno hace menos de una hora —interrumpo enfadada.

Ese grito, y llamada de atención, consigue que dé un leve brinco, derramando un poco de agua sobre el suelo. Me mira con los ojos de par en par -bueno, menos el que tiene mal- para volverse a girar y cerrar la botella.

—No son caramelos —tomo asiento a su lado.

—No sabes lo que duele esto —se señala la cara—. Necesito algo que me calme.

—Come —le acerco su mitad de sándwich.

Víctor vuelve a echar el cuerpo hacia atrás, estirando sus piernas por encima de la alfombra gris. No se queja en voz alta, pero su expresión y su forma de estar tumbado muestra de todo menos conformidad.

Le doy otro golpe para llamar su atención, aunque no parece que le importe mucho, pues ni se gira, solo hace una mueca graciosa.

Aún con el sándwich en la mano, me dejo caer a su lado, apoyando mi cabeza en el respaldo y estirando mi cuerpo -aunque mis piernas no llegan tan lejos como las suyas. Vuelve a ser evidente lo pequeña que soy a su lado.

—Seguro que fue mucho peor —le tomo de la mejilla, girando levemente su cara— esto —miro su cicatriz.

—Lo fue —asiente—. Básicamente porque no tuve una enfermera tan buena que cuidara de mí.

Mis dedos se deslizan por su barba hasta volver a caer sobre el sillón, riéndome de su respuesta y su estúpida mirada seductora -o intento, más bien.

—Nunca me has contado cómo te la hiciste.

Sus cejas se alzan momentáneamente. Me he dado cuenta que es un movimiento que suele repetirse cuando no quiere responder algo, o cuando va a evadirlo de alguna manera. Niega con la cabeza de manera divertida antes de volverme a mirar.

—Es algo que ya sabrás —susurra con aire misterioso.

Tras decir eso, se vuelve a inclinar hacia delante para darle un mordisco a su sándwich. Yo no me muevo, me mantengo medio tumbada en el sofá, mordisqueando mi comida mientras observo su amplia espalda a través de la camisa.

Quiero pasar mis dedos por su columna y subir hasta enterrarlos en su pelo. Tengo unas ganas increíbles de ser yo quién le relaje y con quien se sienta lo suficientemente a gusto como para abrirse.

—¿Qué tal hoy? —inquieta con la boca llena.

—Bien —me encojo de hombros.

Mi tono decaído consigue llamar su atención, pues se gira hacia mí con el ceño fruncido. Sí, va a preguntarme justo ahora qué pasa en realidad.

Bufo y rodeo los ojos, adelantándome a su pregunta.

—Dani no va a poder ir al cumpleaños —juego con el pan de molde, desmigándolo un poco—. Me ha llamado y me ha dicho que tenía cosas que hacer, que le sabía fatal.

Sus ojos pasan de mirarme a quedarse perdidos en la nada mientras mastica un nuevo trozo. ¿Qué estará pensando?

—Lo peor es tener que aguantar a mis tías otro año preguntándome por qué estoy sola —murmuro.

—Puedo ir contigo —comenta sin importancia.

Sí. Claro que sí.

—¿Seguro? Tendrás cosas que hacer...

POR FAVOR, DI QUE DA IGUAL.

—Sí. Una fiesta, comida y bebida, ¿y una compañía increíble? Si dijera que no, estaría loco.

Me arrastro sobre el sofá hasta alcanzar su cuerpo y, agarrándole de las mejillas, le doy un fuerte beso en el cachete al mismo tiempo que le doy las gracias. Que mal momento para olvidarme de que le han dado una paliza hace unas horas y le he curado hace nada. Su pequeño gemido me lo recuerda y hace que casi enseguida me aparte.

—No me puedo creer que rechace eso para hacer cualquier otra gilipollez.

—Supongo que tendrá que trabajar.

Su gesto se tuerce ligeramente y vuelve a pensar algo, aislándose por completo de lo que está sucediendo ahora mismo.

—Tampoco sé si vamos muy en serio —comienzo a hablar de nuevo—. Quiero decir...

Quiero decir, si me gustas tú, ¿cómo voy a poder ir en serio con él?

—Poco a poco —se encoge de hombros—. Aunque

Ese “aunque” llama mi atención y consigue que mis ojos vuelvan a él rápidamente, deseando que continúe.

—Si yo fuera él no iría con rodeos —presiono mis labios entre sí—. Está perdiendo el tiempo haciendo el gilipollas —su mueca me hace sonreír.

Y yo lo estoy perdiendo contigo...

—¿Qué harías si fueras él?

—Aprovecharía todo el tiempo posible para estar contigo —me sonrío de lado—. Me aseguraría de que tuvieras claro que quieres estar conmigo, te daría razones de sobra continuamente.

Ayla, confíesate, díselo.

—Te haría sándwiches solo para ver cómo te comes los bordes y el jamón que sobresale primero y te llevaría a pintar, aunque se te dé fatal, solo porque te gusta. Y te dejaría claro que tú eres la mejor candidata para cualquier puesto en Marketing en cualquier lugar.

Sonrío, no solo por todo lo que está diciendo, sino la manera en que lo está diciendo. Cualquiera que le oyera creería que yo le gusto de verdad.

—Oh, y desde luego te demostraría lo sexy que eres —se acerca lentamente a mí—. Y no solo por el increíble cuerpo que tienes, todo en ti es tentador.

Y yo quiero cuidarte, demostrarte que sentir protección por una persona no es malo. Y enseñarte que te mereces tanto disfrutar del sexo como del amor, te mereces todo eso y más. Si tan solo me dejaras...

Sus dedos acarician mis desnudas rodillas, causando que mi respiración se agite un poco más con cada minuto que pasa. Mi cerebro se ve interrumpido por esos pequeños gestos y un leve cortocircuito me desconcierta cuando sus labios rozan los míos.

Durante unos segundos titubeamos en si seguir hacia delante o no, pero cuando nos miramos... Nuestros ojos solo desprenden el deseo que sentimos y lo mucho que queremos y necesitamos esto.

No hay titubeos, no hay dudas, nuestras bocas chocan bruscamente. No hay delicadeza, solo ganas de devorarnos el uno al otro. Un pequeño roce de dientes durante una milésima de segundo y nuestras lenguas chocan la una con la otra. Aprieto mis muslos al sentir esa sensación tan conocida aproximarse de manera lenta y sigilosa.

Víctor se cerciora de ese pequeño gesto y toma una de mis piernas, colocándola sobre la suya. Su mano sigue avanzando peligrosamente por el interior de mi muslo, escabulléndose en el interior de mi falda vaquera, y quiero más.

Muerdo su labio, tirando de él con mis dientes mientras siento cómo el ambiente se vuelve de cada vez más pesado. Completamente perdida en él hasta que siento sus dedos presionar con suavidad por encima de mis bragas. Pequeños círculos se trazan en el punto más sensible, consiguiendo que me retuerza y jadee contra su boca. Me tiene justo cómo quiere.

Tengo calor, siento que todo lo que llevo puesto ahora mismo me estorba, me está abrasando la piel.

Detengo el beso solo un momento para poder quitarme la blusa blanca, sigue sin ser suficiente. Vuelve a besarme, con más fiereza y pasión, sus dedos presionando un poco más y moviéndose un

poco más rápido.

Mientras sigue volviéndome loca con pequeños movimientos, yo comienzo a desabotonar su camisa negra.

Todo pasa tan rápido, que no sé exactamente en qué momento hemos acabado los dos desnudos en su cama. Ni por qué he aceptado ponerme encima, me estoy arrepintiéndome profundamente de esta decisión. Y estoy empezando a ver muy tentador dejarme caer hacia la derecha.

—Eres preciosa —susurra.

Sus dedos me acarician la mejilla y bajan por todo mi cuerpo con pequeños roces hasta volver a mis caderas. No aparta sus ojos de los míos en ningún momento mientras comienzo a descender, hasta que mi intimidad entra en contacto directo con su miembro. Le siento duro y suave entre mis pliegues, y ni me imagino cómo se sentiría dentro de mí -aunque es algo que no voy a descubrir, al menos no hoy.

Mis manos en sus muñecas mientras me invita a moverme hacia delante, deslizándose por su longitud. La primera fricción nos hace gruñir y gemir, ha sabido cómo sensibilizarme hasta el punto de que cualquier roce me acelere el pulso a mil.

Al principio me ayuda, me guía; pero no mucho después soy yo la que comienza a moverse -de delante hacia atrás, de lado a lado- en busca de mi propia liberación, de nuestro éxtasis.

Me empuja con delicadeza por la espalda para enterrar su rostro en mis pechos, besándome y lamiendo, atrapando mis pezones entre sus labios y dientes para que las sensaciones se multipliquen por cien con cada roce.

Estoy eufórica, nunca antes me había sentido así, ni tan desesperada por alguien. Mi rostro enterrado en su cabello mientras devora cada parte de piel apetecible para él, sus dedos clavándose en mis nalgas para acompañar mis movimientos.

Siento mi pubis cada vez más pesado y palpitante, mi corazón latiendo aceleradamente mientras sonoros gemidos se escapan de mis labios continuamente.

Me incorporo bruscamente, tomándole por sorpresa al tener una iniciativa tan rápida e inesperada. Todo ahora mismo me lleva al límite y querer moverme más rápido: sus gruñidos, mis gemidos, mi humedad siendo sonora con cada roce y fricción, sentirle piel con piel, cómo me mira mientras yace entre almohadas...

Dios, Víctor te quiero.

Gimo y me remuevo, con piernas temblorosas, y siento que él está a punto de pasar por lo mismo. Y, cuando lo hace, gime y se abraza a mí, sentándose sobre la cama para poder rodear mi cuerpo.

—Nunca me había gustado tanto follar sin follar —ríe sobre mi hombro.

Estamos un rato abrazados, hasta que nuestros cuerpos se recuperan de lo que acaba de suceder. Al echarme hacia atrás, veo su cara magullada aunque, mucho más allá de eso, veo su brillante mirada. No me puedo creer que de verdad le quiera.

—Voy a limpiarme —besa mi barbilla—. Ahora vuelvo.

Me tumbo en la cama para dejar que se levante y pueda ir al baño. Entre el sonido de los tacones de la vecina de arriba y el agua de la ducha, un ruido llama mi atención: el de su teléfono.

No debería hacer esto, pero no puedo evitarlo. Me deslizo por la cama hasta llegar al suelo, tomando su teléfono para desbloquearlo y encontrarme con un mensaje de un número desconocido. Y, al ver el mensaje, rápidamente me doy cuenta de que se trata de una cliente.

Vuelvo a dejar el móvil donde estaba y pienso: ¿de verdad podría aceptar esa parte de su vida? Sea por lo que sea que lo está haciendo, ¿puedo acostumbrarme a ser con quién hace el amor de día mientras que por las noches otras le pagan por hacerlo?

Capítulo 30

—Llevas el pelo suelto —comenta por primera vez desde que nos hemos montado en el tren.

Aparto la mirada de la ventana para dirigirlos a él. Desde luego, he ganado muchísimo con el cambio. Juego con las puntas que caen un poco más allá de mis pechos, y vuelvo a mirarle con una pequeña sonrisa.

—A mi padre le gusta más cuando lo llevo suelto —Víctor me mira con ternura—. Me ha costado casi un bote entero de espuma que me quedara así —bromeo—. Tú te has puesto muy guapo. ¿Pretendes impresionar a mi padre?

—Claro —asiente orgulloso—. Tengo que asegurarme de ofrecer un servicio óptimo.

Bromea, sé que no lo está diciendo en serio; pero me afecta. Siento que mi humor ha cambiado de golpe, en cuanto ha pronunciado esas palabras. Si el mensaje del otro día no me afectó lo suficiente, este comentario ha acabado por desmoronar la fantasía que tenía creada en mi cabeza.

¿Y ahora qué queda? Una simple amistad. Somos colegas, muy buenos amigos. Compañeros a los que a veces se les va las manos más de la cuenta.

—Te queda muy bien el vestido —intenta desviar el tema.

Miro hacia abajo, fijándome en el corto vestido de vuelo floral. Alzo un poco el pie para fijarme en los tacones de esparto negros, todavía sin entender por qué me he vestido tan bien. Rara vez lo hago -y nunca para el cumpleaños de mi padre.

—¿Por qué eres gigoló?

Ostras.

Por su expresión y la forma en que me mira, le sorprende -tanto como a mí- que le haya hecho esa pregunta, y encima que la haya hecho en un tono tan alto. Menos mal que en el vagón no hay mucha gente.

—Me ponen mucho las señoras ricachonas aburridas —se encoge de hombros—. Y las que están casadas y me tratan como a un muñequito, me vuelven loco.

Rodeo los ojos ante ese comentario. ¿Tanto le cuesta abrirse por una puñetera vez, hablar en serio?

—Estudié psicología, aunque no soy psicólogo, ni siquiera me gusta. Estuve trabajando unos meses, para ahorrar dinero y poder escribir a mi ritmo —hace una mueca—. Hubo un pequeño

problema y ahora soy lo que soy.

Le miro durante unos segundos. Ha dicho algo más que bromas y tonterías, pero sigue contándome cosas que ya sé. Sigue sin ahondar mucho, y sé que no quiere seguir hablando de eso por ahora. Pero por intentarlo...

—¿Por qué no te gusta atender a pacientes?

Frunzo el ceño cuando siento su mano acariciar mi hombro y deslizarse a lo largo de mi espalda. —Es monótono —vuelve a repetir esa mueca—. Estudié psicología porque sentí que así podría conocer más a mis personajes, hacerlos más...

—Humanos —asiento con una leve sonrisa—. ¿Y por qué gigoló? Hay miles de...

Siento mi lengua trabada en el fondo de mi garganta cuando su mano aprieta mi nalga, y el nudo se aprieta más cuando consigue colocarla debajo; sus dedos pulsando directamente sobre mis bragas en mi entrada -sí, esa misma que de cada día tiene más hambre de él.

Sé por qué lo está haciendo, sé que lo que quiere es hacerme cambiar de tema -o directamente que me olvide de lo que estamos hablando. Y lo consigue. Yo, como una imbécil, me dejo. Me dejo llevar por sus dedos, sus ojos y sus labios susurrándome lo mucho que necesita esto, lo mucho que me necesita a mí.

Inconscientemente comienzo a moverme sobre él, pero ese casi superficial roce me resulta insuficiente.

Mis muslos levemente apretados y mi labio sufriendo la presión de mis dientes solo son señales obvias de cuán excitada estoy ahora mismo; y Víctor es un maestro leyendo ese tipo de señales.

Me pide que levante las caderas un poco, y yo lo hago. Siento sus dedos apartar un poco la fina tela para acariciarme directamente. Y ¡sí! Al fin. Me frota con delicadeza, nunca llegando a presionar directamente mi clitoris. Y me sonrío cuando le miro indignada. Cabrón...

Dos de sus dedos profundizan dentro de mí, lentamente, con paciencia, dándome la atención que estaba exigiendo minutos atrás. Muevo mis caderas hacia abajo, sentándome sobre su palma, hundiendo sus dedos todo lo posible en mi interior.

Me besa la mejilla y la mandíbula, volviendo a la comisura de mis labios para llamar mi atención. Comienzo a mover mis caderas en círculos, intentando ser lo más disimulada posible. Lo que me faltaría, que alguien decidiera sentarse cerca de nosotros y me viera como una loca...

* * *

Cuando le he dicho que fuera al baño y me esperara allí, parecía que le hubiera dado la peor de las órdenes. Y de verdad me he planteado si era tan mala idea. Pero ahora, con su boca saboreándome y moviéndose maliciosamente en mi humedad...

Estoy a punto, y él lo sabe; mis dedos clavándose en su pelo mientras siento esa ola llegando a mí. Se pone en pie, atrapando mis pechos entre sus labios, y curva sus dedos dentro de mí, moviéndolos rápidamente contra una zona mágica de cuya existencia ni siquiera sabía.

—Córrete para mí, cariño.

Mis piernas le rodean con aún más fuerza y mis brazos le apresan más cerca cuando me corro tan intensamente que empiezo a ver estrellitas frente a mis ojos, y me veo obligada a morder su frente para no gritar.

Ni siquiera me he recuperado de mi orgasmo, pero mis manos ya se las han apañado para desabrochar sus vaqueros y bajarlos lo suficiente como para dejar su erección en libertad. Me deslizo entre él y el lavabo para colocarme de rodillas frente a él.

Le miro desde esta posición y sus ojos me están pidiendo a gritos que lo haga, que me lo lleve a la boca ya, sin rodeos ni juegos. Cuando mis labios le apresan y comienzan a moverse con rapidez y fuerza a su alrededor, sus dedos se enredan en mi cabello y sus caderas empujan hacia delante.

Le siento empujar demasiado lejos y la arcada que me causa me obliga a sacarlo de mi boca. Víctor se disculpa pero al cabo de unos minutos vuelve a repetir el mismo gesto, solo que esta vez yo no me aparto ni él quita su mano. Presiona mi cabeza aún más contra sus caderas, al mismo tiempo que las mueve de delante hacia atrás.

Sus gruñidos, su manera de tensar la mandíbula y de hinchar su pecho, de apretar mi cabello entre sus dedos, está a punto.

Solo dos movimientos más y se derrama en mi boca.

Dos fuertes golpes en la puerta del baño hacen que, víctima del pánico, me trague ese líquido salado y amargo.

* * *

Mucho nos hemos reído de lo sucedido en el lavabo durante el resto del viaje y en el autobús camino a mi pueblo. Aunque más nos reímos cuando, después de mirarle varios minutos -y bajando del autocar en Allariz- veo una marca roja en su frente. En concreto, la marca de mis dientes.

Estoy a punto de sugerirle que se ponga una gorra pero, cuando estoy a punto de abrir la boca, el sonido de un claxon nos llama la atención.

Capítulo 31

La forma en que mi padre nos ha mirado a ambos, cuando le hemos dicho que era de un cabezazo que se ha dado en el tren, rápidamente nos deja claro que es una excusa que no hay quién se la crea -aunque, sobre todo, que nos diga que lo que sea con lo que se haya golpeado debía tener muy buenos dientes.

El resto del camino hacia el pueblo mi padre no deja de hablar con Víctor, parece encantado con él. No sé si es porque crea que yo necesitaba estar con alguien o porque de verdad le caiga bien -seguramente sea la segunda. Él es así, tiene esa compenetración con todo el mundo. No puedo evitar preguntarme a mí misma si hubiera tenido el mismo efecto, o reacción, con Daniel. Son personalidades y actitudes demasiado distintas como para, siquiera, compararlo.

Durante la fiesta, tanto mi padre como Víctor son la alegría de la huerta mientras que yo me mantengo a un margen, observándolos desde la mesa del fondo. Todos se ríen con sus chistes y con sus maneras de contarlos. Y es algo que vuelve a parecerme completamente normal. Me emociona ver a los dos hombres de mi vida llevarse tan bien, compenetrándose de esa manera.

Pero mi cabeza, como siempre, me recuerda que Víctor no es nada mío y que esto es tan temporal como mantener mi pelo a raya. Al igual que yo, hay demasiadas mujeres que requieren sus servicios, y que se sienten de la misma manera que yo. No soy especial, y debería dejar de pensarlo, de darle vueltas.

Él no es para mí, y yo no soy para él. Yo pertenezco a un mundo distinto, a un mundo serio con tipos trajeados y con la cabeza en sus negocios -o, al menos, eso intentan demostrar-, como Daniel. Ese es mi tipo de hombre, es lo que necesito. Víctor tiene una carrera en psicología que no usa porque prefiere acostarse con señoras de mediana edad que buscan sexo fácil -de la misma manera que él busca dinero fácil. A Daniel, más o menos, le conozco, me ha dejado entrar. Yo me he pillado de una imagen de Víctor que no es del todo real, porque no sé casi nada de él más que lo que me ha dejado ver.

—¿Qué haces aquí? —oigo a mi padre apartando la silla a mi lado.

—Estaba pensando —finjo una sonrisa antes de mirarle.

—Deja de pensar un poco —me aprieta el hombro de manera cercana— y disfruta. Tienes al pobre rapaz abandonado.

Me observa durante unos segundos al mismo tiempo que mis ojos van a Víctor, rodeado de las pocas mujeres de la familia -entre ellas, mis tías. Sí, ninguna de ellas puede creerse que ese hombre haya venido conmigo, pero así es.

—El amor —murmura de manera divertida.

Sonríó débilmente, negando varias veces con la cabeza. Si tú supieras, pai... Si supieras que, a lo mejor lo que me pasa, es que estoy confundiendo el deseo y el cariño con el amor... Entonces sabrías que tienes una hija imbécil, además de fracasada.

—¿Qué tal el local? —inquiero, cambiando de tema.

—Bien, gracias a esos pequeños trucos que me diste, todos los turistas que pasan por el pueblo, no se van sin entrar en la tienda.

Sonríó ampliamente cuando dice eso. Esos pequeños trucos que le di son también conocidos como Marketing básico. Y me alegra haberlo puesto en práctica de alguna manera por fin.

Me toma de la mano sin aviso previo, tirando de mí hasta que respondo poniéndome en pie junto a él. Sé lo que quiere hacer en cuanto suena la primera canción, ¿y cómo voy a decirle que no? Me encanta verle tan feliz y lleno de vida. Con todo lo que ha pasado, es lo mejor que podría pasar.

Después de dos canciones, una mujer nos interrumpe. De mi estatura más o menos, algo

rechoncha, de la misma edad que mi padre, más o menos; nunca la he visto antes, así que debe ser nueva en el pueblo. La sonrisa del ya nombrado se expande aún más cuando la ve, y no hace falta ser una experta para saber por qué. No seré yo quién les impida bailar juntos esta canción lenta. De hecho, creo que voy a sentarse otra vez.

Mala idea. Una mano tira de mi brazo, haciéndome girar sobre mis pies.

—¿A dónde te crees que vas? —pregunta mientras ríe.

Rodea mi cintura con sus manos, atrayéndome a su cuerpo. La vibración de su risa y el brillo de sus ojos me atrapa, y me veo a mí misma rodeando su cuello casi sin pensármelo.

—Tu padre es un buen hombre.

Asiento mientras nos movemos al ritmo de la balada. Lo sé, no solo porque sea mi padre, sino porque he percibido esas buenas vibraciones desde que han entablado conversación en el coche.

—Explica muchas cosas de ti —alza una ceja.

—¿Qué quieres que te diga? —me encojo de hombros nerviosa— De tal palo, tal astilla.

Se inclina lentamente, hasta que mis labios entran en contacto con los suyos. Un beso calmado, dulce, sin pretextos sexuales, solo una leve caricia entre nuestros labios.

—Ven —susurra cuando se separa milímetros.

Entrelaza sus dedos con los míos y comienza a caminar. Como siempre, yo le sigo.

No estoy nerviosa, no estoy histérica. Estamos los dos solos, como usualmente, apartados de la fiesta. Por la forma en que me mira y juega con sus manos, sé que quiere hablar. Necesita hablar. Y eso solo me crea una mala sensación en la que veo claro que le va a poner fin a todo.

—Sé que es el cumpleaños de tu padre, pero si no te lo cuento, reviento —comienza, rascándose de manera nerviosa la barba.

—Vale —susurro con un hilo de voz.

No pienso, no me dejo llevar por mis fantasías ni mis malos presentimientos. Le presto toda mi atención, mis sentidos concentrados en él.

—Voy a ser muy directo —gesticula con sus manos, colocándolas en paralelo frente a él—. Sé que estás viéndote con alguien y sé que quieres ir en serio con Daniel, pero...

No sigas.

—Yo quiero ser al que traigas a fiestas familiares, el que te prepare los sándwiches, con el que pintes y salgas corriendo porque nos hemos colado en el taller sin pagar un duro —sonríe—, el que te consuele cuando estás mal o te motive a hacer algo que te dé miedo —se acerca peligrosamente a mí—, el que te enseñe todo aquello que te mueres de ganas por descubrir —agarra mis manos—. Sé que no tengo un trabajo de la hostia ni un piso enorme, pero joder, Ayla, contigo siento que quizás sí merezca a alguien que me haga feliz —siento el nudo apretarse en mi garganta.

Cuando me mira a los ojos y veo ese brillo de esperanza iluminar su mirada, siento que estoy a punto de perder la poca cordura que me queda y que me voy a abalanzar hacia su boca como una posesa. Quiero hablar, pero ni mis labios se mueven ni las palabras tienen intención de salir. Y eso es algo que preocupa a Víctor, se le nota en la cara.

Presiono mis labios entre sí y aparto la mirada, agachando la cabeza como la gran cobarde que soy. Esto no puede ser. Ayla, es un gigoló, tienes que compartirle con más mujeres.

—¿Es eso? —sus manos debilitan el agarre.

No será verdad que lo he dicho en voz alta.

—¿Te echa para atrás mi trabajo? —no le miro— Lo puedo dejar en cualquier momento si es lo que te preocupa.

Niego varias veces con la cabeza. Ese no es el único problema.

—No, no es solo tu trabajo. Y ese es el problema, no sé por qué estás trabajando de gigoló, pero debe ser un buen motivo. Un motivo que no sé porque no te conozco —me atrevo a mirarle, aunque me arrepiento al momento—. No sé nada de ti. Ni tu apellido, ni tu situación familiar, ni tu edad con exactitud. Llevamos hablando semanas y no sé nada de ti.

—Pero sientes lo mismo —replica—. Lo he visto muchas veces, y yo quería obviarlo.

—Podría estar confundida —alzo el tono de voz—. No sé si es amor o si es un calentón que no sé manejar bien. No lo sé.

PERO QUÉ DICES.

Se queda varios minutos en silencio, mirándome con el ceño fruncido mientras intenta procesar lo que acabo de decir, al mismo tiempo que yo pienso la manera de arreglarlo. Pero, cuando voy a hablar, él me corta.

—Tienes razón —me mira con dureza—. Quizás nos haga falta conocernos mejor.

Me dedica una mirada fría, rota, ese brillo ha desaparecido -y por mi culpa. Quiero ir tras él, besarle y decirle que no sentía lo que he dicho. Pero estoy paralizada. La vergüenza, la timidez y el bloqueo han vuelto a mi cuerpo de golpe. Soy incapaz de detenerle.

Capítulo 32

Víctor se marchó después de la discusión. No se despidió, ni dejó que yo hablara con él para intentar solucionarlo. Yo habría reaccionado de la misma manera, le rechacé cuando me sentía de la misma manera, y le puse la peor excusa posible. Le hice daño y me saboté a mí misma la posibilidad de estar con él.

Pasé un día entero con mi padre, poniéndonos al día. Me presentó a la mujer con la que se había estado viendo, y debo reconocer que ambos estaban radiantes, felices. No sé si estarán enamorados o no, pero lo que percibí de ellos era una energía arrebatadora, positiva: felicidad.

Cinco semanas después, sigo pensando en aquel día, justo en aquel momento. Y no ha habido día en que no me arrepienta y tenga ganas de echar el tiempo hacia atrás. Continuamente pienso en lo que me dijo mi padre antes de que me marchara: me debía permitir ser feliz, estar con alguien que quiera perder la cabeza conmigo; que me merecía eso y más. Él sabe lo que me afectó que se marchara mi madre, y que dijera las cosas que escribió en esa dichosa carta. Por eso siempre

intenta convencerme de que me dé una oportunidad, soy una buena persona con ganas de amar y ser amada, entonces ¿por qué rechacé a Víctor de esa manera cuando se me presentó la oportunidad? ¿Por qué Daniel sí y Víctor no?

Abro la puerta de mi apartamento, intentando apartar esos pensamientos durante un rato; aunque siempre acaban volviendo, necesito algo de tranquilidad y despejar mi mente.

Esta noche Daniel va a venir y vamos a dar ese paso que tantas ganas teníamos de dar, hoy todo será oficial, iremos en serio y, al fin, después de tantos años tendré un novio, el novio que me merezco.

Dios, parezco tonta diciendo todo esto. ¿De qué estoy intentando convencerme? Si estoy tan segura, no sé por qué le doy tantas vueltas.

Antes de adentrarme en mi apartamento, soy consciente de que hay un sobre tirado en mi felpudo. Miro hacia atrás, en busca de alguna pista. Más que en busca de una pista, asegurándome de que es para mí y de que no se hayan equivocado.

Me agacho para recogerlo, no tiene remitente, ni sello ni nada, solo un “Para ti, Ayla” escrito con una letra redonda y cuidada.

Me adentro en mi apartamento con el sobre en mano y las bolsas de la compra igual. Decido no darle muchas vueltas, supongo que tendré tiempo de sobra de leerla cuando termine de hacer la cena. Así que la guardo en el primer cajón del mueble de la tele y me olvido, para concentrarme en preparar una deliciosa, aunque no pesada, comida para cenar esta noche. A Daniel le gusta todo, así que lo tengo fácil para acertar. No como Víctor, que es un especialito para todas estas cosas.

No. Para. Olvídate.

Y eso hago en cuanto me encierro en la cocina con las bolsas repletas de comida, de diferentes ingredientes que usar.

* * *

Daniel me felicita cuando termina de comer y sirve más del vino tinto que ha traído, para no venir con las manos vacías. Aunque si supiera que yo en realidad lo odio, pero da igual, lo bebo. Porque es una noche especial, y porque es carísimo.

Me voy a poner en pie para que cambiemos de zona, estaremos más cómodos en el sofá que en la mesa del comedor. Pero toma mi mano y consigue que me siente sobre su regazo. Me besa con dulzura mientras su palma acaricia mi rodilla. Pero no puedo, ahora no. Mi mano le agarra de la muñeca, le detengo.

Me observa con el ceño fruncido, pero yo solo puedo dedicarle una sonrisa nerviosa, ¿qué voy a decirle? ¿Que no me pone? ¿Que no estoy segura?

—Cielo, tenemos que celebrarlo —besa mi mejilla.

—¿El qué?

—Pues que soy el nuevo director de Marketing de la empresa.

¿Este?

—¿Tú? —inquiero confundida.

—Ajam —asiente mientras hunde su rostro en mi cuello, depositando pequeños besos por mi piel.

—¿Y Ángeles?

—Ya la colocaremos en otro sitio —se encoge de hombros.

—Pero lleva años en ese puesto, en la empresa —mi ceño se frunce aún más—. ¿Y por qué no

ocupas la vacante?

Aunque eso signifique perder mi oportunidad.

—Esa vacante ya tiene el nombre de Santi —besa mi mandíbula—. Además, ¿crees que yo iba a meterme en la empresa de mi padre para recibir órdenes de otros? Mi padre es el jefe para algo.

Y si mis pensamientos y sentimientos no fueran suficientes para detener esto, suelta esa gilipollez. Pero no pasa nada, seguimos.

—Pero creí que yo podría tener alguna oportunidad —murmuro con un hilo de voz.

Pero Dani me oye y se detiene en seco, mirándome sorprendido ante esa confesión. Y no entiendo la sorpresa. Joder, tengo una puñetera carrera para algo.

—Supongo que podremos deshacernos de alguien más para hacerte sitio a ti —su mano avanza por mi muslo, colándose bajo mi falda—, para algo te vas a acostar con el jefe. Alguien tendrá que alegrarme la vista durante las reuniones.

Y eso ya sí que no.

Me pongo en pie bruscamente, dándole la espalda unos segundos antes de girarme hacia él. ¿Pero qué se piensa que soy? No necesito acostarme con nadie para conseguir un puesto, es más, no quiero conseguirlo así.

—Vamos, no actúes como si te sorprendiera lo que te he dicho —me mira, aún sentado en la silla de polipiel—. Está claro que sabías dónde te estabas metiendo —le miro ceñuda.

—Eres un gilipollas —digo para mí—. Eres un gilipollas —repito, ahora más alto para que me oiga—. ¿De verdad te crees con autoridad para decidir quién se va y quién entra? ¿O para tratarme como a un objeto que te alegra la vista?

—No es que tengas mucha iniciativa que digamos —se ríe burlonamente—. Lejos de ser la niñera de mi padre, ¿qué haces? Nada. Así que te doy la única razón que tengo para enchufarte.

—No necesito que me enchufes en ningún lado —niego con la cabeza—. He estudiado, tengo una carrera, prácticas... Y tú no tienes nada, pero te vas a autonombrar director de Marketing, ¿por qué? Encima vas a echar a una mujer que te da diez mil patadas solo porque se te ha encaprichado ese puesto, porque te crees que es tan sencillo como lanzar anuncios o promocionar algo. Déjame decirte que no es así.

—Me parece que estás exagerando demasiado —se pone en pie—. Y será mejor que me vaya, paso de seguir perdiendo el tiempo —se coloca la camisa, estirándola hacia abajo para alisarla—. Ni para conseguir un puesto del que no dejas de hablar te abres de piernas.

Enfadada, me encamino hacia la puerta de entrada y la abro bruscamente, invitándole a marcharse de mi casa.

—Vete —señalo hacia fuera con la cabeza.

—Un placer.

Recoge sus cosas: su móvil, la botella de vino... y camina hacia el vestíbulo, aunque antes de marcharse se vuelve a girar hacia mí.

—Que sepas que estás renunciando a ganar...

No le doy tiempo a decirme la sucia cifra que iba a ofrecerme, o restregarme por la cara, le cierro la puerta de un portazo mucho antes.

Y me siento... bien, orgullosa.

Capítulo 33

Me sorprende lo bien que he dormido. Nunca me había sentido tan tranquila, tan en paz. Y estoy prácticamente segura de que echarle un par y decir, por una vez, todo lo que pienso ha tenido bastante que ver. Mi personalidad redimida y tranquila se escondió durante unos minutos, y nunca he estado tan feliz de que todo aquello desapareciera para poder dar mi opinión. Menos mal.

Sé que lo sucedido anoche tendrá sus consecuencias tarde o temprano. “Cortar” el rollo que tenía con el hijo del jefe, además de decirle unas cuantas verdades, no es algo que vaya a beneficiarme. Pero es que me da igual. Ese prepotente malcriado me redujo a una forma de alegrar la vista. Y, debo reconocerlo, fue una subida de autoestima que alguien pensara que yo soy lo suficientemente atractiva como para decir aquello, pero fue un ataque a mi orgullo y a mis esfuerzos durante años que se me redujera a un objeto que está para hacer bonito. Soy muchísimo más que eso.

Y no me arrepiento de nada de lo que dije, ni de la manera en que actué.

Entrar en la oficina cuando acabas de romper con el hijo del mandamás no es tan vergonzoso como me esperaba. De hecho, parece que muchas de mis compañeras a que haya roto con él. Ahora podrán pelearse por ser el hombro donde llorar.

No me escondo ni evito miradas, pero sí que me mantengo en mi sitio. No entro en conversaciones y de verdad que intento no responder a los comentarios de mal gusto que hacen las dañinas de mis compañeras -que continuamente intentan relacionar mi físico con el fin de mi *affair* con Daniel.

Un mensaje llega a mi móvil y, esperanzada, contesto. Por unos segundos creo que se trata de Víctor, pero me decepciono cuando veo que es un mensaje que ni siquiera está dirigido a mí.

Santi amor

listo pra ke te den el puesto?

Pero, ¿qué?

Naiara ha escrito esto. Cuando voy a releer el mensaje me encuentro con “*Este mensaje fue eliminado*”. Y esto explica su cambio de actitud. No el hecho de que dejara de quedar tanto

conmigo, sino de que pasara de apoyarme para que presentara mi candidatura a decirme que no estaba lista para ese puesto.

Me la jugó para que su nuevo novio, o rollo, o lo que sea, tuviera una oportunidad asegurada. Será...

Hace algo que rara vez suele hacer, se presenta en mi escritorio, con dos cafés de Starbucks - sabe que odio los cafés de allí. Pero, por la forma en que respira y me sonríe nerviosamente, sé que está nerviosa. ¿Sabrá que he leído el mensaje y querrá comprarme con un café? O quizás sabe que he visto lo de “mensaje eliminado” y querrá hacerme creer que no pasa nada en realidad.

Apenas levanto la vista de la pantalla del ordenador cuando comienza a hablar. Me está contando cosas varias, pero ninguna que explique lo que he leído antes de que lo borrara.

—¿Vas a seguir actuando como si de verdad te preocuparas por mí o me vas a decir la verdad? — la miro con dureza cuando por fin levanto la vista.

Su gesto no ha cambiado mucho, ya estaba nerviosa cuando llegó y ahora que le he soltado esto está pálida.

—Tendré diez años menos que tú, pero no soy subnormal —traga con dureza—. Preferiste hacerme creer que no servía antes de contarme la verdad. ¿O es que Santi es la excusa que necesitabas para joderme profesionalmente? No lo entiendo.

—Santi... —traga saliva de nuevo antes de seguir— Santi ha trabajado muy duro por ese puesto.

—Ah, ¿y yo no?

No me puedo creer lo que estoy escuchando.

—Desde que nos conocemos tú has destacado, y a mí me daba igual. Tú tenías los chicos, el trabajo que querías... Y, por una vez que yo tengo la oportunidad de conseguir algo, tú antepones al tío que te tiras a mí.

Niego varias veces con la cabeza. No sé qué decir, no sé cómo actuar. Ni siquiera sé qué pensar.

—Eso ya me dice mucho de ti —suspiro con cansancio.

Lo único que siento es el tiempo que me ha llevado darme cuenta.

Se queda durante unos segundos en pie frente a mi mesa, con los dos cafés en la mano. Hasta que por fin decide dar media vuelta y caminar hacia su sector en la oficina. Ni siquiera estoy tan molesta como debería, me da igual. No tengo ganas de pensar mucho en ello.

Una de mis compañeras sale del despacho de mi jefe con un montón de papeles en mano, y veo mi oportunidad clara. Presiono mis labios entre sí antes de ponerme en pie, dejando todas las cosas a medias. Y me dispongo a entrar, sin llamar a la puerta ni pedir permiso.

Asaltado, mi jefe me mira de arriba a abajo, sus ojos casi saliéndose de sus órbitas y sus cejas alzadas.

—Debería considerarme para la vacante.

—¿Perdón? —coloca sus brazos en jarra.

Y tras soltarle una y miles de razones por las que yo debería ocupar ese puesto y no Santi, pienso si de verdad debería decir lo que estoy a punto de soltar por la boca. Con lo que he trabajado, podré cobrar algo del paro durante un tiempo. El suficiente como para conseguir un puesto en una empresa que de verdad me valore.

—Me he comido amenazas de muerte por despedir a gente por su culpa, miles de marrones en los que yo no tenía nada que ver. Y, ¿para qué? Para que tenga el sexto sentido en el culo y decida darle MI puesto a un gilipollas que no hace ni el huevo y que encima se beneficia a su mujer a sus espaldas —alzo el tono de voz, aunque vuelto a retomar la compostura—. Con mucha pena, presento mi dimisión y le digo con mucho cariño: Váyase a la mierda.

Tras esas últimas palabras, doy media vuelta y vuelvo a abrir la puerta del despacho. Pero, antes de salir por completo, vuelvo a girarme hacia mi atónito ex jefe y, tan tranquila, suelto:
—Que tenga un buen día —sonrío sin mostrar los dientes.

A pesar de estar recogiendo mis cosas y preparándome para formar parte de las listas del INEM, estoy más feliz que nunca. No siento esa angustia, ni siquiera estoy preocupada.

¿Y por qué? Toda la vida he estado aguantando situaciones tóxicas, forzando y empujando relaciones y amistades que nunca deberían haber tenido lugar porque creía que aquello tan enfermizo era lo que me merecía: quedarme en segundo plano para ver cómo la gente de mi alrededor triunfaba mientras yo me mantenía en el mismo lugar, apartada, entre el resto de la gente.

La relación con Víctor era lo único real y sano que he mantenido, aunque solo fueran unos meses, y lo aparté porque era demasiado bueno para mí. De verdad llegué a convencerme de que no era lo que quería, ni lo que me merecía. Nunca me había equivocado tanto, ni me había herido tanto a mí misma.

Y quizás esto era lo que me hacía falta para darme cuenta. Librarme de todo lo malo, apreciarme a mí misma para poder ver lo que mi padre lleva diciéndome años. Me tenía que querer a mí misma para poder verlo. Tenía que plantar cara a todo aquello que seguía arrastrándome hacia el precipicio para darme cuenta.

* * *

Tras llegar a casa, hablo con mi padre. Obviamente no le cuento que me he despedido y que ahora mismo no tengo trabajo, pero sí le digo que estoy bien. Y, por primera vez en años, soy sincera. Sí estoy bien, sí estoy feliz. Por fin.

Mientras comienzo a echar solicitudes para trabajar en mi especialidad, en Marketing, me siento ilusionada. Es un nuevo paso hacia delante.

Estiro mi brazo y rebusco en mi bolso mi cartera, para poner la fecha de caducidad de mi carnet de conducir -aunque no entiendo muy bien por qué me lo están pidiendo para terminar de rellenar el formulario de solicitud.

Todas mis cosas acaban desparramadas por el suelo. Mi cartera, un paquete pequeño de toallitas, una libreta, un boli, un libro... ¿Un libro?

Mientras el resto de cosas las guardo en mi bolso, ese libro no. Joder, es el libro de Víctor. El mismo que le pedí y que nunca llegué a leer. Me acuerdo de él y de la carta que encontré el otro día en mi felpudo.

Capítulo 34

En la carta hay más de un folio, y todos escritos por ambas caras casi sin dejar márgenes, y con una letra de tamaño normal. Hay flechas, palabras subrayadas y, sobre todo, capítulos destacados.

Para empezar, me pide que empiece a leer, capítulo a capítulo, el libro y que, después, vuelva a leer la carta para que procese la explicación del mismo. No sé de qué trata el libro, ni qué género es. Pero lo ha escrito él, y parece una puerta a conocerle tal y como quería, así que me parece motivo suficiente para hacerlo.

Me acomodo en el sofá y me dispongo a comenzar a leer. Me da igual pasarme toda la noche con la nariz entre las páginas, no pienso dormirme hasta que lo haya acabado. Lleva semanas en el bolso, cuando yo debería haber leído mucho antes.

La historia trata de un chico, que aparentemente ha tenido una infancia feliz, aunque su adolescencia se torció un poco -lo típico de la pubertad y la maldad de los críos en algunas situaciones. A medida que avanzo, parece que es una historia de amor. El chico conoce a una chica de su facultad y empiezan a verse. Con cada paso hacia delante en esa relación, el protagonista se abre más al lector.

Aunque esa felicidad dura muchísimo menos de lo que me espero, cuando la chica no solo le engaña, sino que le culpa de hacer algo tan grave como robar. No concreta qué objeto es, solo que es muy caro y que estaba escondido en algún lugar de su casa -lo describe como algo puro y delicado, algo que nunca debió ser suyo. En varias ocasiones comenta que fue ella la que se lo dio, pero que el arrepentimiento siempre pesa más que cualquier opinión anterior. Es juzgado por casi todo el mundo y llega a un punto en el que quiere dejarlo todo, marcharse de aquel lugar para siempre.

Su familia le sujeta la mano, no le deja marchar; y él se muestra agradecido. Nunca los abandona, de la misma manera que ellos nunca le dejaron atrás. En ningún momento.

Lejos de ser una historia de amor, es una historia de superación, de amor a uno mismo, de lucha continua contra los obstáculos de la vida.

Me leo las trescientas páginas del libro en muy poco tiempo. Solo son las doce y algo. Levanto la vista de entre las páginas, preparándome para volver a hundir mi nariz en otras hojas.

* * *

Supongo que, si me has hecho caso, ya te habrás leído el libro -si no te lo leíste en cuanto te lo dejé. Sé que solo es una novela a simple vista, para cualquier otra persona lo sería. Pero no para ti. Tus dedos, esos tan delicados y suaves, han estado pasando las páginas de mi corazón, profundizando en mi alma: tanto las zonas más turbias y oscuras, como las llenas de luz.

Mi niñez, como ya habrás leído, fue muy normal. No se aleja en absoluto de lo común. Fui un niño muy feliz, de esos que bajaban a la calle a jugar a las chapas o tirarse piedras - reventando algún que otro cristal por el camino. Y supongo que te habrás sentido identificada durante la adolescencia, me llevé más de una patada por mi forma de ser y mi aspecto, me volví retraído y callado. Eso empeoraba aún más las cosas. Pero el instituto es lo que es: el infierno. Por eso no voy a darle muchas vueltas tampoco. Aunque durante esa época, encerrado en mi

habitación, cubierto de libros -la mayoría "prestados"- me vi envuelto en mi primer dilema: me veía atraído hacia el cerebro humano y la forma de reflejarlos en novelas, en libros; quería amoldarlos, darles una personalidad humana, con problemas humanos. Ahí se responde tu primera pregunta: por qué psicología si me gusta escribir.

La situación no se complica hasta los capítulos siguientes: toda la época de la universidad. Conocí a Marian, era una chica tan dulce y brillante... Me enamoré locamente de ella desde la primera vez que la vi.

No te preocupes, ella también se enamoró de mí -o al menos eso creí durante unos meses. Toda esa personalidad retraída fue desapareciendo, como puede verse en todas las páginas que hablan de la relación. Comienzo a abrirme con el lector de la misma manera que lo hice con ella, y con todo el mundo a mi alrededor.

Y entonces llegó aquella noche especial. En el libro refleja que ella me regala un objeto puro para ambos. Ese objeto puro y caro habla de nuestra primera vez, tanto suya como mía. Ella me regaló su virginidad y yo le entregué la mía. Nunca me había sentido tan especial y amado.

Te puedes imaginar lo poco que duró un momento tan bonito como aquel.

Cuando se despertó, ella estaba extraña. En pocas palabras, me echó de su casa; y no volví a hablar con ella hasta una semana después. La echaba de menos y necesitaba una explicación a lo que había sucedido, por qué no respondía a mis llamadas y me evitaba en clase.

Su padre me lo dejó muy claro, para él yo había violado a su hija.

¿QUÉ?

Ella estaba arrepentida de haber hecho el amor conmigo, y me aseguró a mí como a todo el mundo que en el fondo no quería y lo hizo porque yo había sido demasiado insistente y cansino, incapaz de tomar un no como respuesta.

Por falta de pruebas, o evidencias de aquello, tanto ella como sus padres decidieron no ir a juicio y tener que soportarlo durante años. Aunque me pusieron una condición: tenía que cambiarme de universidad, debía alejarme de ella todo lo posible.

Ayla, me sentí roto. Porque, en el fondo, nunca sabré de verdad si ella quería o no. ¿Ahora entiendes por qué nunca quiero ir más allá contigo? Te mereces mucho más que esto. No soy capaz de soportar el arrepentimiento otra vez, no puedo ver la decepción en tus ojos. En los tuyos no. Y mucho menos ahora.

Alguien como yo no se merecía querer, ni que le quieran. Alguien que indirectamente obliga a otra persona a hacerlo, es escoria. Y yo lo fui, lo soy.

Siempre me preguntas por esa cicatriz en la mandíbula. No fui capaz de cargar con la culpa, ni de concentrarme en mi vida normal. El dolor por haber hecho daño a alguien a quien quería era muy pesado sobre mis hombros. Y sí hice un viaje, solo un paso más allá de la cornisa de un edificio de tres plantas e iba a encontrar aquel alivio que había estado buscando durante meses. La vida me dio una segunda oportunidad: solo me rompí la mandíbula. Nada que no pudiera arreglarse con una operación y reposo.

Mi familia siempre estuvo allí para mí, y me motivaron a seguir con la carrera, así lo hice durante tres años -tuve que repetir el primer curso por culpa de las convalidaciones, pero no me importó. Mi prioridad era acabar la carrera, poner en práctica todo lo que había aprendido. Al menos así fue hasta que mi madre fue diagnosticada con ELA. Decidí dejar la carrera temporalmente para volcarme por completo en ella. Ella era más importante que un título.

Mi hermana era una cría y mi padre trabajaba para poder sacar a la familia adelante, así que

era yo el que la acompañaba a todos lados y la ayudaba. Fuimos a muchos sitios para intentar que se recuperara, pero era una estupidez.

Durante un tiempo pareció que la enfermedad se estabilizaba y que iba a salir del bache, o que al menos viviría unos cuantos años más. En aquella época consiguieron enchufarme como recepcionista de un psicólogo de pacotilla, al menos gané lo suficiente para irme de casa -sí, el pisucho donde estoy ahora.

Mi madre murió un año o dos después de que me marchara de casa. Y, como dicen que las desgracias nunca vienen solas, mi padre perdió el trabajo en tu empresa, y dos semanas después yo también perdí el mío. Necesitaba sacar adelante a mi familia, a mí mismo. ¿Y qué mejor manera de sacar dinero que lo que estoy haciendo ahora? Bueno, ya no.

Dejé que las mujeres me trataran como a un objeto, porque era lo que me merecía. Y me acostumbré, dejé de importarme después de la décima o undécima cliente. Pero apareciste tú, y durante un tiempo creí que yo podría merecer que alguien me tratara como a una persona, con cariño, y dejar que me cuidaran. Pero eras demasiado buena, Ayla. No eras para mí. Tú te merecías, y te mereces algo mejor, y debí saberlo cuando me declaré en el cumpleaños. Me imaginé esa respuesta, ¿sabes? Pero debía intentarlo.

Supongo que te gustará saber que lo dejé hace unas semanas porque encontré algo mejor. Le he hecho caso a mi padre, y estoy mirando por mí mismo por una vez. Él sigue diciendo que ya se apañará con su sueldo como limpiador en un banco, espero que le vaya bien, la verdad.

Y espero que a ti también te vaya muy bien con tu trabajo, con Daniel. Espero que seas tan feliz como te mereces. Y, por favor, no pienses que me enfadé contigo aquel día, ni tampoco creas que te escribo esto para darte pena. Me dijiste que no me conocías, y yo me he abierto como querías. Para que, si en algún momento te has sentido como yo, no creas que esos sentimientos te los generó un desconocido.

Tienes todos mis secretos en la mano ahora mismo. Y, desde luego, cuando se trata de ti, merece completamente la pena sentirse tan vulnerable.

PD: No hace falta que me devuelvas el libro. Solo es un ejemplar. El único que llegué a autopublicar para tenerlo en casa.

Capítulo 35

Estoy hecha un mar de lágrimas. Ni siquiera he sido consciente de que estaba empapando los folios hasta ahora. Algunas de las letras están algo borrosas por mi culpa. Si lo hubiera sabido antes...

No puedo ni imaginarme lo difícil que ha debido ser para él escribir todo esto. Y no puedo quedarme aquí sin más. Tengo que ir a verle.

Pero, ¿y si no quiere verme? Sería normal que no quisiera, después de lo que le dije en la fiesta de cumpleaños, lo último que querrá es que yo le añada más problemas.

Miro el libro encima de la mesa, sin portada ni fotografías, solo Víctor García escrito en Verdana en tamaño 20, en blanco en un fondo oscuro. Ese libro es suyo, no sería justo que me lo quedara yo, ¿no? Aunque solo sea para devolvérselo, podré verle.

Tomo mi bolso y el pequeño libro de bolsillo negro, antes de coger las llaves y salir por la puerta, con decisión.

Víctor, voy a por ti.

Podría haber esperado, haberle llamado para quedar mañana, pero lo tengo todo tan fresco y listo que, si tengo que esperar incluso una hora, me voy a volver loca. No puedo pegar ojo mientras tenga todos los sentimientos encerrados, comiéndose los unos a los otros.

Mi vieja scooter al principio no pone mucho interés por llevarme a ningún lugar. Hace el mismo sonido que la noche que nos conocimos. Nunca he sido creyente en cosas del “destino” ni de señales espirituales, pero eso tiene que significar algo. Con más insistencia, arranco la moto hasta que por fin responde.

Con que me deje hasta la esquina de su calle, me basta. Así que espero que aguante hasta allí. Por favor.

Es bastante tarde, y entre semana, por lo que no hay mucho tráfico. Pero sí hay controles, y algunos radares móviles. La suerte es que, ni queriendo, mi moto pasa de la velocidad permitida por el centro.

No tardo mucho en llegar hasta su portal y, cuando miro hacia arriba, veo que la luz de su piso está encendida, así que debe estar en casa sí o sí. Si no lo está, se va a cagar cuando le llegue la factura de luz...

Me sorprende cuando me encuentro la puerta abierta de par en par. ¿Sabrán los vecinos que atracaron a Víctor justo en el portal o...?

Joder, da igual, sube ya.

Bufando, comienzo a subir las escaleras. No he llegado ni al primer piso y ya me estoy cagando en el arquitecto que diseñó este edificio y que decidió que un ascensor no era necesario. Hijo -o hija- de puta.

Llego a la segunda planta casi sin pulmones, por eso me detengo durante unos segundos en el último escalón e intentó respirar hondo. ¿Cómo voy a hablar con él si ni siquiera puedo decir una letra sin estar a punto de vomitar hasta el desayuno?

Me recompongo y vuelvo a respirar hondo. Vamos allá.

Mi cuerpo se paraliza durante unos segundos, a unos metros de la puerta. Ayla, vamos. Tú puedes.

Con el corazón a punto de salir por mi garganta, doy unos cuantos pasos más hasta rozar con mi suelo su felpudo -tan tradicional y clásico. Pero unos sonidos me paralizan antes de que pueda incluso tocar el timbre.

—Oh Dios, sí.

¿Eso son... gemidos?

La saliva se vuelve pastosa de golpe. Creí que ya no trabajaba de eso...

Pero entonces una idea peor cruza mi mente. ¿Y si ha encontrado a alguien y de verdad esa carta solo era para contradecir mis argumentos?

Los gruñidos, jadeos e incluso choque de los cuerpos taladra mis oídos y me causa un instantáneo dolor de cabeza, y de pecho. Ni siquiera sé qué hago aquí de pie ni a qué estoy esperando. Al menos estoy sirviendo para entretener a su vecina de enfrente. ¿De verdad se creará que no sé que está mirando por la mirilla? Si no deja de moverse, su sombra bajo la puerta la delatan.

Volviendo a tragar saliva, miro hacia la puerta decepcionada. Sí, será mejor que me marche ya.

Bajo las escaleras lentamente, y con cada paso que doy, en cada escalón, no dejo de pensar lo

imbécil que parecía subiendo las escaleras como una posesa -con mi bolso rebotando por todos lados- cuando Víctor ya estaba con alguien más.

—¿Ayla?

Frunzo el ceño cuando oigo esa voz tan familiar y conocida pronunciar mi nombre con confusión, como si no se esperara que estuviera aquí.

Me sorprende cuando le veo caminando en sentido contrario, subiendo las escaleras con ambas manos en sus bolsillos. Aún más confundida, miro hacia atrás y arriba, pero si él estaba...

—Creí que estabas... —señalo hacia atrás cuando vuelvo a mirarle.

—No, estaba trabajando —sonríe nerviosamente—. Bueno, estaba aparcando.

Asiento, aliviada y feliz. Quien fuera el que estaba teniendo sexo en su apartamento, no era él. Pero, espera...

—¿Y quién está en tu casa ahora?

—Mi hermana, ha venido a pasar unos días —se encoge de hombros—. ¿Por qué? —frunce el ceño.

—No, nada —niego rápidamente.

Ya lo descubriré cuando suba...

Todo lo que tenía que decirle se ha ido, desaparecido. Y solo ha bastado una mirada suya para conseguirlo. Está tan guapo, no ha cambiado nada... Y esa camisa blanca con esos vaqueros gastados le quedan tan bien.

—¿Qué te trae por aquí? —no se muestra ansioso por saberlo, pero su tono sí delata bastante interés.

—Tenía que devolverte el libro —asiente, parece decepcionado—. Espero que no te importe que me quede la carta.

—El libro también es para ti —sube un escalón.

—Me ha gustado mucho —asiento—. De hecho, me gusta más que viendo solo la portada —bajo un escalón—. Estaría loca si te lo devolviera.

—¿Y tú no estás loca? —sonríe cuando me lo pregunta.

—No —niego con la cabeza.

Ambos nos acercamos un poco más, es tan alto que, incluso yo un escalón por encima de él, Víctor es un poco más alto que yo.

—Siento lo que te dije el otro día —me disculpo con sinceridad—. Estaba tan aterrorizada con no ser suficiente, o no estar a la altura, que preferí reducirte a... —suspiro— Pero me da más miedo no estar contigo, pensar que no te vaya a ver nunca más. Estas semanas han sido horribles.

—Completamente de acuerdo —asiento—. Así que hemos estado haciendo el imbécil —esa sonrisa dulce y tierna, sin mostrar los dientes, vuelve a adornar su cara.

—Sí —asiento con una amplia sonrisa.

—Te invitaría a algo en casa, pero está mi hermana; para que podamos hablar más tranquilos y cómodos.

—Vamos a cualquier lado.

* * *

Nos pensamos dónde podríamos ir, qué podríamos hacer. Así que acabamos en uno de los bares de la zona, uno de los pocos que siguen abiertos, para ponernos al día, simplemente para estar juntos.

Víctor se muestra sorprendido cuando le cuento mi arrebató de valentía esta mañana, pero está contento por mí -de hecho, me asegura que es algo que he estado retrasando demasiado tiempo. No muestra tanta sorpresa cuando le cuento lo sucedido con Daniel, y se muestra indiferente a lo ocurrido con Naiara -seguramente lo haga porque sabe que era la única amiga cercana que tenía, y me duele haberla perdido.

Yo, en cambio, me muestro feliz por él. Me comenta lo difícil que le ha resultado cambiar el trabajo, la rutina, pero que se siente feliz y completo. Es un trabajo como camarero, que no le avergüenza y le reconforta -dentro de lo que cabe. Aunque yo no desperdicio mi oportunidad de motivarle a enviar su novela, de compartir esa pequeña obra de arte con todo el mundo.

—Sé que empezar algo siempre es arriesgado —comienza, tras un breve silencio—. Has visto cómo soy, quién soy.

Estiro mi brazo hasta que mi mano alcanza su mejilla, acariciando su piel y su barba con cariño.

—Y nunca me había gustado tanto conocer a una persona —mis dedos se entrelazan con los suyos sobre la mesa—. Víctor, ambos nos merecemos esta oportunidad. Me da igual el resto, qué pueda salir mal o qué pasó hace unos años. Cuando se trata de ti, no...

Víctor no me da tiempo a responder, ya se ha inclinado hacia delante, me ha atrapado por el cuello y me devora como aquel que ha estado días sin probar bocado. Nos besamos como si nuestro único objetivo fuera desgastar nuestros labios.

Venga, Ayla. Ahora díselo.

Antes de poder ser yo la que habla, su frente cubre la mía mientras nuestras narices siguen rozándose y nuestros alientos mezclándose.

—Te quiero, Ayla —susurra.

—Yo también, Víctor —sonríó, aún con los ojos cerrados—. Te quiero.

Vuelve a besarme. Y, sin duda, es el mejor beso que me han dado nunca, sobre todo porque lo he estado esperando durante demasiado tiempo.

Capítulo 36

Tras ponerle la cadena a mi moto, y asegurarme de que está bien cerrada, respiro hondo. Me incorporo y miro el edificio frente a mí. Siento que mi corazón a salir de mi pecho en cualquier momento. ¿El Soho Boutique Congreso era tan imponente las otras veces que vine?

Trago saliva y, sin pensármelo mucho, me encamino hacia la entrada. El lado positivo es que no está Jessica, sino otro recepcionista. Aunque, ni sé por qué debería incomodarme o no que esté ella. ¿Es que no puedo decidir venir a un hotel por mi cuenta o cómo? Quizás debería dejar de pensar tanto las cosas, la pobre chica nunca me ha cuestionado nada ni ha dicho algo inconveniente.

Tras hacer el registro y recibir la llave de la habitación, me monto en el ascensor y pulso el botón que lleva a mi planta. Mis dedos temblorosos juegan con la tarjeta magnética, mientras intento pensar qué voy a hacer o decir.

Me deslizo en la cama de nuestra habitación, unas suaves y frescas sábanas blancas, que desprenden de manera superficial un aroma a lavanda. Miro el techo grisáceo y dejo a mi mente vagar.

¿Y si se da cuenta de que no encajamos sexualmente? ¿O no le gusta cómo lo hago? Dios, ¿y si no me gusta cómo lo hace él? ¿Y si la mete mal y me hace daño, y me rompe algo? Joder, encima va a doler...

No sé en qué momento mi pulgar a acabado en mi boca para dejar que mis dientes hagan de las suyas en mi uña. Es que ni siquiera me muerdo las uñas, ¿tan nerviosa estoy?

Tres golpes de nudillos en la puerta hace que me siente de golpe en la cama. Vuelvo a respirar hondo antes de ponerme en pie y dejo que mi mano tire del pomo hacia abajo para poder arrastrar la puerta hacia mí. Y es cuando le veo.

Me sonrío de lado y yo no puedo evitar sonreír ampliamente, mostrando todos mis dientes, en cuanto mis ojos se clavan en los suyos. Me pongo de puntillas para poder alcanzar sus labios sin problemas, saludándole de la mejor manera que se me ocurre.

Pasa de besarme tiernamente a darle un pequeño pico a la punta de mi nariz mientras sus dedos

trazan caricias en mis mejillas.

—¿Qué tal el día? —pregunto, cerrando la puerta tras de mí.

—Oh, genial —se sienta en el borde de la cama—. Debo reconocer que, desde que te has ido del bar hace una hora, fatal. Pero ahora...

Aún lleva el “uniforme”, ni le ha dado tiempo a cambiarse; o quizás simplemente no le ha dado la gana.

Me pongo de cuclillas entre sus piernas, apoyándome en él para no caerme, mientras le miro. Me vuelve a sonreír antes de besarme delicadamente, moviendo sus labios al compás de los míos. Me vuelve loca cómo sabe.

A medida que el beso va volviéndose más apasionado y demandante, Víctor me toma de los brazos, alzándome hacia arriba para que me coloque a horcajadas sobre él. Sus manos directas a mis nalgas, clavando sus dedos por encima de mis pantalones para intentar sentirme lo máximo posible. Y sentirse de esa manera, está provocando que pierda la poca cordura que me queda.

—Espera un momento —rompo el beso, falta de aire.

—¿Qué pasa?

—Tengo algo para ti —murmuro con diversión.

Vuelvo a ponerme en pie, con dificultad, pasando entre sus piernas de nuevo antes de tomar mi bolso. Le aseguro que no voy a tardar nada y que, antes de que se dé cuenta, ya habré salido. Aunque sigue mirándome como si me hubiera dado un arrebato raro.

Al entrar en el baño es cuando tengo ganas de matar a alguien y no puedo creerme lo que me está ocurriendo.

—Joder —grito enfadada.

Busco y rebusco en el interior del bolso la bolsa de *Women's Secret* para darme cuenta de que me he olvidado del conjunto de lencería en casa. He vuelto a entrar en mi apartamento dos veces por eso mismo y he acabado olvidándomelo encima de la puta cama. Me cago en...

—Ayla, ¿estás bien? —le oigo preguntar desde el otro lado.

—No —respondo con un hilo de voz—. Se suponía que iba a ser especial, y me he dejado en casa lo único que tenía que traer.

La puerta se abre lentamente a mis espaldas y Víctor aparece tras de mí, rodeando mi cuerpo con sus brazos para pegarme a él.

—Si te lo iba a quitar igualmente —sonríe sobre mi cuello—. ¿Qué más da?

Le miro a través del espejo y vuelvo a sentir la confianza que había caído por el desagüe segundos atrás. Giro sobre mis pies, sin despegarme de él ni un solo momento, y le beso. Le tomo de la nuca cariñosamente, aunque ese cariño no mucho después se ve trabajando en equipo con el deseo.

Víctor sabe perfectamente dónde tocar y besar, y qué decirme para conseguir que me relaje y me deje llevar.

Sin nada más que los pantalones, nuestros torsos arden cada vez que chocamos o nos rozamos. Y siento un contraste frío-calor en cuanto mi espalda entra en contacto con la gran cama. Me mira desde arriba mientras se quita los pantalones y los calzoncillos, se deleita con verme jadeante y deseosa por él.

Cuando voy a quitarme los pantalones yo, él detiene mis manos. No le hace falta decir nada, quiere hacerlo él.

El dorso de sus dedos entra en contacto directo con mis muslos cuando comienza a desprenderse del resto de ropa que seguía estorbando. Las yemas de sus dedos acarician mi piel de una manera

tortuosa y delicada, y sus pulgares indagan en mi humedad. Mi corazón palpita a mil, estoy tan nerviosa que apenas puedo pronunciar palabra. Besa el interior de mis muslos mientras sigue acariciándome delicadamente, antes de introducir uno de sus dedos en mi interior. Lo mueve despacio, sabe que tenemos toda la noche para hacer esto.

El vaivén de su brazo me da a entender que él también está trabajando consigo mismo, y me siento mal. Está cargando con todo mientras yo me mantengo quieta, disfrutando de sus caricias. Y de verdad quiero moverme, ser más activa, pero los nervios me paralizan. Aunque ya hayamos llegado hasta aquí miles de veces -y más este mes que hemos estado juntos-, ahora se siente distinto. Estoy aterrorizada.

Besa mi vientre, intentando llamar mi atención. Le acaricio la muñeca, quiero que siga. Y así lo hace, introduce otro dedo, moviéndolos en mi interior y de dentro hacia afuera. No lo hace rápido ni de manera bruta, quiere que me acostumbre a la sensación.

Sus labios atrapan uno de mis pechos, succionando y lamiendo, añadiendo el fuego que faltaba en este cóctel molotov.

Abriendo un poco más mis piernas y tomándole de la cara para besarle, le doy a entender que quiero ir a más; quiero seguir.

Aunque no va más allá, se pone en pie para rebuscar en el suelo uno de los paquetes metálicos para envolverse a sí mismo con la gomita. Es entonces, completamente desnudos y de vuelta entre mis piernas, que su expresión cambia. Me mira nervioso y titubeante, puedo sentir cómo su latido se ha acelerado de repente, y esa fina capa de sudor en su frente no tarda en aparecer.

—Quiero hacerlo —le aseguro, clavando mis ojos en los suyos—. Relájate.

Mis dedos viajan por sus brazos, intentando tranquilizarle. Víctor asiente y besa mi frente antes de dirigirse a mi entrada. Se introduce lentamente, de manera pausada, dándome tiempo para acostumbrarme a él.

Es una sensación molesta y extraña. No me duele tanto como esperaba -o como había leído en esas páginas para mujeres. Pero sí aseguro que es especial.

Durante unos segundos, se queda completamente quieto en mi interior y aprovecha para besar mi cuello, mis mejillas, mis labios. En todo momento se asegura de que estoy bien y no continúa hasta que yo no se lo pido. Sigue besándome mientras se mueve poco a poco de delante hacia atrás, ahora sí que me duele y molesta un poco más.

Inconscientemente me remuevo y me quejo, alarmando a mi novio, quien me mira preocupado y se detiene en seco.

—Cariño, sigue.

Y le vuelvo a besar. Nuestros dedos entrelazados mientras nuestros cuerpos se unen una y otra vez, y nuestros gemidos se mezclan en nuestras bocas.

El dolor prácticamente ha desaparecido y solo soy capaz de sentirle a él. Víctor llega al orgasmo pocos minutos después, aunque lo hace sin mí. El fastidio en su cara, cuando se da cuenta, me hace reír.

—Lo siento —une su frente a la mía—. Llevaba tiempo sin hacerlo... de manera natural que...

—Tenemos toda la noche —beso su cuello—. Y toda la vida.

Ese precioso brillo vuelve a aparecer en sus ojos azul claro que solo desaparece cuando cierra sus ojos para besarme.

Epílogo

Estar con un hombre no me ha hecho más feliz, ni más empoderada, ni me ha llevado a sentirme más realizada. Pero estar con Víctor me ha ayudado a perseguir todas esas cosas que sí forman parte de la vida que yo estaba buscando.

Cinco meses después, sigo persiguiendo ese sueño que me lanzó a despotricar contra mi jefe y mandar al carajo a todo aquello que me perjudicaba. No tengo un puesto fijo en Marketing, pero ya he tenido la oportunidad de ocupar una sustitución durante unos meses, al menos. Ya es mucho más de lo que habría conseguido si me hubiera quedado en mi antigua empresa.

No solo por ser mi novio, pero por todo lo que ha hecho por mí sin darse cuenta, siento que me lo ha dado todo. Me ayudó a abrir los ojos y a creer en mí misma. Porque, por mucho que nos cueste aceptarlo o reconocerlo, siempre vamos a necesitar a algo o alguien que nos llame la atención en cuanto a todo lo que estamos haciendo mal.

Una persona que no me quería, me hundió y caló tan hondo con sus mensajes negativos, que me auto convencí de que yo no me merecía nada bueno que me pasara. Y me conformé. Acepté la mala vida que llevaba, tener malos amigos y estar sola.

Pero no se puede vivir anclada a todos los malos momentos, aquellos tan dañinos que te consumen por dentro y evitan que hagas cosas enormes e increíbles. Siempre hay que mirar hacia delante, y procurando siempre ser tú misma la única jueza que critique tus acciones. Porque nadie mejor que tú misma te conoce y te cuida.

Esa es una de las tantas cosas que aprendí, y sigo aprendiendo. Me relaciono con gente que aporta, que suma y me dan alegría -aunque a veces tenga ganas de matarlos-, y vivo por todo aquello que algún día nunca creí tener.

No voy a decir esas frases ñoñas de “lucha por tus sueños”, pero sí. Id a por aquello en lo que creéis y vivid la vida que VOSOTROS creáis que os merecéis.

FIN.